



EL MAGISTRADO

RITA LOPES



EL MAGISTRADO

RITA LOPES

Copyright © 2024 RITA DE CASSIA CAMPOS LOPES RODRIGUES

Copyright:

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia y no ha sido intencionado por el autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso y por escrito del editor.

CORRECCIÓN: PATRÍCIA SUELLEN

PORTADA: KG DESIGNER

TRADUCCIÓN: ANA P. RODRIGUES

Contents

Title Page
Copyright
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
About The Author



CAPÍTULO 1

Todos los días son así, no hay momentos de silencio en una casa de suburbio. Cuando no son los residentes, son los vecinos los que traen un problema, una solución o simplemente una buena charla. Esta vez es mi padre quien arma jaleo.

- Papá, esto no va a funcionar, sospechará y será peor. Podrías perder tu trabajo. - Estoy discutiendo acaloradamente con mi padre cuando mi madre regresa del trabajo.

- Buenas noches. ¿Qué pasa aquí, Benito? ¿Por qué discutes con Sabrina? - Me levanto del sofá y voy a su encuentro, ella deja sus cosas sobre la mesa y me abraza.

- Es papá, mami. Quiere que ocupe su lugar conduciendo el coche del guay y ricachón Dr. Tony Melhado.

- ¿Qué es todo esto, Benito? ¿Por qué quieres que ella conduzca el coche de tu jefe?

- Necesito descansar, cariño. Finalmente conseguí reservar ese viaje de pesca con mi compadre y el tío Geraldo, no me lo puedo perder. Hasta le pedí unos días a mi supervisor, pero él no me permitió. El patrón no ve a la gente a su alrededor, ni siquiera me mira. Abro la puerta del coche, me da los buenos días, las buenas tardes, las buenas noches y cierra la ventana de comunicación. Cuando llegamos a nuestro destino, camina sin mirar atrás. Ni siquiera se dará cuenta de que es Sabrina quien conduce.

- Esposo, creo que eso es muy arriesgado. ¿Y si de repente le pregunta algo? ¿Qué haría ella? - Sabía que mi madre tendría más flexibilidad a la hora de hablar con mi padre. Ella hace exactamente las preguntas correctas para mis indagaciones.

- Llevo cinco años trabajando para él, Therê, y en ese tiempo apenas me ha dirigido la palabra. No va a cambiar eso cuando me vaya.

Me bajo del regazo de mi madre y me dirijo a la cocina, abro la nevera y cojo una cerveza. Utilizo el abridor y bebo un largo sorbo. Con el calor que hace en Río, sólo una cerveza bien fría te refresca.

- Siempre hay una primera vez, papá. Se dará cuenta de que soy muy diferente a ti, me temo. - Vuelvo a la sala de estar y me tiro en el sofá. - No es que no quiera hacerlo, siempre me ayudas mucho, además, sabes que siempre he sentido curiosidad por la vida de los millonarios, de qué hablan, cómo visten. Sería una oportunidad para saber más de este mundo, para aprender algo de ellos.

- Mira, hija, acabas de terminar tu curso de gastronomía y hasta que empieces tus prácticas, tendrás tiempo de cubrirme para que yo pueda ir a pescar con mi compadre.

- No sé, papá. No sé... Soy buena conductora, pero puedo cometer un error, así que, ¿cómo lo afronto? - Mi padre parece tenerlo todo resuelto, tiene respuestas a todas mis preguntas. Incluso mi madre está casi convencida de que debo hacer el cambio.

- Ya he hablado con mi amigo Queiroz, el guardia de seguridad de la casa. Él te cubrirá si algo sale mal. Serán diez días, niña, diez días que pasarán volando. - Bebo otro sorbo de cerveza.

- Mamá, ¿qué te parece esta locura de papá? - Sigo buscando su ayuda, pero mi madre sale a hurtadillas de la habitación.

- Ustedes decidan. No voy a meterme en eso. - Siempre es así, mamá siempre está ayudando a la gente, pero cuando es mi turno no quiere comprometerse.

- Está bien, papá. Voy a ayudarte con esto. Si me detienen, quiero que me pagues un buen abogado para que me saque, ¿me oyes? - Mi padre jala de mí para levantarme del sofá y me abraza cariñosamente.

- Así es, pequeña. Así es como haces más fuerte a papá. - Ni siquiera sé por qué discuto con él, seguro que acabaría cediendo. Bueno, para una mujer de los suburbios, esta locura es quizás la mayor aventura de mi vida.

La primera dificultad es encontrar un uniforme que me quede bien. Soy mucho más alta que mi padre y estoy llena de curvas generosas. Tengo que ocultar estas curvas porque no puedo parecer una mujer. Mi color de piel en el documento es moreno, y durante mucho tiempo me consideré así. Hasta que no fui a la universidad no descubrí que, aunque tengo la piel oscura, se me considera negra, pero no muy negra. Para hacerme la vida más fácil a mí misma y a la gente que me rodeaba, me llamaba morena, guapa y sexy. Lo único que me molestaba al crecer eran mis pechos muy grandes. No me gustaba cuando me miraba al espejo, así que perseguí mi sueño, me apunté a la cola del sistema de salud público universitario y me operé. Hoy, cuando me miro al espejo, me encanta todo lo que veo. Unos pechos increíbles, un cuerpo bronceado, el pelo largo y rizado. Nunca he tenido problemas para atraer al sexo masculino y me matarán si el honorable magistrado se entera de que le están engañando.

Por suerte, mi madre lo sabe todo, se sienta frente a la máquina de coser y obra un auténtico milagro. Cuando me pruebo el traje, me recojo el pelo, me quito el maquillaje de la cara y me pongo el quepis en la cabeza, nadie puede decir que soy una mujer, incluso me veo muy bien.

- Muy bien, mamá, creo que puedo engañar al doctorcito. - Miro mi nuevo look en el espejo. Si él se fija con sus ojos de lince, seguro verá que no es un hombre lo que hay debajo del uniforme, sólo espero que mi padre tenga razón y pueda pasar desapercibida. La verdad, me da igual, no me asustan las caras feas. Lo que no quiero es que mi padre pierda su trabajo, al fin y al cabo, nuestra vida es más cómoda gracias a su buen empleo y al buen sueldo que recibe. Mi madre, siempre cuidadosa, empieza a decir todo lo que yo ya sé de memoria.

- Cuida tu lenguaje, Sabrina, tienes que comportarte para que no se le estropeen las vacaciones a tu padre. Haz lo de siempre, de casa al trabajo, del trabajo a casa, y cuando tengas alguna salida de vez en cuando, el guardia de seguridad, amigo de tu padre, te avisará. No quiero que te metas en problemas, así que no mientas. Si se te acerca alguien, dile la verdad. Si echan a tu padre, no hay problema, ya encontrará otra cosa.

- Está bien, mamá, me quitaré esta ropa. - No le diré a mi padre que estoy disfrutando con todo esto. Creo que aunque sea una locura, tengo curiosidad por saber cómo es este mundo de gente adinerada, una vida llena de lujos. No tener que contar el dinero a final de mes era todo lo que quería.

Como acabo de licenciarme en gastronomía, quiero mejorar mi vida, crecer profesionalmente y encontrar un lugar en el mundo. Sé que es difícil para la gente que nace en la periferia, las oportunidades no siempre llegan y a menudo los que tienen la oportunidad no tienen el deseo de ser alguien de valor en la sociedad. Agradezco a mis padres que, desde muy joven, me enseñaron el valor del trabajo y la honradez. Hoy, a los veinticuatro años, sé que todo lo que

soy se lo debo a mis padres. Tengo carácter, una educación y soy consciente de que tengo que cambiar el mundo y no dejar que el mundo me cambie a mí.

Unos días antes de su viaje de pesca, mi padre deja a su jefe en el juzgado y yo conduzco el coche por la ruta de siempre. El momento es perfecto. Empezando por el coche, un *Range Rover Klassen*, importado de Europa, totalmente blindado y equipado, es de gama alta. Mi padre lo ha conducido a casa unas cuantas veces y nunca me ha dejado acercarme, y mucho menos dar una vuelta. Me encanta la velocidad del coche, prácticamente vuelo con él.

- Wow papá, este coche es una verdadera máquina. - Vibró al volante.

- Cuidado, Sabrina, el Dr. Melhado no puede notar el cambio. Tienes que conducir sin demasiadas sacudidas, porque él viene trabajando con el ordenador. - Bajaré un poco la velocidad.

- Está bien, papá, me comportaré. - Entonces enlace de nuevo con una recta y mi padre se lleva las manos a la cabeza, aterrorizado.

- Sabrina, si haces eso, no se creerá que soy yo. - Le sonrío. ¿Qué diría él si yo acelerara un poco más, sólo para provocarle?

- No te preocupes, sólo estoy probando la potencia del motor. Quizá tenga que salvar a su excelencia de un secuestro. Necesito saber qué tan fuerte es el vehículo.

- Tienes razón, pero creo que será mejor que me haga cargo a partir de ahora. Así podrás analizar mi estilo de conducción. - Se detiene y cambiamos de lugar.

- Adelante, entonces. Prestaré atención. - En cuanto cumplí dieciocho años, me propuse sacar mi licencia de conducir. Siempre me ha gustado la velocidad e incluso he hecho alguna carrera de velocidad con un amigo que hice en el circuito, pero las carreras son para la gente con dinero. Yo soy pobre, sólo estoy jugando. Sentí que me gustaría tomar el relevo de mi padre por un tiempo. Quizá el magistrado sea un señor simpático e incluso comprenda mis motivos si me pillan con las manos en la masa.



CAPÍTULO 2

Me despierto temprano, ansiosa por sustituir a mi viejo. Me doy una ducha y me aseguro de no rociarme con el perfume dulzón que me gusta llevar. Una vez lista, vestida con unos discretos pantalones y una camiseta, con el uniforme bien planchadito en la mochila, cojo el metro y luego el autobús. Mi padre me dio todos los detalles sobre los hábitos del magistrado a primera hora de la mañana. Sale puntualmente hacia el tribunal todos los días laborables a las 9 de la mañana.

Llego a su residencia y el guardia de seguridad que está ayudando a mi padre me lleva a una pequeña habitación del ala de personal, donde mi padre suele esperar a que llegue su jefe. Intento ser amable con el tipo, después de todo, está siendo simpático con mi padre.

- Gracias por ayudarnos. Ya sabes cómo es el señor Benito, en cuanto se le mete algo en la cabeza, no se rinde. - El guardia de seguridad me mira con entusiasmo, midiendo mi cuerpo de arriba abajo.

- Tu padre no me dijo que eras tan guapa. Sabrina es tu nombre, ¿verdad? - Estos tipos me dan asco.

- Aquí está la cosa, Queiroz. Soy bonita, pero no soy para ti. Puedes irte ahora, yo me las arreglaré aquí. - Cuando se va, me pongo el uniforme y me escondo el pelo en un moño dentro del quepis. Me miro en el espejo, ajustándome la corbata y el cuello de la camisa.

- Esto no pinta bien. ¿Cómo puede un hombre tenerse esto al cuello todo el día, sobre todo con el calor que hace en Río? - Lo ajusto para que no me apriete tanto y me dirijo al coche para comprobar que todo está como me indicó mi padre.

Con curiosidad, observo la magnitud de la casa. Inmensa, imponente, casa de gente de clase alta. En la planta superior, en el lado en el que me encuentro, hay como seis ventanas. Mucha vegetación alrededor, todo limpio y organizado. Apuesto a que en el otro lado debe de haber una hermosa piscina. Cuando oigo que se abre la puerta de enfrente, abro automáticamente la del coche y me tiemblan las manos.

Bajo un poco la cara por si decide, justo hoy, mirar al conductor. Echo un vistazo a hurtadillas y me sorprendo al ver al hombre que baja las escaleras hacia mí. Me arrepiento de no haber preguntado a mi padre por el magistrado. El hombre no se parece en nada al anciano que yo había creado en mi mente. Claro que no es joven como yo, debe de tener unos cuarenta años, pero su belleza me paraliza. No me lo esperaba y no puedo apartar los ojos de él. Un rostro cuadrado, anguloso, masculino, de piel fina, con un traje muy elegante, que moldea su cuerpo esbelto. Lleva gafas de sol, pero estoy segura de que bajo ellas se esconden unos preciosos ojos azules.

Oh... su piel clara, como le gusta a la morena. Camina con elegancia y altivez, y siento un frenesí por todo mi cuerpo.

Toda su belleza y elegancia me recuerda la estupidez que hice al principio de la

universidad, salir con un pobre chico y darle mi virginidad. Maldita sea la vez que pensé que me casaría con Hugo, ese sí que es un hombre al que debería entregarme antes de casarme.

Así que Perdí... Ni mi matrimonio ni mi virginidad.

Ni siquiera me doy cuenta de que ya ha subido al coche. Cierro la puerta rápidamente y me arreglo la ropa mientras doy la vuelta al coche.

Conduzco hasta el foro como me enseñó mi padre. No puedo evitar oler su perfume, el aroma de un hombre varonil y poderoso. Miro varias veces por el retrovisor y siempre está tecleando en su portátil.

Previsible, el guapo.

Mientras dirijo el coche hacia la entrada de los jueces y magistrados, me pregunto si un tipo así es feliz. Parece tan recto, tan regimentado, ¿alguna vez ha hecho alguna locura, ha cometido alguna fechoría, le ha enseñado la lengua a alguien?

Paro el coche, salgo, abro la puerta y agacho la cabeza. Sale del coche y camina sin mirar atrás.

- Me recoge a la misma hora de siempre. - Cierro la puerta y me quedo mirando al apuesto espécimen de hombre.

Podría enseñarle dos o tres cositas muy feas, su señoría.

Doy media vuelta y aparco el coche donde ya hay unos cinco coches y sus conductores. Creo que sería más prudente quedarme dentro. Enciendo la música y cojo un libro romántico para leer.

El príncipe de la magia, de Rita Lopes. A ver la sinopsis:

"Ethan G. Disney tiene todas las mujeres que quiere. También es el heredero y CEO del imperio Walt Disney, guapo, poderoso y muy varonil. Es una pena que, aunque tenga éxito y sea muy trabajador, sea un poco rebelde y muy provocador. Se cree el más listo, hace lo que quiere, se mete en líos, pero siempre se sale con la suya o aparece alguien que le saca de ellos.

Patrícia Medeiros es todo lo contrario: sensata, prudente, centrada y muy romántica. Dejó Brasil por su cuenta para trabajar como responsable de relaciones internacionales en la empresa que había sido una de sus aspiraciones desde niña. Una morena guapa, atractiva, culta, inteligente y que sabe lo que quiere.

Esta vez Ethan se vio envuelto en una gran mentira con una de sus empleadas. Picardía pura. Nunca antes había mezclado los negocios con el placer...

...¿Conseguirá ella lo imposible? ¿Acabar con su mala reputación y conquistar su intocable corazón? ¿Estará Ethan dispuesto a enfrentarse a sus debilidades y vivir un romance mágico?"

Vaya... Debe ser un sueño encontrar el amor en Disney. Ir a Disney ya sería un sueño, imagínate encontrar el amor allí. Eso no me pasaría a mí, ni siquiera puedo permitirme ir a Nova Iguaçu. Disfrutaré viajando mientras leo.

Leo durante una hora cuando siento la necesidad de ir al baño. Salgo del coche, pregunto a un guardia de seguridad y me indica el camino. Por fin lo encuentro. Tengo mucho calor, así que aprovecho que estoy sola, me aflojo la corbata y me mojo el pecho para refrescarme. Me tomo mi tiempo, me preparo y vuelvo al coche.

TRES DÍAS DESPUÉS

- Esta vida de chófer privado no es para mí, es demasiado aburrido esperar los deseos de

otra persona. Me pregunto cómo lo aguanta mi papá. - Suena el celular del auto y sé que es el jefe. ¿Y ahora qué? ¿Qué debo hacer? No tengo mucho tiempo para pensar. Contesto con voz gruesa.

- Señor.... - Me tiemblan las manos mientras sostengo el celular.

- *Tengo una comida de última hora, recógeme a las 13h. Voy al mismo sitio de siempre.*

- De acuerdo. - Cuelga antes de oír mi respuesta.

- ¿Dónde queda el mismo sitio de siempre, Dios mío? - agarro mi celular y llamo a mi padre.

- Contesta... ¡Contesta Sr. Benito! - Tarda cinco timbres en contestar.

- *¿Diga?*

- Papá, gracias a Dios que has contestado. El Dr. Melhado quiere almorzar en el mismo lugar de siempre. ¿Dónde es ese lugar, papá? No me dijiste nada de que saliera a comer a mediodía.

- *Mierda, Sabrina, no pensé que quisiera ir allá en estos días. Consigue la localización en el celular. Está en Barra da Tijuca, un edificio residencial de lujo. Entrás en el garaje con el control remoto que está en la guantera. Esperas en el coche, debería tardar entre una hora y una hora y media.*

- Extraño, pero bien. Él es el jefe, yo me las arreglaré. Te quiero. - Accedo al lugar y estudio la mejor ruta, aún aprensiva por esta repentina salida. Puntual, le recojo en la puerta del juzgado y entro en el aparcamiento de la dirección.

Abro la puerta, él baja y, del mismo modo que en días anteriores, habla sin mirarme.

- No me demoro. - Sigo sus pasos hasta el ascensor.

- Está bien, guapo. De todas formas, no voy a ninguna parte.

¿Qué va a hacer? No es un restaurante, es un edificio residencial. Sólo si alguien va a cocinarle el almuerzo, tal vez sea una novia, no lo sé. Bajo, estiro las piernas, me canso, me como una barrita de cereales y el hombre no vuelve.



CAPÍTULO 3

Ha pasado más de una hora cuando oigo el ruido del ascensor. Me preparo y espero. Esta vez es él, sin sus gafas de sol y con el pelo todavía mojado.

Vaya, ahora me doy cuenta del tipo de comida que había en el edificio. Se estaba acostando con alguien. Yo estaba esperando que el Excelentísimo Magistrado tuviera sexo con una mujer, o un hombre, lo que sea. Lo que me enfurece es estar aquí de pie preguntándome qué estaba haciendo, pensando que era algo importante y que estaba resolviendo un problema de deseo masculino fuera de horas.

Sin disimular mi incredulidad, dejo que su mirada se encuentre con la mía. Es astuto, se da cuenta enseguida de que le estoy juzgando. Noto que su mirada cambia, se vuelve especulativa y una corriente eléctrica recorre todo mi ser cuando sus ojos serpentean por todo mi cuerpo. Maldita sea...

No dice nada y sube al coche. Cuando subo, me dice que se va a casa. Empiezo a conducir hacia la mansión, pero noto una energía diferente en el aire. Tan diferente que freno bruscamente dos veces.

Miro por el retrovisor y sus ojos están pegados a los míos. Me han descubierto después de tres días de engaño, sabía que no funcionaría, no tengo el perfil para controlar mis acciones. Ahora mi padre perderá su trabajo.

Cuando llegamos a la mansión, hago lo que me han dicho. Desciendo, abro su puerta, bajo la mirada y él se baja. Sale del coche y se detiene.

- ¿Quién es usted? - Con esa prensa en la pared, recuerdo a mi madre pidiéndome que dijera la verdad.

- Su chófer se fue de vacaciones y fui contratada para sustituirlo, doctor. - Agacho la cabeza, y torpemente tanteo el pronombre de tratamiento.

- De acuerdo, responde con calma. - Sé discreta y ten más cuidado en el tráfico, casi me rompes el cuello en la última frenada.

- Lo recordaré, doctor. - Estoy tan contenta de cómo ha salido el problema que levanto la vista y me pierdo en sus ojos azules. Están demasiado cerca, siento un calor que se aloja en un lugar muy peligroso. Él mantiene su mirada clavada en la mía.

- Hoy ya no usaré el coche, puedes descansar. Mañana ven a la misma hora. - Camina hacia la entrada sin mirar atrás y vuelvo a respirar. Le he dicho media verdad y parece haberla aceptado.

Trabajo garantizado, mi padre me debe una más.

Al menos ya no tengo que fingir ser un hombre, y eso es un alivio.

El resto de la semana transcurrió sin problemas, después de decirle casi la verdad ya no me molestó más. Aparte de algunas miradas furtivas que intercambiamos, la semana transcurrió sin problemas.

Cuando estoy en casa los fines de semana, me encanta probar algunas recetas.

- Mamá, prueba mi cookie de chocolate, dime si no está perfecto. - Mi madre coge uno y lo disfruta.

- Delicioso, Sabrina. Perfecto, duro por fuera y suave por dentro. Quiero otro. - Le doy una palmada en la mano.

- Cuidado con la diabetes, doña Therê. No quiero quedarme sin mamá a los veinticuatro.

- Con mis paseos, tengo el azúcar bajo control. ¿Has hablado con tu padre?

- Sí, hablé. Le he dicho que el honorable magistrado sin gracia ya sabe que soy una chica - digo, metiéndome una galleta en la boca.

- Cuidado, Sabrina. A estos hombres poderosos les encanta engañar a las pobres mujeres como nosotras.

- Pongo las galletas en las cajitas.

- Mamá, si vieras lo guapo que es, te dejarías engañar fácilmente. - Se enfada.

- Ponte en tu lugar, Sabrina. Los pobres no se mezclan con los ricos. - Le beso la mejilla.

- Eso son prejuicios, doña Therê. De todos modos, él ni siquiera sabe que existo, puedes estar segura.

- No lo sabe porque tú te escondes detrás de ese uniforme. Quiero ver si todavía pensará así cuando te vea vestida de mujer. - Dejo a mi madre murmurando entre dientes y me voy a mi habitación. Me gustaría que ese hombre, tan seguro de sí mismo, pudiera mirarme y sentir deseo por mí.

No vale la pena soñar, Sabrina, eso está muy lejos. Nunca he recibido de él más que una mirada.



CAPÍTULO 4

El lunes lo dejo en el foro a la misma hora.

No soporto esta aburrida rutina.

Me llama y me dice que almorzará en el mismo sitio. Arranco el coche, enciendo el aire acondicionado y me doy cuenta de que al menos su vida sexual está activa.

Cuando paro el coche y le abro la puerta para que salga, ya en el garaje del edificio, me sorprende.

- Vendrá conmigo. - Ya me pongo a la defensiva.

- Puedo esperar aquí en el coche, doctor.

- Hoy vamos a hacerlo de otra manera. Usted subirá y esperará arriba. - Sin más remedio, subo al coche, cojo mi bolso, compruebo en el espejo que estoy decente y agradezco mentalmente a mi vecina que insistiera en depilarme. Si se va a usar, que sea en perfectas condiciones.

Él camina delante de mí y pulsa el botón del ascensor. Cuando llega la caja metálica, espera a que entre. Me siento intimidada cuando pulsa el botón del ático y me evalúa.

- ¿Cuántos años tienes? - Eres tan inteligente y no te das cuenta de que es una pregunta que no se debe hacer a una mujer. Eso es lo que me gustaría contestar, pero como tengo educación, le diré la verdad.

- Tengo veinticuatro años, ¿y el doctor? - Si cree que tiene derecho a preguntar, no será el único.

- Soy mayor que usted, puede estar segura.

- Mucho mayor, puedo apostar. - Me muerdo el labio inferior, enfadada por no poder controlar mi lengua, pero él no reacciona. La puerta del ascensor da directamente al vestíbulo del piso.

Un bonito piso dúplex, decorado con gusto. Objetos de colores, muebles bien estructurados, todo de alta gama. Sólo quiero saber dónde esperaré al doctor para que haga quién sabe qué.

Le miro interrogante.

- No hagas ninguna tontería ni toques nada. - Sube las escaleras y desaparece. Sin saber dónde quedarme, busco inmediatamente la cocina. Preciosa, maravillosa, totalmente equipada con todo lo que sueña un chef de cocina. Vuelvo a la puerta y compruebo que no ha bajado.

Supongo que debe tardar un rato en terminar lo que está haciendo. Mi mente se alimenta inmediatamente de obscenidades y, si estuviera en la piel de la mujer con la que debe de estar en este preciso momento, no necesitaría más de quince minutos. Este hombre debe ser caliente en la cama, debe tener un dominio endiabrado. Debe actuar como una araña, primero usa lo que Dios le dio para atraer a la presa, luego envuelve a esa presa en su telaraña, luego cuando menos te lo esperas, ataca y la noquea.

¿Dónde estaba yo?

Ah... en la cocina. Abro todas las puertas de los armarios y cajones. Es un lujo. Toco todos los metales, las piezas brillan, señal de que nunca se han usado. Tengo ganas de cocinar aquí, en esta cocina, quizá algún día en una fiesta para el magistrado y su esposa.

Me siento a la mesa y agarro el celular, esperando a que vuelva el jefe. Oigo algunos gemidos y ruidos extraños, la cosa debe de estar que arde. Al cabo de una hora, me entra hambre y cojo mi cajita de cookies.

Distraída, me aflojo la corbata y me la quito, abriéndome algunos botones de la camisa. Tiro la gorra sobre la mesa y siento un agradable viento en la nuca. Acerco una silla y estiro los pies sobre ella.

- Qué alivio. Quisiera trabajar en camiseta y minifalda. - Sigo mirando el celular y comiendo. Estoy tan concentrada en las redes sociales que no le veo de pie en la puerta. Me levanto de un salto, intentando arreglarme el uniforme, cuando me doy cuenta de que solo lleva bermuda, todo sudado y con una toalla al cuello.

Me quedo muda, catatónica. No puedo disimular la expresión de interés. Es aún más difícil cuando me sonrío. De todos los adjetivos que he usado para él, el que encaja perfectamente en este momento es D-E-L-I-C-I-O-S-O. Con mayúsculas...

- Lo siento, doctor, hace mucho calor, pero enseguida me arreglo.

- Tranquila, he venido por un vaso de agua.

- ¿Estás así de sudado porque estabas haciendo ejercicio? - No puedo resistir mi curiosidad y le hago una pregunta embarazosa, está claro que se ha dado cuenta de que tenía otra idea en mente acerca de su estancia allí. Me mira y empieza a beber agua. Veo su nuez de Adán tragándose el agua y recorro con la mirada su pecho absurdamente plano. Hace ejercicio duro y a menudo.

- ¿Qué creía que estaba haciendo? - Me muerdo el labio para controlar la lengua. Tengo dos razones, una para no decir tonterías y otra para no seguir adelante y lamer el agua que goteaba del vaso frío sobre su pecho.

- No he pensado nada, doctor. No me pagan para pensar. - Sonríe de lado y alarga la mano por encima de la mesa para coger un cookie de mi caja. Le da una mordida.

- *Hmm...* está bueno. Muy bueno. - Se mete el resto de la galleta en la boca y toma otra.

- La he hecho yo -digo con orgullo, y él ignora mi comentario. Se dirige hacia la puerta y se burla de mí antes de marcharse.

- Si me estuviera cogiendo a una mujer, como insinuaste, no te habría dejado esperando afuera. Voy a darme una ducha, saldremos en veinte minutos.

Le oigo subiendo las escaleras y casi me caigo de la silla al sentarme. Me dan ganas de ofrecerme a ayudarlo a lavar su maravilloso cuerpo. ¿Qué habrá querido decir? ¿No estaría yo aquí en la cocina esperando, o sería la mujer que está debajo de él? Por si acaso, hago lo que me dice. Me preparo y espero a que baje el todopoderoso.

Cuando baja, está exactamente igual que el lunes pasado. Impecable, sólo con el pelo un poco mojado. Le abro la puerta, que no acepta y se comporta como un caballero, haciéndome pasar. Luego se pone en automático. Me doy cuenta de que vive como un robot, no hay grandes cambios en su rutina.

Cuando llego a casa más tarde, me tumbo en la cama y pienso en él.

Tony Melhado, cuarenta y cuatro años, el hombre más joven de la justicia, guapo e intocable. Aproveché mis momentos de ocio para averiguar algunas cosas sobre él. Cómo sería

tocar esa piel suave y frotar mi cuerpo contra el suyo. Desde que perdí la virginidad con un chico que creía que tenía futuro, no he vuelto a tener una relación con nadie. Ni siquiera he sentido el impulso de tener una relación con nadie. Ahora me siento atraída por un hombre fuera de mi realidad.

Me sorprendió positivamente cuando vi que sólo estaba haciendo ejercicio y no con una persona, haciendo sexo. También me hipnotizó la visión de su cuerpo varonil, resultado de mucho ejercicio y de comer bien.

Es un hombre al que me gustaría alimentar en todos los sentidos.



CAPÍTULO 5

Acordé con mis amigas salir el viernes para liberar tensiones. Aunque mi semana fue bastante aburrida, salvo por un par de ojos azules que no dejaban de mirar mi retrovisor. Bueno, algo es algo, dejó el portátil a un lado durante unos minutos.

Salgo muy temprano para coger el autobús, con mi ropa de fiesta en la mochila. Como el pub está a medio camino, salgo a tiempo y voy directamente a casa del magistrado.

El día empieza como todos los anteriores. Abro la puerta, cierro la puerta, conduzco perfectamente, incluso las miradas que intercambio por el retrovisor parecen estar coincidiendo. Toda una jornada de estudio, lectura y siesta. Dos horas antes de la hora acordada, me pide que le espere a la salida.

Muy bien, viernes, a disfrutar un poco. Llegar con antelación siempre ayuda.

Como de costumbre, dirijo el coche y paro en el lugar de siempre. Se sube al coche y en cuanto salgo del aparcamiento él me habla.

- Disculpa mi grosería, ni siquiera te pregunté tu nombre.

- Sabrina.

- Sabrina... Olvidé decirte que hoy vamos a Angra dos Reis. - Paro el coche y miro hacia atrás.

- Está bromeando, ¿no? ¿Quiere que lo lleve a Angra ahora?

- Eres mi chófer, ¿cuál es el problema?

- Justo hoy tengo un compromiso con mis amigos, voy a un bar súper de moda en Río. Llevo días pensando en esta fiesta. - Una vez más, ignora mis palabras. Sé que ha oído lo que he dicho, porque en cuanto he dicho que iba a salir con mis amigos, sus cejas se arquean.

- Cuando aceptó el trabajo, seguro que no leyó que tendría que hacer horas extras. - Me fulmina con la mirada, está molesto y yo ni siquiera puedo discutir. Mi padre muchas veces tenía que viajar con él. Hoy tenía una cita. Mi padre me deberá una más.

- Quizá no leí esa parte, hay tanta letra pequeña en esos papeles. - Arranco el coche.

- La dirección está en el GPS. Ahora vámonos, no quiero llegar tarde. - Se limita a cerrar la ventanilla que nos separa y a meter la cara en su laptop.

Para él es fácil. ¿Y para mí? Conducir durante más de dos horas, dejarlo allá, volver a casa. Probablemente tenga que volver por él el domingo.

Pero intento no estresarme, porque ir a la playa es genial y no está mal conducir este coche hasta allí. Hago como si fuera a dar un paseo, a hacer un poco de turismo, y me voy en paz.

Como no me han avisado de antemano, paro el coche en la gasolinera, pido que me llenen el tanque y voy a la tienda de comestibles por una Coca-Cola para despertarme. El tipo de la gasolinera empieza a hacer demasiadas preguntas, interesado en mí y en el coche que conduzco. Le sonrío amablemente y, con la cortesía de un elefante, le digo que se vaya a pasear. Me meto en el coche entre risas, pensando que me encuentro aislada. El magistrado abrió la ventana de

comunicación.

- Parece que disfrutas con el acoso del chico, Sabrina. - Es la primera vez que oigo al hombre pronunciar mi nombre y siento un calor inesperado que me recorre todo el cuerpo. Su voz es aterciopelada, es un hombre distinguido y no parece gustarle el modo en que me he comportado hace unos minutos.

- Me ha hecho gracia la cara de asombro que ha puesto cuando le he dicho que se vaya a la goma. - Le sorprendió mi respuesta, pensó que yo estaba insinuandome al chico.

- El acoso es un mal de la raza humana, cada día recibimos cientos de casos de acoso, ya sea moral, sexual y sus ramificaciones. - Tengo curiosidad por saber cuál es su profesión, a qué se dedica exactamente, porque sé que es un puesto de gran responsabilidad.

- Eso funciona para los ricos, los pobres no tienen ni voz ni voto. Siempre se llevarán la peor parte. - Abro el refresco, bebo un sorbo y se lo ofrezco.

- ¿Quiere un trago, doctor?

- No, gracias. - No acepta, pero me mira bebiendo más de una vez, sus ojos fijos en mi boca. Dios, eso no es bueno, tener a ese hombre mirándome es demasiada tentación.

Arranco el coche y me dirijo a la autopista. Me pongo los auriculares con mis canciones pop-rock favoritas y me olvido de que tengo un pasajero. El coche se desliza por la autopista, silencioso, potente y yo estoy muy relajada, con el piloto automático. Si no fuera por este uniforme que sujeta a mi cuello, diría que todo está perfecto.

Sin darme cuenta, empiezo a cantar la canción que está sonando, del grupo Jota Quest.

- *Quero un amor maior, ¡un amor maior que eu!*

(Quiero un amor más grande, ¡un amor más grande que yo!)

Cuando miro por el retrovisor para rebasar, se está riendo y no sé si de mí o para mí, entonces saco el audifono y le pregunto:

- ¿Qué es tan gracioso?

- Cantas muy mal, Sabrina. - Uy..., me olvidé de que estoy de servicio. ¿Qué le pasa a este tipo, que ni siquiera se le permite cantar en su presencia?

- Le agradezco el cumplido. Lo siento, doctor, si he perturbado su conmovedor momento en el trabajo después de un día entero de labor.

- ¿Me está criticando o lo he entendido mal? - En ese momento, me doy cuenta de que he estado diciendo tonterías. Yo y mi boca.

- Bueno, ya que lo he dicho, añado algo más. Relájate, vas a Angra a disfrutar del fin de semana y a tomar el sol. Deja el trabajo a un lado y disfruta del movimiento. Contempla el hermoso paisaje que te rodea, guarda esa computadora y olvídate de ella. Disfruta de tu momento, no todo el mundo puede tener estas vistas.

- No le he pedido su opinión y desde luego no sabe que mucha gente depende de mi perfecto juicio, por eso siempre estoy trabajando. - Me molesta la respuesta que me da, cierro el cristal que nos separa y no se queja. Siempre pensé que los ricos vivían la vida, pero estoy cambiando de opinión. Si fuera mi familia la que fuera a Angra, este coche estaría ahora lleno de voces, risas e ideas sobre cómo disfrutar del fin de semana. Mis bolsillos estarían vacíos, pero las ganas de pasarla bien serían enormes.

Cuando llego a la dirección, casi me da un ataque. La casa es sencillamente espectacular. Ni siquiera en una revista había visto una tan bonita. No espera a que le abra la puerta, sale del coche y activa el portón electrónico. Estaciono el coche en el garaje y bajo estirando los músculos.

- Es una preciosidad, ¿es tuya?

- Es de la familia. - Se abre la puerta y sale una pareja de mediana edad, toda asustada.

- Tony, no me habías dicho que venías. - La mujer le regaña, él le sonríe, camina hacia ella y la abraza.

- Lo siento, he decidido venir a última hora. Hola, Demerval, ¿todo en orden por aquí? - Se dan la mano.

- Todo en orden, jefe. ¿Dónde está el Sr. Benito? - El hombre me mira con curiosidad.

- Está de vacaciones, Demerval. Esta es su sustituta, la señorita Sabrina. - Me mira, inseguro de haber utilizado el pronombre correcto. - Estos son mis amigos y también se encargan de la propiedad, Vanda y Demerval.

- Hola, mucho gusto. - Les doy la mano.

- Jefe, ¿confió en la señorita de allí para conducir? - ¡Qué tontería! La única razón por la que no contesto mal es porque soy educada.

- Digamos que no tuve mucha elección, Demerval. Vamos, entremos.

- Doctor, sólo quiero ir al baño. Necesito ponerme en camino pronto, de lo contrario llegaré muy tarde a Río. - Se vuelve hacia mí, molesto.

- Creo que no ha entendido lo que le he dicho. Estás haciendo horas extras, volveremos a Río el domingo por la tarde.

- Pero, doctor, tengo una cita, no he dicho nada a mis padres y ni siquiera he traído ropa. - Intento argumentar y son muchas las razones.

- Usted se queda y esta conversación termina aquí. - Me miras con cara de pocos amigos. Decido cumplir el mandato sólo por esta vez y concluyo que estos hombres, acostumbrados a mandar, son un fastidio.

- Vanda, tráele ropa a Sabrina. Debe haber algo de las chicas que le quede bien.

- De acuerdo, Tony. ¿Y dónde dormirá?

- Ordena el cuarto de huéspedes. Donde duerme el otro conductor no es adecuado para una mujer.

- Lo haré ahora mismo. La cena no será un manjar porque no me dijiste que venías.

- Tú mandas aquí, Vandinha, así que voy a quitarme esta ropa y darme una ducha. Esta semana ha sido agotadora. - Cuando entra en casa parece otro hombre. Está más relajado y creo que le gusta estar lejos de la presión de su trabajo.

- ¿Sabrina? - Voy detrás de él, maravillada por el afecto y la atención que prodiga a la señora, y casi choco con él cuando se detiene en medio de la habitación.

- Aquí estoy.

- Vanda te acompañará a tu habitación y te traerá algo para ponerte.

- De acuerdo, avisaré a mi familia.

- Haga lo que quiera. - Él acompaña a Demerval y yo me quedo con Vanda.

- Vamos, querida, debes tener calor con esa ropa. Viajar también cansa, sobre todo conduciendo. - Subimos las escaleras mientras la mujer parlotea sin parar. Cuando abre la puerta del dormitorio, exclamo:

- Imagínese, Sra. Vanda, se ha equivocado de habitación.

- No, Tony me dijo que la pusiera aquí. No se preocupe, es mejor aquí, si me lo pregunta. Voy a buscar algo de ropa que creo que le quedará perfecta. Si quieres, puedes ir a bañarte y yo dejaré la ropa sobre la cama. Hay toallas y todo lo que necesitas en el baño.

- Gracias, Sra. Vanda.

- Llamamé Vanda, mi hija. - Sonríe y ella sale de la habitación. La belleza de la habitación me deja boquiabierto. Está toda decorada en amarillo, con detalles playeros. Es lujosa, se nota el valor añadido de los muebles, pero hay una sutil sencillez en todo el espacio. Abro la puerta del balcón y me encuentro cara a cara con un espectáculo que me hipnotiza. La casa está en primera línea de playa, organizada en torno a una gran terraza abierta al paisaje de Angra, con una espléndida piscina. Mucha vegetación, además de un pequeño lugar lleno de sofás en medio de todo. Nunca había visto nada igual. Pasé unos minutos contemplando la naturaleza y respirando el olor a mar que completa el maravilloso entorno.

- Si tuviera una vista así a diario, no me iría nunca. - Entro en el cuarto de baño, observando y toqueteando todo. Tan diferente de mi mundo, empiezo a quitarme la ropa y ni siquiera sé cómo abrir la ducha. Consigo regular el agua y entrar. Me lavo el cuerpo y el pelo con unos productos aromáticos y salgo de la ducha a regañadientes; después de todo, esto es un lujo que nunca he experimentado. Un baño enorme, productos importados, una toalla enorme que me abraza todo el cuerpo, ¡vaya! ...esto es mil veces mejor que ir al pub con las chicas.



CAPÍTULO 6

Cuando entro en el dormitorio después de secarme el cabello, encuentro mi ropa sobre la cama. La tomo y compruebo mi vestuario de fin de semana. En el bulto hay dos vestidos de verano, un conjunto de senderismo, una blusa suelta y dos bragas nuevas en el paquete. Además, un par de chanclas y un diminuto bikini. Elijo el vestido de flores, y me queda de maravilla, luciendo mis pechos perfectos. Es cruzado por detrás, así que no es posible usar brasier. Él me obligó a quedarme en Angra y ahora estoy expuesta. Todo lo que he estado ocultando todos estos días, él lo verá hoy. Puedo encerrarme en mi cuarto y sólo salir cuando sea hora de irme, pero ¿cuándo tendré otra oportunidad como ésta? Nunca he sido una mujer que sienta miedo ante una mala cara, y hoy no será la primera vez.

Me peino, luciendo mi cabello por primera vez. Me pongo las chanclas y decido bajar a ayudar a Vanda en la cocina, quizá allí me sienta más segura. Abro la puerta y miro por el pasillo. Todo está tranquilo.

Es una buena señal.

Cierro la puerta despacio, en silencio. Cuando piso el primer peldaño de la escalera, feliz de no encontrar a nadie, la puerta de su habitación se abre al final del pasillo.

Él sale en bermudas y camisa con los botones aún abiertos. Tiene el pelo mojado por la ducha y su perfume domina el ambiente. Se me congelan los pies cuando sus ojos azul cielo se cruzan con los míos. Con su aura de poder, me mira de pies a cabeza, indiscretamente, siento que un calor se apodera de mis entrañas y mis pezones evidencian lo clavada que está su mirada en mí. El momento es breve, pero suficiente para que mi corazón se acelere.

Cierra la puerta y camina hacia mí. Sólo quiero correr hacia esos brazos, sentirlos rodeando mi cintura, su boca mordisqueando el lóbulo de mi oreja, no sé cómo puedo controlarme.

- Veo que Vanda te consiguió algo para vestir. Te ves mucho más presentable que con aquel uniforme de hombre. Puedo decir que ahora eres una mujer. - Fin de la contemplación, doy gracias a Dios de que el hombre sea una persona irritante y desagradable. Esa es mi suerte, si dice una de esas frases sedutoras, estaría perdida.

- Tengo que agradecer a Vanda su atención, no estaría en esta situación si el doctor no me hubiera puesto en ella. Todo el mundo lleva una muda de ropa para viajar, seguro que usted ha metido la suya. - Bajo las escaleras rápidamente, mientras él sigue mirándome desde arriba. Busco la puerta que creo que es la cocina y encuentro a Vanda cortando verduras.

-Ahí estás, Sabrina. Qué bonito te quedo el vestido, esta ropa no se ha usado nunca. Las hermanas de Tony las dejaron aquí y se olvidaron de ellas. Casi nunca vienen a Angra.

- Toda la ropa es muy bonita, Vanda. Aún que el bikini me pareció un poco atrevido para una empleada.

- En absoluto, cariño, mañana Tony seguro que se va a navegar y tendrás la casa para ti sola.

- ¿Así que navega?

- Sí, siempre le ha gustado, desde que era muy joven. El mar siempre ha sido su hobby.

- ¿Puedo ayudarte, Vanda? No puedo quedarme mirando.

- Aceptaré, la verdade no esperaba al patrón. ¿Sabes hacer un postre? Le gusta mucho el mousse de maracuyá.

- Me encanta hacer mousse. ¿Me permite? - Me levanto de la silla y me recojo el pelo.

- Por supuesto, Sabrina, será de gran ayuda. Cualquier cosa que necesites, dímelo y te enseñaré dónde está. - Así, las dos en la cocina trabajamos juntas y todo está listo en una hora.

- Eres buena en esto, querida. Pierdes el tiempo conduciendo coches.

- Ah... Vanda, es una larga historia. Acabo de terminar un curso de gastronomía y voy a trabajar en mi área, sí. Este extra es sólo hasta que empiecen las prácticas. - Justo en ese momento, Tony entra y escucha parte de la conversación.

- Entonces, ¿mi chófer sabe cocinar? - Se detiene ante la barra y sigue mis movimientos por la cocina.

- Ella es buena, Tony, tienes que verla trabajar en la cocina. Ha hecho tu postre favorito. - Se sienta a la mesa, a lo que agradezco, su mirada no parece tan inocente.

- No puede ser mejor que el tuyo, Vanda. - Mira la mesa puesta. - ¿Por qué sólo hay un plato en la mesa?

- ¿Tienes invitados? No lo sabía, yo me encargué", respondo.

- No tengo invitados, pero me gustaría que te sentaras a la mesa conmigo. - Pongo los ojos en blanco, sin entender muy bien lo que dice.

- ¿Yo? No, no, basta con que duerma en el cuarto de invitados. - Conozco mi sitio y de ninguna manera quiero hacerme amiga de mi jefe. No confío en él y mucho menos en mí misma.

- Yo estoy al mando, Sabrina. Pon otro plato en la mesa Vanda, por favor. - Creía que me iba a sentar él mismo en la silla si le decía que no, una vez más. Acepto sus órdenes, pero me estoy cansando de que me dé órdenes. Como empleada, puedo entenderlo, pero como mujer, la cosa se pone un poco exagerada.

Al menos sé sentarme a la mesa y comer como es debido. En la escuela de gastronomía aprendimos etiqueta. Nunca pensé que utilizaría lo que aprendí y ahora entiendo el dicho "nunca digas nunca".

Cenamos en un agradable silencio, sólo roto por Vanda que habla sin parar y el sonido de las olas que rompen en la playa a lo lejos. La comida está deliciosa y espero con impaciencia su valoración del postre.

Vanda sirve un vaso para él y otro para mí. Espero a que lo pruebe antes de empezar a comer. Toma una cucharada generosa y me mira, luego llena su cuchara una vez más y no dice nada. No aguanto quedarme callada.

- ¿Cuánto tiempo vas a seguir angustiándome? - Agarra otra cucharada, se la mete en la boca y luego lame la cuchara. Estoy hipnotizada por esa lengua. Es como si me lamiera el clítoris y noto más humedad de lo habitual en mis partes íntimas. Aprieto los labios para no gemir, apartando los ojos del hombre que tengo delante y concentrándome en mi mousse, que aún no he probado.

- A decir verdad, sabe diferente de la mousse de Vanda. - Vuelvo a mirarle y me mira directamente a los ojos. - Me dan ganas de tomar otro tazón, de hacerlo otra vez, ¿sabes? Probarlo otra vez, sólo para averiguar qué tiene de diferente -habla del postre, y sueño que habla de mí. Incluso me falta el aire.

- Siempre que hago un plato tradicional, que todo el mundo sabe de qué sabor es, le pongo mi sello, para que cuando otra persona coma lo mismo, recuerde automáticamente mi sazón. - Intento explicar cómo hago que mi comida sea diferente a la de los demás y empiezo a comer, mirando fijamente al recipiente, sin atreverme a volver a mirarlo. Soy joven y soñadora, y creo que el tipo está coqueteando conmigo, pero en realidad se está burlando de mi forma de ser.

-Contra algunas evidencias, no hay argumentos. Está muy rico, Sabrina. - Se levanta, pide que le disculpen y se va. Termino mi mousse y recojo la mesa. Ayudo a Vanda a organizar la cocina, aún en contra de su voluntad, porque ella no quiere mi ayuda.



CAPÍTULO 7

Antes de volver a mi habitación, no puedo contener mi curiosidad y salgo al jardín.

Está todo iluminado y la luz se refleja en el mar. Me acerco todo lo que puedo a la barandilla y aspiro el característico aroma costero. Saco el celular y hago algunas fotos y selfies para publicar en las redes sociales.

El viento empieza a despeinarme, así que me dirijo al jardín y me siento en uno de los muchos sofás. Qué loca es la vida, ¿cuándo me habría imaginado que estaría sentada en una casa tan lujosa, con un vestido de diseñador, solo pensando en qué hacer para disfrutar del día siguiente y no en las facturas que hay que pagar?

Llamo a mi padre.

- *Sabrina, mí hija. ¿Estás disfrutando de Angra dos Reis?*

- Sí, papá.

- *Ha pasado mucho tiempo que el Dr. Melhado no viaja a Angra. Por eso ni siquiera te hablé de la posibilidad.*

- No hay problema, papá. Estoy disfrutando de un poco de descanso. Volveré el domingo, ¿y usted?

- *Sabes, hija, necesito otra semana en este paraíso. ¿Puedes encargarte?*

- Está bien, papá. Te quiero.

- *Yo también te quiero.* - Colgo y me recuesto en el sofá, cruzo las piernas y me ajusto el vestido. Cierro los ojos unos minutos, dando gracias a Dios por el día perfecto que he tenido.

Antes de abrir los ojos, percibo su perfume en el aire, me doy cuenta de que el aire está cargado de una sensación desconocida. Abro los ojos y está sentado en la mesa, justo delante de mí.

- Creía que estabas dormida. Iba a despertarte, comenta mansamente, pero su mirada demuestra lo contrario.

- No lo estaba, solo cerré los ojos, agradecida de que el día hubiera concluido bien.

- Perdona mis groserías, Sabrina. A veces traigo a casa al juez cruel que tengo que ser en la corte. - Este hombre que tengo delante es mucho más peligroso que el grosero, con él tengo que tener cuidado. El seductor.

- No hay problema, Dr. Melhado. Voy a subir a mi habitación, una bonita habitación, por cierto. Gracias por su amabilidad. - Me levanto y me apresuro a subir las escaleras, asustada por la mirada depredadora que lanza en mi dirección.

Entro en el dormitorio y cierro la puerta. Así estoy más segura, ya que podría tener una crisis de sonambulismo en mitad de la noche y despertarme en su cama. Busco mi camiseta y me la pongo. Me lavo los dientes y antes de acostarme miro hacia donde he estado sentada durante minutos.

No hay nadie.

Cierro la puerta del balcón, me tumbo en la maravillosa cama y duermo plácidamente.



CAPÍTULO 8

Me despierto sobresaltada por la luz de la ventana y me doy cuenta de que he olvidado cerrar la cortina. Miro el teléfono móvil y son las 8 de la mañana.

- Si él fue a navegar, ya debe haber salido. - Me baño y me pongo el bikini debajo de la ropa de senderismo. Si de verdad se ha ido a navegar, bajaré a la playa y me daré un chapuzón en la piscina. Bajo y no veo a nadie. Voy a la cocina y encuentro a Vanda.

- Buenos días, Sabrina. Tony ya se ha ido a navegar, como te dije, ahora no volverá hasta la tarde. Tómate el café y vete a disfrutar un rato de este paraíso. Demerval y yo vamos al pueblo a comprar algunas cosas para la cena. Te he dejado una ensalada y algo de carne, por si Tony decide volver antes.

- Puedes estar segura de que si él vuelve temprano, yo se lo preparo.

- Entonces iré tranquila, querida. Ninguna mujer que viene por aquí sabe cocinar. - Pruebo de todo lo que hay en la mesa. Pan, queso, fruta y yogur, aprovecho que estoy sola, además nunca hay tanta abundancia en mi casa.

Luego organizo todo y bajo por un sendero hasta la playa. Es una playa prácticamente desierta, de arenas blancas y aguas transparentes. Aunque está tranquila, no tengo valor para meterme sola. Meto los pies y camino un poco sobre las pequeñas olas. Siempre he desconfiado de la madre naturaleza, ella determina lo que puedes hacer y sin alguien que me guíe o incluso me vigile, no voy a arriesgarme.

El sol ya está caliente cuando decido subir por el sendero. No hay nadie a la vista en la casa. Vanda y Demerval han ido al pueblo y el doctor está navegando.

Perfecto.

Me quito la ropa de deporte, que ya me está molestando. Aunque el bikini me queda pequeño, decido darme unos chapuzones en la piscina con la idea de salir pronto para no arriesgarme a que nadie me vea así. Pero no esperaba que el agua de la piscina estuviera tan deliciosa. Me paso un buen rato nadando, flotando y apoyada en el borde simplemente disfrutando de la belleza del lugar. Incluso se me nota un bronceado. Me mojo el pelo antes de salir y subo los escalones de la piscina. Me dirijo a la ducha y me enjuago el agua clorada de la piscina. El agua está más fría que en la piscina y enseguida se me pone la piel de gallina. Cierro el grifo y me doy la vuelta para ver dónde ha dejado Vanda la toalla. Justo entonces, lo veo de pie junto a mis cosas, mirándome con deseo. Mis pezones se endurecen aún más, revelando lo mucho que él me afecta. Yo también logro afectarlo, porque se le ve el bulto dentro de su short.

No lo disimula, quiere que sepa que me desea.

No tengo más remedio que caminar hacia donde están mis cosas. No me quita los ojos de encima, a pesar de la seriedad de su rostro. Cuando me acerco, se agacha, coge la toalla y la extiende hacia mí.

- Gracias. - La cojo y empiezo a secarme los rizos, un poco avergonzada.

- Vanda me dijo que usted había salido a navegar, así que no vi ningún problema en darme un chapuzón. -Su voz suena un poco ronca cuando me contesta.

- El sol está muy fuerte, así que he decidido volver. La piscina está a su disposición. - Él mantiene la compostura, mientras todo en mi interior está en plena ebullición.

- Lo siento por mi vestuario, pero es lo que hay. Normalmente... - No sé por qué, pero acabo llamando más su atención cuando me disculpo. Su mirada recorre todo mi cuerpo, sin ningún filtro. Me siento aún más expuesta.

- No te disculpes, Sabrina. Lo bello es para mostrarlo. - Me molesta su intensa mirada, pero agradezco su sincero cumplido. Me siento en la tumbona, intentando que mi cuerpo quede menos expuesto.

- ¿Sabes algo de Vanda? - me pregunta, aún de pie a mi lado.

- Ha ido a la ciudad con el señor Demerval a comprar algunas cosas. - Se sienta a mi lado en la misma silla. Trago saliva y me pongo alerta.

- ¿Estamos solos? - me pregunta mirándome la boca.

- Eso parece.

- Esto podría ser peligroso. - Le miro bien cuando dice eso. Su cuerpo grita una emoción completamente desconocida para mí.

- ¿Por qué iba a ser peligroso? - Me recuesto en la tumbona, temblorosa, enseñando los pechos. Mi pelo se me cae por la silla. Sé que no se resistirá, mi posición parece una invitación y su mirada titubea, queriendo recorrer mi cuerpo.

- Desde el momento en que puse mis ojos en ti, supe que tendría problemas. Y ni siquiera me di cuenta de lo hermosa que eras. Sólo ver esos labios carnosos y el color de tu piel me hizo pensar: pura dinamita. - Le sonrío.

- Cuando me comprometí, no tenía ni idea de que fueras tan joven... y tan apuesto. - No me toca, pero está tan cerca que puedo sentir su aliento. Estoy tentada de besar esa boca, pero al mismo tiempo sé que podría hacerme daño. Un fin de semana para recordar sería perfecto, luego desapareceré y todo quedará en el pasado. Decido dar un paso hacia el borde del abismo, pero quien me empujará será su actitud hacia mi desprendimiento.

- Bésame, Tony. - Su reacción es inmediata y abrumadora. Sumerge su lengua en mi boca. El beso es urgente, ansioso al principio, luego más lento y ardiente. Le acaricio la nuca mientras me sujeta los rizos, dejándome a su merced. Se detiene un momento para bajarme la braguita del bikini, dejándome los pechos listos para ser chupados. Pensé que sería demasiado ansioso, pero no, me lame los pezones, los roza con la lengua y los chupa, ejerciendo una suave presión con los dientes. Casi puedo ver las estrellas en un día todavía luminoso, nunca había sentido nada igual. Va más allá y se da cuenta de que estoy totalmente rendida. Me baja la braguita del bikini, desliza dos dedos dentro de mí y apoya el pulgar en mi clítoris. Vuelve a besarme la boca mientras obra su magia en mí. No puedo explicar lo que siento, pero sé que es abrumador, que un calor recorre todo mi cuerpo y no quiero que esta sensación de plenitud termine.

Simplemente me enloquece. Todavía no me he recuperado del orgasmo, él se levanta bruscamente y se zambulle en la piscina. Me arreglo la ropa, recojo mi dignidad y corro a mi habitación, cerrando la puerta con llave y apoyándome en ella.

Dios mío, ¿qué ha pasado? No sé ni cómo medir lo que he sentido. Si este hombre pudo provocarme un orgasmo tan intenso sólo con sus manos, imagínate lo que puede hacer con cada parte de su cuerpo.



CAPÍTULO 9

Abro la ducha y dejo caer el agua. Me acaricio el clítoris y sigue enorme y sensible. - *Y ahora, Sabrina, ¿cómo vas a mirarlo? ¿Y ahora?*

Bueno, de todos modos, tengo que bajar a preparar la comida. Me armo de valor y, esta vez, no me ando con rodeos, abro la puerta y bajo rápidamente. Voy vestida con la misma ropa que el día anterior y, de hecho, quisiera volver a ponerme el uniforme de chófer, esconderme detrás de alguna prenda, porque así él no se habría enterado de que soy una mujer, de que tengo deseos y de que su cuerpo me atrae como ningún hombre lo ha hecho jamás.

Cojo la ensalada que Vanda ha dejado lavada y preparo una estupenda bandeja. Preparo una vinagreta para aliñarla. Caliento la sartén y empiezo a asar los filetes, que son de buena calidad, bien adobados. Incluso salivo cuando el olor de la carne empieza a llenar la habitación.

- Huele bien, Sabrina. A ver si el sabor está a la altura. - Me doy la vuelta y me pierdo en él. Tony se ha puesto un conjunto azul del color del mar y me sonríe. Nunca había sonreído tan abiertamente. El sol brilla aún más en el cielo. Qué hombre tan espectacular...

- Siéntese, doctor, y le serviré en un momento.

- Puede llamarme Tony, es mejor que deje las formalidades para la hora del trabajo.

- No sé, creo que es mejor dejarlo como está. - Estoy confundida, todavía no sé cómo valorar lo que acaba de pasar.

- Depende de ti. Por cierto, me has llamado Tony hace una hora. - Le sirvo el filete en el plato y él me toma del brazo.

- Ha sido una locura, Tony, y lo sabes. - Empieza a recorrerme la nuca con la mano.

- Lo sé, ha sido una auténtica locura. - Me acerca hasta que su boca está casi sobre la mía. - Sólo que... - Una bocina interrumpe su discurso.

- Vandinha está aquí, le digo y me suelta. Voy a la cocina por mi filete. Cuando entran, el aire sigue cargado de electricidad, pero ni siquiera se dan cuenta y se ponen a charlar animadamente.

En cuanto termino de comer, me ofrezco a ayudar a Vanda, que se niega amablemente, así que me disculpo y subo a mi dormitorio, alegando estar cansada por el sol. Él me sigue con la mirada y no dice nada.

Entro en mi habitación y pienso en lo que voy a hacer a partir de ahora. Mis opciones son muchas. Un simple no y todo vuelve al principio, chófer y jefe, en una semana mi padre estará de vuelta.

Ceder a la tentación, porque es evidente que quiere acostarse con la criadita. Mi padre regresa y yo me quedo con el recuerdo de una tórrida noche de sexo.

Puedo negar que me atrae y esa sería la mejor actitud en mi situación, fingir que no ha pasado gran cosa.

Tengo que decidirme, no puedo seguir negándome y presionando, atacando y

retrocediendo, así como al gato y el ratón. Siempre he actuado a mi manera, nunca he dejado que nadie controlara mis deseos y mis pensamientos. Tony es inteligente, sabe que disfruté de nuestra interacción y está convencido de que puede tenerme en sus manos en cualquier momento. Si alguien tiene que dar el primer paso, debo ser yo.

Necesito pensar mucho en esto y tengo unas horas sin que nadie se dé cuenta de lo que ocurre en mi interior.



CAPÍTULO 10

Tengo cuarenta y cuatro años y nunca he tenido una relación con una empleada. No porque tenga normas, sino porque nunca me ha interesado ninguna. Ahora, provocar un orgasmo a mi chófer, que acabo de descubrir que es una bella mujer, es una locura total. Es muy joven, tengo veinte años más que ella, nunca he mirado a una chica como la miré a ella, como la toqué y la deseé hoy en la piscina.

Eso no es lo peor. Lo peor es que quiero retomarlo donde lo dejé, quiero probarla, cuánto puede aguantar y hasta dónde puede llegar. Quiero explotar esa juventud y esa petulancia, huyendo de mí categóricamente.

No soy de medias verdades, y cuando comparto la cama con una mujer, ella sabe que no es definitivo. Muchas mujeres han estado en mi cama y algunas no se alegraron de abandonarla, pero estaban avisadas. No mezclo razón y corazón, de hecho, ni siquiera sé si tengo uno en el pecho. Siempre he sido frío y mi trabajo y eso intensifica aún más mi frialdad.

Esta experiencia de querer a alguien que está a mi disposición profesionalmente es extraña y excitante al mismo tiempo.

Ella no fue inmune a mí. Desde la primera vez que intercambiamos miradas, me di cuenta de que había una fascinación. Después, evalué y analicé sus maneras y actitudes.

Me inquieté cuando volví al coche después de una aventura con una conocida y descubrí que mi chófer era una mujer. Eso no me había ocurrido nunca. Cuando le ordené que subiera y vio con sus propios ojos que sólo era mi entrenamiento, fue como pegarme un tiro en el pie. A través de los botones de su camisa abierta, pude ver un bonito par de pechos. Casi fue la mujer que había cogido ese día. Incluso salivé y tuve una buena erección con los pensamientos libidinosos que me vinieron a la cabeza, rompiendo aquel horrible uniforme con mis dientes.

Pero me controlé...

El día que la encontré limpiando el parabrisas del coche con el trasero levantado, me di cuenta de que había un tremendo cuerpo bajo aquel uniforme masculino. Confieso que organicé un viaje de última hora para averiguar qué escondía bajo aquel horrible atuendo.

Ni siquiera pude navegar, que es mi pasión, por falta de concentración. Volví a casa dispuesto a hacer las maletas y marcharme.

No me había imaginado que estaría casi desnuda en mi piscina, ni que aquella mujer tenía un cuerpo escultural. Con la piel morena, el pelo largo y rizado, un par de pechos voluptuosos y un coño que cabía perfectamente en mi mano, no pude resistirme y caí en tentación. Por suerte, ella tuvo más sentido común y huyó de mí.

Ahora estoy aquí, encerrado en mi habitación, atrapado, sin saber qué hacer. Yo, un magistrado, acostumbrado a juicios elevados y sentencias crueles, no puedo llegar a un consenso sin herir a ambas partes.

Hay mujeres que están hechas para el sexo y nada más. Me temo que Sabrina no lo está,

tiene veinticuatro años, una mujer con poca experiencia, es una soñadora, mientras que yo soy un viejo lobo de mar, ya he experimentado muchas cosas en la vida.

Pienso que me equivoqué al tocarla y decido ponerle remedio ahora mismo, no voy a dejarlo para más tarde, cuando podría pensar que soy un monstruo pervertido e interponer una demanda por acoso en el trabajo.

Me ducho, me pongo uno shorts, una camiseta y unas chancas. Salgo de la habitación y llamo a su puerta. Oigo movimiento en la habitación y la puerta se abre.

Todos mis argumentos se van por el desagüe.

Imagina a una mujer lista para el sexo, con el pelo rizado aún húmedo de la ducha, un rostro sonrojado y la boca pintada del color carmín. Los pies descalzos y un vestido indecente, cubriendo una pequeña parte de esa piel morena que tanto me atrae.

A la mierda mi carácter... Ni siquiera vale tanto.

- Sabrina... sin brasier es cobardía. He venido a pedirte perdón por lo de hoy y te encuentro así, no habrá perdón por lo que quiero hacerte. - Me mira con una hermosa sonrisa en la cara. Tengo un gran problema, es obvio que lo ha hecho a propósito.

- Iba de camino a tu habitación, Tony. - Cambia la entonación de mi nombre y eso hace que mi miembro se me ponga duro.

- Vestido así, ¿tenías buenas intenciones?

- Depende de tu punto de vista, pero creo que eran las peores posibles. Pero antes de que me enseñes dónde está el paraíso, porque hoy he estado casi allí cuando me tocaste, necesito que sepas que hasta ahora sólo he tenido una relación con un hombre y ha pasado mucho tiempo. Si esperas experiencia en la cama, tal vez te decepcione. - La empujo a la habitación y cierro la puerta con el pie. Empiezo a besarle el pelo y desciendo por su cara, besándole la nuca y sujetándole la cabeza con fuerza, haciendo que sus ojos se peguen a los míos.

- Puede que te decepcione, morena. No tengo este control y no sé dónde está este paraíso. Sólo sé coger duro. - Beso su boca largamente, presionando mi lengua contra la suya, demostrando que aquí no existe la delicadeza. Le bajo la cremallera y el vestido cae al suelo. Sólo lleva puesta la braguita y la alejo para apreciar su cuerpo. Recorro lentamente sus pechos con la mano, mientras relamo los labios.

- Tu cuerpo es perfecto, Sabrina. Es como una pintura. Si no quieres que te coja duro, dilo ahora, mientras no estoy tocando tu cuerpo. Entonces no podré parar. - Percibo en ella una momentánea indecisión, quizá temiendo que le haga daño. Por un segundo pienso que va a rechazar la oferta y no sé si podré volver atrás ahora que estoy tan cerca de ella.

- Quiero sentirte dentro de mí, Doctor. - No recuerdo haber sido nunca tan feliz con un sí. Me pierdo en sus pechos, mordisqueando sus pezones hasta que gime. Venciendo su timidez, ella me quita la camiseta y me recorre el abdomen con las manos.

- Quería hacer esto desde aquel día en tu departamento. - Me lame los pezones y me aprieta la cintura apretando su cuerpo contra mi erección.

- Eres ardiente, morena. Tu cuerpo me atrae de una forma a la que no puedo resistirme, aunque sé que está mal. - La tumbo en la cama.

- ¿Por qué mal? ¿No te coges a las chicas de los suburbios? - Veo que tiene una lengua afilada.

- Mal porque eres demasiado joven y no por tu clase social. Cállate ya y siéntelo. - Insolente o no, le bajo las bragas, le abro las piernas y la pruebo. Me doy cuenta de que se estremece. La mantengo con las piernas abiertas y juego con su clítoris en mi boca.

- ¿Qué es eso, Tony? - balbucea Sabrina, encantada y con la voz quebrada.

- Soy yo cogiéndote, Sabrina. Quiero que vengas en mi boca. - Continúo lamiendo, chupando y mordiendo a esta deliciosa mujer. Con la experiencia que tengo, no tarda mucho en llegar al clímax. Mantengo la presión hasta que termina el último espasmo y ella queda tendida en la cama.

Abro la mesilla y busco un preservativo. Ella me mira con curiosidad mientras me quito la ropa y dejo que se aprecie mi verga.

- Eres muy grande, Tony. - Todo lo que un hombre quiere oír.

- Tócalo, morena. - Tímidamente, me rodea el pene con la mano y su tacto me produce escalofríos. ¡Joder!

- Suave. - Ella hace el movimiento de vaivén y yo empiezo a respirar con más dificultad.

- Tumbate y abre las piernas, Sabrina. Voy a cogerte. - Ella obedece. - Qué guapa. - Me pongo el condón y voy por ella. Juego un poco con su coño y noto que está muy mojado. Empiezo a penetrarla lentamente para que se acostumbre a mi tamaño. Jodidamente apretado, muy apretado. Incluso noto una presión, como si aún fuera virgen.

- Qué coño tan estrecho y delicioso, Sabrina. Sabes que eso vuelve loco a un hombre... - Soy más atrevido y meto un poco más. Ella gime.

- ¿Le duele? - Sorprendentemente, me inquieta.

- No, Tony, gimo de excitación. Méteme esa verga, méteme toda esa verga. - ¿Quién puede resistirse a una petición así? Le meto lo que queda y le lleno el coño por completo. La cojo despacio hasta que se adapta a mí. Necesito tener un control absurdo. Quiero meterle fuerza, pero me doy cuenta de que es prácticamente virgen. Aumento el ritmo, con la misma intensidad que sus gemidos. La morena está totalmente rendida a mi vara.

Pongo mi mano en su clítoris, sólo para verla derrumbarse una vez más. Estoy empapado en sudor, amando su coño caliente y apretado. Incapaz de controlar el clímax, dejo que se desborde sobre mí.

- Mierda, Sabrina. - Aumento la velocidad de mis embestidas y me vengo como hacía siglos que no lo hacía. Mi erección alcanza su punto máximo con este coño casi intacto.

Me desplomo a su lado exhausto, sintiendo aún todo mi cuerpo en acción. Tiene una sonrisa en la cara y los ojos cerrados. Siento curiosidad.

- ¿De qué te ríes? Ella abre los ojos, aún sonriente.

- Hoy me has enseñado dos o tres cositas que difícilmente alguien podrá superar. Vaya estilazo que tiene, doctor. No pensé que jamás viviría un momento así, ni en mis sueños más salvajes ni leyendo mis libros de romance picante. Fue surreal.

- No olvides que aquí soy Tony, hay un hombre debajo del magistrado. - De repente, oírle llamarme señor me hizo sentir como el Lobo Feroz comiéndose a Caperucita Roja. Me doy cuenta de que nos separan muchos años en edad y no quiero pensar en lo mucho que eso me molesta.

- Está bien, Tony. ¿Puedes volver a tu habitación ahora? Quiero darme una ducha e ir abajo a ayudar a Vanda. - Tengo la impresión de que ella me está descartando. De todos modos, el sexo ha finalizado. Me levanto y tiro la protección a la basura y ella me observa mientras me visto, totalmente relajada en la cama. Me dirijo a la puerta, pero ella me llama.

- Ha sido increíble, Tony. Me pareciste un caballero, no el bruto que dijiste que eras. Te lo agradezco. - No puedo formular una respuesta, murmuro algo y me voy a mi habitación.

Me tumbo en la cama, feliz con el sexo. Fue realmente bueno, tengo que admitirlo. Sólo

pensaba en dar placer, sin preocuparme del después. Ni siquiera sé si alguna vez he cogido a alguien así, tan inexperta. Desde el principio de mi vida sexual, las mujeres me han visto no sólo por mi belleza, sino también por mi dinero. Familia tradicional, niño nacido en cuna de oro. Mujeres de todas las edades ofreciéndose a mí.

También es la primera vez que tengo relaciones sexuales con alguien que no pertenece a mi clase social, lo que me hace reflexionar. No hay diferencia entre las personas cuando buscan placer. Lo único que cuenta en ese momento es lo beneficiosa que es la conexión para el cuerpo e incluso para el alma. Hoy he aprendido más de lo que he enseñado.

Fue bueno, pero se acabó. Yo lo probé, fue un intercambio de placer y la vida sigue. Procuro darme otra ducha y echarme una siesta.



CAPÍTULO 11

Sabía que no funcionaría tener sexo con el magistrado, no soy una mujer que pueda separar el sexo de los sentimientos, por muy liberal que quiera ser. Salgo de la cama y me miro en el espejo. Tengo marcas de nuestro sexo que no se borrarán tan rápido.

Cenicienta conoció el mundo del príncipe, el pene del príncipe y la lengua del príncipe, es imposible olvidar todos esos recuerdos que fueron reales y no un cuento de hadas. Tengo que fingir que no me importa, que no fue para tanto, pero sé que me resulta más difícil, porque nuestro momento fue muy bueno.

Ordeno mis pensamientos, me preparo de nuevo, bajo las escaleras y encuentro a Vanda afuera cosechando hierbas.

- ¿En qué piensas, Vanda? - Uso la cocina para distraerme.
- Voy a prepararle a Tony una *moqueca*. ¿Quieres hacer postre otra vez?
- Podría hacer un *petit gâteau*. ¿Tienes chocolate y helado?
- Perfecto, cariño. Todo lo que necesites.

- Déjame ayudarte a recoger el cilantro y entraremos juntas. - Paso el final de la tarde en la cocina, un poco perdida en mis pensamientos.

Cuando él baja, yo estoy sentada en el sofá del jardín, contemplando la puesta de sol. Se sienta a mi lado y empieza a charlar.

- Me gusta navegar para contemplar la puesta de sol en medio del mar. - Él esta accesible y aprovecho para conocer un poco su mundo.

- Nunca he navegado, pero no me gusta mucho el mar. Me da miedo la madre naturaleza.

- Sólo hay que respetarla, darse cuenta de que ella manda y no hacer nada arriesgado. Me gusta, me siento libre cuando estoy ahí fuera.

- Tengo que felicitarte, Tony. - Le miro, sonriendo.

- ¿Por qué me merezco esto?

- No has cogido ni el ordenador ni los libros de estudio, eso es un avance. Creo que cuando vuelvas a tus procesos, tendrás nuevas visiones.

- Creo que tienes razón, fue bueno desconcentrarme del trabajo. - Me mira y entiendo sus palabras. Me avergüenzo y, por suerte, Vanda viene hacia nosotros con una bandeja.

- La cena está casi lista, Tony. Traigo unas bebidas para que se relajen. - Me tiende un vaso de frutos rojos y le pasa a él un vaso de kiwi.

- Hmm... Vanda. Está riquísima. Refrescante, gracias. - Nos sentamos a sorber la bebida, el alcohol me deja más suelta y atrevida. El alcohol siempre me deja sin mucho filtro, así que no estoy acostumbrada a beber.

- ¿Tony?

- Habla, Sabrina. - Me doy cuenta de que él también está muy relajado y eso me da valor para preguntarle por nuestra aventura. No me pareció nada del otro mundo preguntar, sólo quería

saber si se arrepentía.

- Según tus criterios, yo fui muy inexperta en la cama? Le miro, cruzo las piernas y hago muecas.

- El alcohol no es un buen consejero, morena. - Soy más atrevida y me siento en su regazo. Tony no reacciona.

- Si tuvieras que repetir lo que hicimos, ¿lo harías? Vamos, no seas aburrido. - Él desliza su mano bajo mi vestido, apretando mi sexo.

- No me provoques, Sabrina. - Frota su erección contra mi trasero. - A menos que estés dispuesta a llegar hasta el final. - Me levanto de su regazo y me siento audazmente en la mesa frente a él con las piernas abiertas, lo suficiente para que vea mis bragas.

- ¿Cómo sería llegar hasta el final? ¿Sería meterme su miembro en la boca? Porque si es así, no creo estar a la altura. Eres demasiado grande, aún puedo sentirte dentro de mí. - Se levanta y me atrae hacia su pecho.

- Ah... Sabrina, me vas a pedir tragarme el pene. Es más, vas a sentarte sobre el y gemir, pidiéndomelo todo. - Me quedo muda, embriagada por los pensamientos que llenan mi mente. Tony dentro de mí, el magistrado tomándome, el espectacular hombre deseándome de nuevo. Este tipo tiene el poder de afectarme de una forma desconocida. Ningún hombre me ha tocado nunca así, y por primera vez siento miedo de todos los cambios que se están produciendo en mi interior en un corto espacio de tiempo.

- Ahora vamos a cenar para neutralizar la bebida que llevas en el cuerpo, no sabes ni lo que dices. - Me libro de él, creyéndome poderosa, y empiezo a caminar hacia el comedor.

- Me doy cuenta de lo que intenta decirme. Soy tu chófer y nada más. No volveremos a estar juntos y creo que es aún mejor que no me toque más, doctor... ¿cómo se dice? Su excelencia Dr. Tony Melhado.

Vanda sirve la cena y me alegro de que mi ligera borrachera haya pasado. Luego horneo el *petit gâteau* y lo sirvo con helado. Dejo que mi lado infantil se apodere de mi cuerpo y empiezo a fastidiarlo. Saboreo el *petit gâteau* con helado, eróticamente. Lamo la cuchara, me entretengo con ella en la boca. Él intenta ignorarlo, pero es en vano. Incluso abre la boca cuando dejo caer torpemente el helado en el valle de mis pechos.

- ¿Te ha gustado el *petit gâteau*? le pregunto burlona. Me mira con ojos inflamados y contesta bruscamente:

- He comido mejores.

- Vaya, qué grosero. - Me llevo otra cucharada a la boca. - Podría ser, pero dudo que alguna vez haya comido uno tan exclusivo. Lástima que se haya acabado, sólo era una receta. - Me levanto de la mesa, avergonzada por comportarme como una niña.

- Disculpe, voy a ayudar a Vanda con los platos. Gracias por la experiencia de hoy, me ayudará en el futuro. - Le guiño un ojo y me doy la vuelta.

Qué descarada, Sabrina. Tomarle el pelo a un hombre tan poderoso y centrado como el magistrado. ¿Crees que caerá? Probablemente esté pensando en la próxima de su colección. Ayudo a organizar la cocina y me quedo un rato en el salón, buscando algo en la televisión. Nada me atrae, no puedo concentrarme en nada. Tony se ha ido, no lo he visto por ninguna parte. Habrá ido a su habitación, quizá a trabajar.

Cansada de dar vueltas y esperar a que aparezca, subo al dormitorio, entro y, sin encender la luz, salgo al balcón. Quizá desde aquí lo vea en alguna parte.

No tengo que buscar mucho, está sentado tranquilamente en la silla de mi balcón,

mirándome con deseo en los ojos.

- Tardaste en subir. - Descaradamente, miro fijamente el bulto de sus calzoncillos y me humedezco los labios.

- Estaba viendo la televisión.

- ¿Encontraste algo interesante?

- No, nada me interesó. - Tengo curiosidad por saber adónde va esta conversación.

- ¿Y ahora? ¿Hay algo que te interese? Porque me interesa mucho hacer que una provocadora pruebe su propio veneno. - Mi intimidad se humedece al instante ante la mirada lasciva del doctor.

- Acércate a mí, morena. - Me debato entre ignorar su orden o sumergirme de nuevo en la lujuria. Elijo la segunda opción, ya que estoy en el infierno, abrazo al diablo.

Reduzco nuestra distancia, él levanta el brazo y aprieta mis pezones extremadamente excitados. Jadeo indoblegablemente. Se levanta de la silla, me baja el tirante del vestido y se mete mis pechos en la boca. Echo la cabeza hacia atrás, embriagada de placer. No sabía lo erógeno que podían llegar a ser mis pechos.

- ¿Sientes cómo te excitas cuando te chupo los pechos? - Ahora es su turno de provocarme.

- *Hum...Hum...* - Murmuro, adorando el contacto, pero él se detiene y yo lo miro fijamente sin entender el porqué.

- Quiero que me tragues, Sabrina. Te demostraré lo mucho que vas a disfrutar. Arrodíllate, morena. - Tira el respaldo acolchado de la silla al suelo y espera. Soy terca, quiero ceder, pero también quiero provocarlo.

- Usted no es mi jefe, señoría. Nunca he hecho lo que me pide y hoy no será la primera vez.

- Veo que sus ojos azules se oscurecen y sus manos tiemblan.

- Nunca he forzado a una mujer y hoy no empezaré a hacerlo. - Me coloco frente a él con los pechos al aire y le sujeto sus brazos sobre la silla.

- Eso no significa que no quiera montarte. Es solo que no quiero que mandes tú, esta es mi habitación y yo voy a llevar la voz cantante. - Él Respira hondo y siento la adrenalina inyectándose en mi cuerpo. Busco protección en la mesilla de noche. Sostengo el paquete en la boca mientras deslizo el vestido y las bragas hasta el suelo. Con manos temblorosas y cero experiencia en seducción, abro el paquete y él me ayuda a colocarlo en su pene. Eso es todo, se queda mirando, esperando mi siguiente movimiento.

Le doy la espalda y encajo su polla en la entrada de mi abertura. Tony es muy grande y tengo que moverme despacio para acostumbrarme a su anchura.

- ¿Te gusta así, Tony? - le pregunto inocentemente mientras me deslizo lentamente. Me atrae hacia su pecho y, de esta forma, encajo completamente su longitud. Siento que mi pulsación se concentra en mis paredes vaginales.

- Me gusta follar en cualquier posición. ¿Y a ti? ¿Te gusta que te haga gozar? me susurra al oído, frotándose deliciosamente el clítoris. Subo los pies al costado de la silla, junto a sus piernas, y empiezo a rebotar sobre su miembro, mientras él me masturba. Pensé que esta posición me pondría al mando, pero me equivoco, estoy subyugada. Su pene tiene libre acceso a mi coño, su mano me masajea, la otra me aprieta los pezones. Las palabras que me dice al oído son obscenas, lo noto cuando me besa, me muerde y me pasa la lengua por la nuca. Las estrellas brillan más en el cielo cuando llego al clímax y él aumenta la frecuencia de sus embestidas, sin detenerse ni un instante, demostrando que es un hombre con mucha garra. Reina el silencio, porque el momento es tan sublime, lleno de intercambio y entrega. Las palabras ya no son

necesarias. Sólo Tony, alucinado de placer, grita mientras explota dentro de mí.

Mis piernas flaquean por la fuerza que he tenido que hacer para practicar sexo en esta postura tan compleja. Cuando termina, estoy encima de él. Permanecemos así un rato, yo acurrucada en su regazo, él acariciándome el cuello. Mientras respiro, todavía abrumada por el apogeo de nuestro sexo, él guarda silencio, y me encantaría saber qué está pensando ahora mismo. Mi mente está totalmente alucinada por la capacidad del doctor para llevarme a las alturas, para dejarme saciada y encantada con una sesión de sexo. Ni siquiera sabía que podía sentirme así, en éxtasis con un desconocido, porque no es más que un desconocido, aunque sé que es un hombre rico, educado y aparentemente bien educado.

Hago amago de levantarme, pero él no me deja. Tira el preservativo al suelo y me pone de lado sobre su regazo, para poder mirarme. Sonríe con satisfacción y no había visto antes este lado amable del magistrado. ¿Se dará cuenta de lo guapo que es cuando sonrío?

- No quería irrumpir en su habitación, señorita, pero no me dejó otra opción, provocándome de aquella manera a la hora de la cena.

- Mi madre siempre me dice que soy una abusadora.

- Tiene razón, Sabrina. Tú, con tu inocencia, sabes cómo agitar a un hombre.

- Lo siento, Tony. Es la primera vez que quiero seducir a un hombre, y sabes que no sé mucho de eso.

- Por eso me volví loco. - Él me besa la mejilla, la nariz, terminando en mi boca. - Su aire de inocencia despierta mi libido, alimentando mis deseos. Acabo comportándome como un chico de dieciocho años, con ganas de comerme un coñito nuevo.

Me doy cuenta de que es hora de volver a mi mundo. Él es el poderoso y yo sólo soy el coñito nuevo. Me levanto de su regazo y corro al baño, me recojo el pelo y me meto en la ducha. Me tomo deliberadamente mi tiempo para salir y ya no lo encuentro.

Me tumbo en la cama, recordando todos los momentos que he vivido hoy, tantas emociones en un solo día. Aunque sé que todo esto es un sueño, un sueño erótico de la mejor calidad, llegará el domingo y Sabrina, la chófer, tendrá que ser firme para no delatar que se ha vuelto más importante de lo que parece.



CAPÍTULO 12

El domingo me despierto con un apretón en el corazón. En primer lugar, porque es el día de volver a la realidad. En segundo lugar, porque el sol se ha ido, dando paso a la lluvia. Me siento un rato en el balcón a ver la lluvia. Me encanta ver llover y es la primera vez que veo este espectáculo desde un lugar tan bonito. Parece que la madre naturaleza se compadece del torbellino de emociones que está ocurriendo en mi interior. Incapaz de seguir escondiéndome, me pongo la ropa de gimnasia, ya que el tiempo está más fresco, y bajo las escaleras.

Tony ya está sentado tranquilamente a la mesa, con una camiseta y un pantalón de chándal. Me da la impresión de que no lleva calzones.

Qué vergüenza, Sabrina. Él es un magistrado.

- Buenos días a todos. ¿Qué es este tiempo tan feo, Tony? No pensé que lloviera así aquí.

- Buenos días, Sabrina. No es nada raro. - Me mira intensamente y yo finjo no darme cuenta, empezando a desayunar.

Me he levantado con hambre y aprovecho para comer bien porque no sé cuándo volveré a desayunar tan llena como ahora. En cuanto termino, bajo su atenta mirada, recojo la vajilla sucia y me levanto para llevarla a la cocina cuando me lo ordena.

- Vanda saldrá enseguida. Necesito hablar contigo primero. ¿Puedes venir conmigo?

- Sí, señor. - Me hace una señal, indicándome el camino. Recorro un pequeño pasillo y me señala la última puerta. La abro y veo una mezcla de despacho y biblioteca. Una de las paredes está llena de libros desde el techo hasta el suelo.

- Vaya, para ser una casa de vacaciones, aquí hay muchos libros.

- Mi profesión me obliga a leer muchos libros. Además, siempre me ha gustado leer y coleccionar libros.

- Me gusta leer, pero siempre me han gustado las novelas románticas.

- ¿Romántica incurable? - me pregunta.

- No creo que lo sea, simplemente me gusta saber que todas tienen un final feliz. - Paso la mano por un anaquel de libros.

- Pero la vida no es así, Sabrina. No siempre termina como un cuento de hadas.

- Eso es verdad, sólo quiero creer que lo es. ¿Qué quieres enseñarme? - Me vuelvo hacia él y lo veo apoyado en el marco de la puerta, con los ojos fijos en mí.

No es una mirada cualquiera, es la mirada de un depredador y está a punto de atacar. Entra en la habitación, cierra la puerta y gira la llave.

Me doy cuenta de su intención cuando vuelve a mirarme a los ojos. De su mirada salen chispas de fuego.

- Sabrina, hoy volvemos a Río, también nuestra posición como empleador y empleada. - Camina hacia mí y yo me alejo, hasta encontrar una pared. Me agarra del pelo, me huele la nuca, me lame y me mordisquea la oreja.

- Te deseo otra vez, una última vez. - Me quita la camiseta y el top, y vuelve a chuparme los pechos. Ni siquiera quiero discutir, realmente quiero volver a estar con él. Después pienso en las consecuencias. Se da cuenta de mi consentimiento y me baja el legging y las bragas, arrodillándose a mis pies.

Está cara a cara con mi intimidad, totalmente a su merced.

- Quiero volver a saborearte, morena. - Apoyo mi pierna en su hombro y él me mete la lengua, sorbiendo todo mi líquido y mi alma. Sabe dar placer con su boca, todo hierve en mí con su lengua incrustada en mi sexo. Es tan delicioso, sabe dónde está mi eje erótico, me mete el dedo en la intimidad y no duro ni diez minutos antes de venirme en su boca.

En ese momento, sólo puedo pensar en devolverle el placer, y él se levanta y me atrae para darme un beso. Niego el beso, lo empujo hacia atrás en su silla y me arrodillo. Veo en sus ojos cuánto lo desea. Le rozo el bulto y me doy cuenta de lo que ya me imaginaba: realmente no lleva calzones. Le bajo el chándal y miro su pene con la cabeza reluciente. Él sonríe mientras lo analizo antes de metérmelo en la boca.

Le paso la lengua por el glande y noto que no sabe a nada. Lo recorro con la lengua, como si fuera un helado, y lo miro. Tony parece contener la respiración. Deslizo su miembro en mi boca todo lo que puedo y él gime salvajemente.

- He soñado con eso, morena. - Me gusta cómo me llama, me gusta saber que vibra con el color de mi piel y agradezco haber tenido esta nueva experiencia antes de volver a mi vida de suburbio. Si supiera cuánto lamenté anoche no haber probado lo que me pedía. Me alegro de que me haya dado otra oportunidad.

- ¿Me enseñas a darte placer? - Él me sujeta el pelo y me guía la boca, y me encanta la sensación de poder que me da. Mantiene un ritmo cadencioso y no sobrepasa mis límites. Siento su miembro hincharse en mi boca e imagino que va a venirse, pero sorprendentemente no quiere derramarse en mi boca, me tira del cabello y me coloca con el culo hacia arriba sobre la mesa.

- Ábrete las piernas para mí, morena. Voy penetrarte. - Saca un condón del bolsillo, demostrando que ha despertado lleno de perversidad. Se lo pone rápidamente y me invade sin mucho cuidado esta vez, a su manera, con agarre, con furia, casi rudo.

- Culo redondo, hecho para follar. - Me abofetea y gruñe: - Caliente... traviesa... Voy a gozar dentro de ti, morena. Ahora ven conmigo. - Me frota el clítoris, justo en el punto que me hace estallar de excitación. Llegamos juntos al clímax y él se desploma sobre mí. Antes de que pueda recuperar el aliento, dice:

- Esto es lo que me haces, Sabrina. Tu inexperiencia afecta totalmente a mi sexualidad. Tu inocencia despierta mis deseos más profundos. Este fin de semana me has enseñado demasiado y estoy satisfecho con el sexo que hemos compartido, puedes estar segura. - Él se baja de mí y yo se lo devuelvo.

- También aprendí mucho este fin de semana, especialmente sobre sexo. Nunca imaginé que dos desconocidos pudieran ser tan compatibles en este sentido, confieso que pensaba que estas sensaciones sólo ocurrían con personas que se amaban. - Me pongo la ropa mientras él se pone la suya. Entonces Tony me aprieta entre sus brazos, susurrándome al oído:

- El amor y el sexo no siempre van de la mano, chica romántica. Ahora dime, ¿qué tan malo fue probarme? - Le miro, fingiendo pensar.

- Para ser honesta, estuvo bien. Usted es muy sexy, Dr. Melhado. - Me da una palmada en el trasero y abre la puerta del despacho.

Charlamos en la cocina mientras Vanda y yo cocinamos juntas. Comemos a modo de

despedida y subo a prepararme. Aprovecho este tiempo para controlar los deseos que perturban mis pensamientos, no quiero que el magistrado se dé cuenta de que me ha tocado de una forma tan intensa.



CAPÍTULO 13

Bajo las escaleras, casi a la hora de irme, vestida con mi uniforme de chófer, ya añorando el fin de semana. Sé que todo lo que hemos vivido aquí quedará atrás y que después de una semana nuestros caminos se separarán. Pongo el coche en posición para salir, lavo los cristales y salgo a despedirme y agradecer a los cuidadores su hospitalidad.

- Me caíste muy bien, Sabrina. Fue bueno para Tony, estaba más relajado y ni siquiera cogió los libros. ¿Soy yo o se ha interesado por ti? - me pregunta Vanda suavemente al oído.

- Imagínate, Vanda. Yo sólo soy el chófer y él sólo fue un buen anfitrión. Me ha encantado cocinar con usted, gracias por todo. - Nos abrazamos y le tiendo la mano al señor Demerval.

Subo al coche y espero ansiosa.

Cuando él se dirige a la puerta, vestido de manera informal, asumo mi rutina diaria, abro la puerta y espero. No puedo resistirme y levanto la vista justo cuando él se detiene para mirarme. Es el último acto antes de asumir un aura de superioridad.

- Conduce con cuidado, Sabrina. - Son las únicas palabras que pronuncia al subir al coche.

- Así será, doctor. - Vuelvo a tomar las riendas de mi vida.

Él no cierra la ventana que nos separa y yo tampoco quiero salir todavía de su vida. Me pongo los auriculares y me alejo, esta vez escuchando música romántica.

En ningún momento establezco contacto visual con él a través del retrovisor. Él también está absorto en algo en su celular. Al llegar a Río de Janeiro, el clima es el mismo que en mi interior, brumoso y con signos de tormenta de lágrimas en cualquier momento.

En cuanto entramos en la mansión, el cielo se desploma. Tony entra rápidamente y yo voy al dormitorio a cambiarme. Vuelvo a ponerme mi viejo jeans y camiseta. Espero a que se calme la lluvia y corro hasta la parada del autobús. Coger el autobús un domingo es una mierda, tarda demasiado. Lo único que quiero es tiempo para pensar en todo lo que me ha pasado.

Llego a casa cansada y mojada. Doy gracias cuando no veo a nadie, mi madre debe de estar en misa. Me doy una ducha caliente, es imposible no compararla con la que me di en Angra.

Sabrina, olvida este fin de semana.

¿Quién puede olvidar al hombre que me introdujo en un mundo de placer? Que me hizo sentir la mujer más maravillosa, deseable y única de su vida.

Me permito llorar, pensando en lo intenso y especial que fue todo lo que viví. Si mi padre llega a soñar con lo que nos pasó, podría matar a su jefe. No, nadie lo sabrá nunca. Será sólo mi secreto, bajo llave, para que ni siquiera yo recuerde que alguna vez ocurrió.

La semana fue sofocante. Cuarenta grados de calor combinados con la frialdad del Dr. Melhado. Aunque sabía que sería así, una pequeña parte de mí soñaba con que podría ser diferente.

Papá volvió de pescar el jueves, feliz y realizado. Me preguntó si todo había ido bien y le mentí que había sido perfecto. Quizá no mentía, porque todo salió perfectamente según lo

previsto.

Hoy es viernes, y mientras abro la puerta del coche para que el doctor baje por última vez, creo que debo decirle que es mi último día.

- ¿Dr. Melhado? - Me mira con curiosidad.

- Adelante, Sabrina.

- Sólo quería despedirme, su chófer volverá el lunes. - Noto que sus ojos se oscurecen. - Ha sido estupendo trabajar para usted y le agradezco que confiara en mí para conducir su coche.

- Has hecho tu trabajo perfectamente, Sabrina. Espero que consigas unas buenas prácticas en tu especialidad de gastronomía. Realmente tienes un condimento maravilloso, diferente e impregnante. - Este comentario no es sólo sobre mi talento en la cocina y ambos lo sabemos.

- Tal vez cocine para el doctor en algún restaurante rico que frecuente.

- ¿Quién sabe? - Parece querer decir algo, pero no concluye.

- Adiós, doctor.

- Adiós, Sabrina. - Gira sobre sus talones y camina hacia la puerta principal, mientras yo observo cada uno de sus movimientos. Esta vez mira hacia atrás y yo le digo adiós con la mano. Camino hasta la habitación de mi padre y me quito el uniforme, poniéndome un vestido negro, el color que estoy reflejando en este momento. La oscuridad con el fin de toda esta locura.

Alguien llama a la puerta de la habitación y la abro, pensando que es el guardia de seguridad, el amigo de mi padre. No ha habido día en que no haya intentado molestarme, pero hoy, antes de irme, voy a ponerle en su sitio.

- ¿Qué quieres, Queiroz? - No es él, es el hombre que me hace perder noches de sueño.

- Creo que debe querer lo mismo que yo, Sabrina. - Me estremezco al oír su voz.

- ¿Y qué quiere su Excelencia aquí en el ala de los sirvientes? - Ya sé lo que quiere, sus ojos brillan con un deseo desenfrenado.

- Te deseo, morena. - Me empuja y cierra la puerta. - Quiero estar dentro de ti sólo una vez más. - Tiro de su cuerpo hacia el mío y beso su boca con locura. Utilizo mi lengua y mis ágiles manos para demostrarle que yo también necesito un último momento. Me baja los tirantes del vestido para demostrarme lo sediento que está, y yo le saco el miembro palpitante de los pantalones. Me quita las bragas y me aprieta contra la pared. Rodeo su cintura con mis piernas y él se pone torpemente el condón.

Soy consciente de que aquí las paredes tienen oídos, así que me controlo cuando me entierra la verga entera. Me besa la boca, me muerde los pezones tirando con los dientes y me folla el coño. No sé explicarlo, pero lo hace con fuerza, pero sin prisas, como si temiera que en cuanto llegue al clímax, todo habrá terminado.

Me agarro a su pelo y gimo suavemente cuando siento los espasmos por todo mi cuerpo. Él sabiendo que he cedido, goza con fuerza.

- Lo siento, Sabrina. Eso fue más fuerte que yo, dice, respirando rápidamente, apoyando su frente en la mía. Una disculpa justo después del sexo no es la mejor frase para escuchar.

- No pasa nada, Tony. Yo también lo necesitaba. Ahora vete, antes de que alguien te vea aquí. - Se guarda el condón sucio en el bolsillo de la sudadera, me mira intensamente, me besa bruscamente en la boca y se va.

Recojo mis cosas y salgo corriendo. De alguna manera, todavía quiero ser dueña de mí misma.



CAPÍTULO 14

SIETE MESES DESPUÉS

Salgo del restaurante tan contenta que quiero gritar al mundo entero que me han ascendido. Hace seis meses conseguí unas prácticas en un conocido restaurante da Barra da Tijuca como ayudante de cocina. Trabajé duro para demostrar mi valía. Estuve pendiente de todos los procesos del restaurante y aprendí todas las cosas prácticas, pues la teoría ya la sabía.

Hoy, último día de prácticas, el chef Alejandro me llama en cuanto llegó al restaurante.

- Sabrina, estoy realmente impresionado con tu contribución a nuestra cocina, tienes mucho talento.

- Gracias, chef. Disfruto mucho con lo que hago. También intento aprender más allá de mis obligaciones en la cocina.

- Lo sé, por eso ha surgido una vacante para ti en mi cocina. Arnaldo va a hacer un curso en Europa, creo que ya lo sabes. - Mi corazón se acelera ante la perspectiva de tomar su relevo. Es mucho más de lo que soñaba al principio de mi carrera.

- Sí lo sé, eso debería llevar a un profesional al siguiente nivel.

- Sí, facilita la entrada en el mercado, pero el talento también es esencial en la cocina. Como la cocina del restaurante ha crecido mucho con el aumento exponencial de las entregas delivery, quiero hacer una prueba y he seleccionado a dos *sous-chefs* y me gustaría que ocuparas uno de esos puestos en mi equipo. Eso, por supuesto, si quieres.

- Qué gran idea, claro que lo aceptaré, es lo que más deseo. Mostrar cómo funciona mi cocina, mi sazón, el amor que siento cuando hago lo que me gusta, me apasiona cocinar. - Sonríe, contento de que haya aceptado el trabajo. Sé que es mucha responsabilidad y me doy cuenta de que es mi competencia la que me ha llevado a este puesto. Sé lo difícil que es trabajar en esta profesión y en esta función de liderazgo, pero estoy preparada y estoy segura de que el chef Alejandro estará orgulloso de mi trabajo.

- Me gusta eso de ti, tu dedicación. Por eso empiezas con una misión importante.

- Sale... Adelante, chef.

- Necesito que crees un plato principal para el viernes. Tenemos una cena de celebración para un distinguido grupo que viene aquí cada año y quiero servir un menú exclusivo.

- ¿El chef quiere carne, aves o mariscos? - Mi cabeza ya bulle de ideas.

- Creo que prefiero carne, usaré marisco para el entrante. ¿Puede hacerlo?

- Seguro que sí. Tendré el plato listo para su examinación el miércoles.

- Muy bien. Ahora vete, la cocina te está esperando. - Salgo de su oficina tan feliz que nadie duda de mi ascenso. Trabajo demasiado feliz. Es el reconocimiento del trabajo bien hecho lo que produce satisfacción, sin duda más que un aumento de sueldo. Aunque ganar más es el

sueño de todo pobre que se respete, y yo no soy diferente.

Cuando llego a casa por la noche, tengo que controlarme para no despertar al vecindario. Quiero gritar para que me oiga todo el barrio. Llamo a la puerta de mis padres.

- Pasa, dice mi padre soñoliento.

- Hola, papá. - Me arrodillo a su lado. - Siento despertarte. Es que me han ascendido en el restaurante y no podía esperar a mañana para comunicártelas. - Mi madre se sienta en la cama, ya despierta.

- Dime, hija mía. ¿Qué te han dado?

- Voy a ser uno de los *sous-chefs* del restaurante. - Los dos me miran sin comprender.

- Está bien, explicaré. Voy a ser subchef, que es el empleado que sustituye al chef en la cocina. Si el chef no está, me encargaré de entregar los platos a los clientes. También me ocuparé de la parte operativa, de los cocineros y del servicio.

- Suena muy importante, hija. Te felicito. Como resultado, vamos a comprarte un carrito el fin de semana. Ahora podrás pagar una pequeña cuota, ya que tenemos el anticipo.

- Estupendo, papá. Ahora vuelvan a dormir. - Me levanto y los cubro a los dos.

- ¿Sabrina?

- Diga, papá.

- El Dr. Melhado me ha preguntado hoy si sabía algo del chófer que me ha sustituido. - Mi corazón dio un vuelco.

- ¿Y qué le has dicho?

- Le he dicho que no conocía a la chica que me sustituyó en vacaciones. No me gusta mentirle, después de todo, ha pasado mucho tiempo, ni siquiera le importará la pequeña mentira de las vacaciones. Le digo que fue mi hija y que no tengo por qué mentir siempre.

- No lo sabes, papá. Esta gente con dinero es impredecible. Mejor lo dejo así, no quiero que te arriesgues a perder tu trabajo. Buenas noches, papá.

- Felicidades, hija. Duerme con Dios. - Voy a mi habitación y me tiro en la cama. Basta hablar de él para que la herida se abra. Han sido siete largos meses pensando y soñando con este hombre, recordando todas las sensaciones que he experimentado. Ningún otro hombre me ha atraído en estos meses, no puedo desligarme de Angra y si alguien que parece interesante se cruza en mi camino, lo siguiente que sé es que estoy haciendo comparaciones. La verdad es que disfruté de la experiencia de ser dominada, de que un hombre mayor me controlara, aunque yo no quería que un hombre me controlara. Saber quién soy realmente no cambiará nuestras diferencias en muchos aspectos. Decido darme una ducha y no pensar más en él, pensar en mi ascenso y en mi plato fuerte.



CAPÍTULO 15

Cuando me levanto, estoy decidida a crear el plato perfecto. Antes de ir al restaurante, repaso mis libros de cocina y establezco una relación entre un alimento y otro para elegir el plato exclusivo. Decido que va a ser un lomo de cordero, una carne preferida por la mayoría de la clientela del restaurante, un puré, setas y una salsa dulce. Ahora sólo tengo que llegar al restaurante y hacer pruebas hasta conseguir la combinación perfecta de estos elementos.

Llego a las dos de la tarde, una hora antes de la hora prevista, y empiezo a organizar mis ideas. Entonces Arnaldo, muy emocionado, me cuenta su viaje y empieza a darme mis nuevas funciones. Son muchas, desde ayudar a gestionar el menú, las existencias y los suministros, hasta cuidar de la calidad de lo que se sirve y del equipo para que trabaje en armonía. Vitor, mi nuevo compañero, tiene una gran experiencia como *sous-chef* y me dice con toda claridad que se une al equipo para enriquecerlo y que me ayudará a ser un *sous-chef* ejemplar.

Frente a todas estas tareas, lo que más feliz me hace es preparar y cocinar los platos que se sirven.

- Algún día tendré mi propio menú, le digo a Arnaldo mientras organizamos la cocina.
 - Es un sueño que tenemos todos, Sabrina. Somos los únicos que sabemos lo duro que es este trabajo, de pie durante horas, a contrarreloj y sin fines de semana libres.
 - Sí, me tomó unas semanas para entrar en el ritmo. Ahora sólo quiero demostrarle al chef que puedo hacerlo.
 - Sólo un consejo, eres nueva aquí y ya has subido algunos peldaños. Mantén los ojos bien abiertos, porque hay algunos envidiosos que podrían interponerse en tu ascenso.
 - Le miro incrédula.
 - Oh... Arnaldo, ¿tendría alguien el valor de sabotearme?
 - Hazme caso, Sabrina. Mantente alerta.
 - Lo estaré.
- Arnaldo deja de lado la parte más operativa y empezamos a preparar los platos de la cena.

Al final del día, tengo los pies destrozados. El restaurante tiene una clientela numerosa y parece que muchos de ellos han decidido cenar fuera. Además, tengo que estar pendiente de las entregas *delivery*, que representan una gran parte de los ingresos del restaurante. Alejandro tiene razón, tener dos subjes de cocina ayudará al restaurante a mantener su reputación.

A pesar del cansancio, estoy contenta con mi nuevo papel. Al día siguiente, preparo la receta que he creado y algunas personas de la cocina son los jueces junto con el chef Alejandro. El plato es aprobado por unanimidad. Todos lo alaban, sobre todo el sazón, y quieren saber qué le he añadido.

- Es secreto de la *sous-chef*. ¿Han visto alguna vez a *Palmirinha* o *Claude Troisgros* contándoles alguno de sus secretos? Olvídenlo, no les contaré ni bajo tortura.
- La risa contagia la cocina.



CAPÍTULO 16

Todo el mundo está listo en la cocina para servir el menú especial para el grupo de quince ejecutivos y el menú normal para los demás clientes. Estoy ansiosa por que todo salga bien, sobre todo porque es mi primer día como *sous-chef*.

Contrariamente a las advertencias de Arnaldo, parece que a todo el mundo le ha gustado mi ascenso. A lo largo de la semana, me he asegurado de tener una actitud humilde, aprendiendo de todos cómo funciona cada sector. De este modo, he ido entrando poco a poco en el mundo de cada empleado. Hoy, siento que el grupo está unido por un bien común y también he visto al chef y a Vitor sonreír de oreja a oreja, contentos con cómo va el servicio. Me quedo en la zona de carnes, que es mi plato principal.

El *maître* ordena los platos y el servicio fluye bien. En la cocina, hubo un pequeño imprevisto con un postre, pero conseguimos solventarlo sin retrasar la entrega de los platos.

Me gustaría echar un vistazo cuando estén probando el plato que he creado, pero no quedaría bien hacerlo en mi posición, así que me contengo.

Cuando terminamos en la cocina y estamos limpiando, el chef va a la sala a saludar a los clientes. Al instante, vuelve a la cocina y me llama.

- Sabrina, ¿puedes acompañarme? Los clientes que han probado tu plato quieren conocerte.
- ¿Y ahora qué? ¿Qué dirán? Que estaba malo o, no sé, poco hecho o pasado. Bueno, vamos a ver qué dicen, no puedo seguir angustiándome.

- Venga, chef. Ahora es el momento de la verdad. - Sigo al chef, caminando justo detrás de él, como dicta la etiqueta. Entrecierro un poco los ojos, intentando ver lo que me espera, pero el altísimo chef me tapa la vista. Cuando se detiene junto a la enorme mesa llena de hombres vestidos de etiqueta, veo en la cabecera nada menos que el magistrado Tony Melhado. Está hablando con un hombre a su lado y no se ha fijado en mi presencia.

Quiero volver corriendo a la cocina, pero de momento no es una opción. Tendré que afrontar el reto de frente. Uno de ellos, un poco exultante por el efecto del alcohol, estalla:

- Señorita, su lomo de cordero ha sido el mejor que he comido en mi vida. Jugoso, en su punto, con un sazón que no he podido descifrar. - Dos chicos más empiezan a alabar mi plato cuando su mirada se posa en mí.

Yo, muy sonriente, agradeciéndoles los cumplidos por mi comida, me quedo hipnotizada por su mirada. Empieza con una simple mirada y cambia cuando se da cuenta de que la carne que ha comido la he hecho yo. También veo ahí una señal de advertencia.

- ¿Cómo te llamas, guapa? Necesito una cocinera en casa y tú cumples todos mis requisitos. - Dice un hombre, algo embriagado, sonriéndome. No tengo tiempo de devolver el comentario porque Tony no pierde el tiempo.

- Que alguien lleve al juez Mendes a lavarse la cara. Está siendo muy incómodo con la señorita. - Un hombre algo mayor se levanta de la mesa y arrastra al hombre al baño.

- Agradezco todos los cumplidos y me halaga que les haya gustado la comida. Discúlpame. - Antes de darme la vuelta y volver a la cocina, con el corazón acelerado, el magistrado me habla.

- Enhorabuena, señorita. Su comida estaba exquisita y espero que el restaurante se lo agradezca.

- Ahora su pase está bien valorado, Tony. Mi cocina necesitaba un toque femenino y un condimento misterioso. - Responde el chef Alejandro en persona.

- Eso es, Alejandro. Eres un tipo con suerte. Cierra la cuenta para nosotros, por favor. Creo que algunos se han pasado un poco del límite aceptable.

- Eso es exactamente lo que hacen la buena comida y la buena bebida. Te pediré que cierren la cuenta, hasta luego, amigo. - Ambos se dan la mano y él vuelve a mirarme. Me disculpo, sabiendo que mi regreso a la cocina irá acompañado de un par de ojos azules.

En cuanto entro, veo que ya se han organizado muchas cosas. Después me detendré a pensar en lo sucedido y termino de organizar mi plaza. Me cambio rápidamente para no perder el horario del autobús y menos mal que esto acabará pronto, con la adquisición del coche. Me despido del personal y al salir veo el coche del juez parado al otro lado de la calle. Mientras cruzo, su conductor se baja y abre la puerta.

En ese momento, sé que estoy en problemas. Los dos me miran.

¿Qué voy a hacer? ¿Cómo le explico al doctor que el conductor es mi padre y cómo le explico a mi padre que me acosté con el doctor?

Oh... ¡vida cruel!



CAPÍTULO 17

- ¿Sabrina? - Mi padre me llama primero, haciendo que Tony le mire sorprendido.
- ¿La conoces? - le pregunta Tony y antes de que abra la boca, creo que será mejor que intervenga. Me ocuparé de mi padre más tarde.
- Sí, doctor Melhado. Sí me conoce, cuando me enseñó cómo funcionaba el coche para que yo cubriera sus vacaciones. - Miro fijamente a mi padre.
- Buenas noches, señor Benito, ¿qué tal? Mi padre, al no entenderlo y no gustarle mucho, termina por no delatarme.
- Muy bien, Sabrina. ¿Es aquí donde trabajas ahora?
- Sí, aquí es donde trabajo. El Dr. Melhado ha cenado hoy aquí con sus amigos. - Tony se queda mirando nuestra interacción, al principio sin decir nada. Luego abre la boca para decir qué hace allí, para mi consternación.
- Te estaba esperando, Sabrina. Te llevaré a casa. - Estoy bastante jodida.
- No hace falta, Dr. Melhado. - No puedo creer lo que está pasando. - Vivo muy lejos.
- Por favor yo insisto. Entra en el coche. - Respiro hondo y hago lo que me dice, porque es una orden. También me doy cuenta de que no aceptará un no sin sacar a la luz nuestro pasado y mi padre no tiene por qué saber nada todavía.
- Huelo a comida. - Sigo intentando escapar.
- No hay problema. - Subo al coche, él sube a mi lado y mi padre cierra la puerta, encontrándolo todo muy raro.
- Estoy en apuros.
- Mientras mi padre da la vuelta al coche, pienso que sería más prudente hablar con Tony y luego con mi padre, así que doy la vuelta.
- Le daré la dirección y luego tú cerrarás la ventana de comunicación. Tenemos que hablar.
- Mi padre sube al coche, mostrando indignación. Sé cuando algo no le gusta.
- ¿Dónde vives, Sabrina? - Le digo la dirección y Tony cierra la ventanilla. En cuanto el coche entra en la *línea roja*, Tony empieza su interrogatorio.
- Después de todo, ¿puedo preguntar qué está pasando, Sabrina? Parece que han visto fantasmas. - Mi padre mira por el espejo retrovisor todo el tiempo.
- Oh, mierda.
- ¿Por qué me estabas esperando fuera del restaurante? - Pregunto a quemarropa.
- Yo hago las preguntas aquí. - Estoy acostumbrado a interrogar y de repente soy un acusado.
- Muy bien, Dr. Melhado.
- Tony, llámame Tony. Creo que ya hemos pasado la etapa en la que te metiste mi miembro en la boca. - Le miro, atónita. Todos sus poros desprenden sexo, el aire está cargado de un deseo feroz. Él no puede controlar lo que siente, y yo estoy en desventaja, ya que no puedo

ceder al mismo deseo.

- Tony... - No me deja terminar la frase e inmediatamente dispara.

- Te deseo, Sabrina. En mi cama, sobre mi miembro, gimiendo de lujuria. Por eso esperé a que salieras del restaurante. Estás aún más guapa. - El aire se vuelve tenue. Es muy difícil tratar con un seductor. Sabe exactamente cómo imponer su voz para que llegue a partes dormidas del cuerpo de una mujer.

- No me toques, Tony. - No obedece y pone su mano en mi sexo. Doy gracias a Dios de que mi padre esté ocupado con el tráfico.

- Siento que quieres esto, muñeca. Vayamos a otro sitio, vayamos a mi ático. - Amenaza con abrir la ventana y le digo en voz alta:

- Basta, Tony. El chófer, el Sr. Benito, ¡es mi padre! - Se detiene con la mano en alto y me mira, asombrado.

- ¿Qué estás diciendo, Sabrina? - ¿Cómo puedo hablar sin meter la pata y, lo que es más, sin meter la pata a mi padre?

- Bueno, resumiré, pero tendrás que controlarte, por favor. Mi padre sigue mirando por el retrovisor. - Tony, un poco a regañadientes, se sienta correctamente y se pone una máscara de frialdad.

- Resume entonces, pero dilo, maldita sea.

- Mi padre quería tomarse unas vacaciones para ir a pescar, pero no pudo hacerlo por los medios adecuados, así que yo ocupé su lugar. Estaba esperando para empezar mis prácticas en el restaurante, mi padre insistió y acepté. Trabajé para usted durante veinte días, sin contrato, sin dinero, sólo para ayudar a mi padre. - Me mira atónito y pienso que estoy realmente jodida.

- ¿Estás loca? ¿Qué podría haber pasado si, por ejemplo, hubiera tenido un accidente? - Un accidente sería el menor de mis problemas dado lo que ha pasado.

- Tony, tengo licencia, conduzco desde los dieciocho años, he corrido en pistas profesionales. Es más, no ha pasado nada. Estás ahí, sano y salvo.

- Si esos fueran todos mis problemas... - Tony tuvo la audacia de pensar que sus problemas eran mayores que los míos. Le agarro del brazo con fuerza.

- Yo tengo un problema, Tony. Tengo que enfrentarme a la bestia de mi padre. ¿Qué le voy a decir? Doctor Melhado, tu jefe, un hombre de cuarenta y cuatro años, estaba esperando a que le llevara porque quiere cogerme, quiere chuparme y hacer que me venga en su boca. Quiere que me trague su verga hasta que no quede ni una gota de semen. - Cuando dejo de hablar, me doy cuenta de que la he cagado. Mi corazón se acelera, mis bragas están empapadas, el bulto en los pantalones de Tony se ha triplicado y nuestra respiración ha cambiado.

Y el coche conducido por mi padre acaba de detenerse frente a mi humilde morada.

¡ca-ra-jo!

- Sabrina... - Fijo mis ojos en los suyos, deseando sumergirme en esta locura.

- Tony... - La puerta del coche se abre e, impotente, bajo.

- Gracias por traerme, Dr. Melhado. Ha sido muy amable al cumplir una petición de su amigo, el chef Alejandro. Me alegro de que haya disfrutado de la cena. - En cuanto salgo, se baja justo detrás de mí.

- Tú también puedes quedarte, Benito. Sabrina me ha explicado que eres su padre. La verdad es que no lo sabía. Cogeré el coche yo mismo, después de todo, es tarde. - No puede quitarme los ojos de encima.

- Pero no le gusta conducir de noche.

- No te preocupes, me las arreglaré. - Se limita a mirarme, sin mostrar ninguna reacción. No puedo saber lo que está pensando, pero una cosa es segura, volverá.

- Buenas noches, Sabrina. - Tony sube al coche y desaparece en la oscuridad. Inmediatamente, camino deprisa hacia la puerta de casa, huyendo de mi padre.

- Creo que me debes una explicación, Sabrina. - Necesito pensar rápido para salir de este lío en el que me he metido.

- Ya te lo he explicado, papá, mi jefe me hizo el favor de pedirle a tu jefe que me trajera a casa. Son muy buenos amigos y tardé en irme porque cociné para los jueces, que alabaron el plato que serví. Fue sólo un intercambio de cumplidos y, casualmente, ustedes me conocían. También está eso de trabajar en su casa, que me ha dejado en una situación desagradable. En fin, entremos, señor Benito, que hoy estoy muy cansada. - Corro a mi habitación, sin darle tiempo a seguir interrogándome. Cojo mi ropa y mi toalla y me encierro en el cuarto de baño. Mientras me ducho, reflexiono sobre esta noche.

El punto principal fue el éxito de mi comida. Todos, sin excepción, elogiaron el plato en su conjunto, el equilibrio entre la carne, el puré con dos quesos, las setas salteadas en mantequilla y la salsa de *jabuticaba*. Estaba muy orgullosa de mí misma, hasta que intervino el magistrado. Entonces todo cambió, el aire, los colores y los sabores. Trajo nuevas sensaciones y muchos recuerdos. Recuerdos que había intentado olvidar. Y lo que más contaba era su deseo urgente, me deseaba, a su manera, con su mirada, con su olor. Si el conductor no hubiera sido mi padre, ya estaría rendida en su cama. Totalmente sometida.

Me tumbé en la cama, cansada de todas las emociones que había sentido ese día. Tony, ahora tiene toda la información que me he estado guardando durante más de seis meses. Sabe de mi padre, dónde trabajo y dónde vivo. Por lo que noté esta noche, estoy segura de que vendrá a buscarme otra vez. Eso es lo que temo. Como tiene poder sobre mí, mi cuerpo responde intensamente al suyo, hasta el punto de que se me olvidó que mi padre conducía.

No necesito problemas, justo ahora que estoy saliendo adelante. Me duermo esperando días mejores.



CAPÍTULO 18

Cuando me despierto, agradezco que mi padre ya se haya ido a trabajar. Espero que se quede callado y no quiera enfadarse con Tony. Porque no quiero ni imaginarme lo que podría decir.

Llego al restaurante y me pongo manos a la obra para preparar los platos del menú. Cada vez que alguien entra y llama, mi corazón se acelera, creyendo que puede ser él quien me llame. No aparece y me frustró.

Esta agonía se repite durante unos días y, como no aparece, llego a la conclusión de que su gesto de aquel día lo hizo sin analizar, le conmovió el momento y el shock de verme allí en el restaurante y haber degustado mi comida. Creo que la mentira sobre mi identidad también debió pesar, porque yo no hice nada por mi cuenta, mi padre es el verdadero culpable de que yo condujera ese coche.

Salgo el sábado por la noche, todavía con la esperanza de que aparezca, pero no hay ni un alma por la calle, sólo el conductor del restaurante que nos lleva a casa por la hora y la falta de conducción casi al amanecer.

Por fin llega el domingo, mi día libre. Me levanto más tarde y ayudo a mi madre en la cocina. Mi padre no ha dicho nada más, así que supongo que ha creído lo que le he dicho. Estoy viendo una serie de cocina cuando suena mi celular. Es un número desconocido, pero aun así decido contestar.

- Hola...

- ¿Sabrina? - Es él, claro que es él. No te engañes, chica, me moría por oír esa voz.

- ¿Cómo conseguiste mi número?

- *Para un hombre de la ley, lo que he hecho podría acabar con mi carrera. Estoy en tu puerta.*

- No puedo creerlo, Su Señoría, ¿está aquí con la chusma? - Hago una mueca, sacándole de quicio.

- *Le doy quince minutos para que se reúna conmigo fuera o llamaré a su puerta y hablaré con su padre.*

- No te atreverías...

- *No me conoces, Sabrina. Exactamente quince minutos, no más.* - Después de decir eso, cuelga. La cabeza me da vueltas. Quiero obedecer y, al mismo tiempo, enfrentarme a la bestia. De cualquier forma, saldré herida. Opto por un vestido, sandalias en los pies, me arreglo los rizos, me cepillo los dientes y me rocío un poco de perfume.

- Mamá, voy a la casa de Anita. - Incluso estoy mintiendo, cosa que nunca hago.

- No tardes, Sabrina. Sabes que el barrio es peligroso de noche. - Le beso la cabeza.

- Te lo prometo, mamá. ¿Dónde está papá?

- Está roncando, su siesta del domingo por la tarde después de beber unas cervezas. - Así

está mejor.

Salgo de casa y veo un BMW aparcado tres casas más abajo. Me acerco y, antes de que pueda arrimarme, baja la ventanilla.

- Entra en el coche, Sabrina. - Me pongo nerviosa.

- Me subo porque no quiero que el vecindario chismee, no porque tú me lo hayas dicho. - Abro la puerta y me siento a su lado.

- ¿Hay algún sitio por aquí donde podamos hablar?

- Hay un *food truck* cerca donde podemos hablar en el coche. ¿Te parece bien? - Arranca el coche y el rugido del motor me sube la adrenalina.

- ¿Este es tu coche?

- Sí, lo uso cuando conduzco yo. ¿Te gusta la velocidad?

- Me encanta la velocidad, ya deberías saberlo. - Señalo el local y él se detiene en un lugar más alejado de la cocina.

- Pediré una malteada para nosotros.

- Bien, mientras estos tipos nos den un respiro. - Me vuelvo hacia él después de pedir.

- ¿De qué quieres hablarme? - Me agarra de la nuca y tira de mí hasta que mis pechos están contra el suyo.

- Ahora sólo quiero besarte. - Su beso me toma por sorpresa. Primero con ese sabor a añoranza y luego se vuelve menos exigente, calentándome por dentro, haciéndome flotar. Su lengua invade mi boca, sabe tan bien como recordaba y me hace olvidar dónde estoy.

El mesero golpea el cristal del carro, entrega la malteada, se disculpa y se va rápidamente, temeroso de la mirada del magistrado.

- ¿Quiere de ovomaltine o de fresa? - Me mira pensativo.

- Nunca he probado ninguno, ni siquiera sé a qué sabe.

- ¿Hablas en serio, Tony? - Él confirma.

- Pobre niño rico. Entonces tendrás que probar los dos. - Le pongo el popote y él sorbe el de Ovomaltine.

- Mmm... Qué rico, nena. Te apuesto a que me encantaría chuparme esta malteada directamente sobre tu cuerpo.

- Tony, eso destrozaría tu superdeportivo. - Me pasa la mano por el muslo hasta la entrepierna.

- No me importa, mientras esté dentro de ti. - En un impulso llevo su mano a mi sexo. Sus pupilas se dilatan.

- Sabrina... Sabrina. No puedo ser sorprendido con un dedo dentro de ti. - Él juega con mi clítoris y yo le doy más acceso.

- Usted estaría en todos los tabloides mañana, Su Señoría. - Retira la mano rápidamente.

Sigo fastidiándolo.

- Cobarde. - Me pasa la lengua por la malteada que tengo en la comisura de los labios.

- Eso se conoce como sentido común, chica, pero tú no pareces tenerlo. Soy un hombre público. - Él juega con mis pezones.

- Ahora, si quieres, puedo apagar tu fuego en un lugar más privado. - Cierro los ojos y me dejo llevar por su tacto experimentado.

- No puedo, Tony. De verdad que no puedo, le mentí a mi madre diciéndole que iba a casa de una amiga. - Me aprieta el pezón hasta que el dolor es mayor que el placer.

- Ahí... Tony. - Afloja el agarre.

- Quiero tus pechos en mi boca, Sabrina. Te deseo, pero no puedo exponerme. - Eso hiere mi alma. No puedes ser visto cogiendo a una empleada.

- Desafortunadamente, hoy no puedo, ha sido una semana agotadora. He empezado un nuevo trabajo en el restaurante y tengo que estudiar mucho.

- ¿Y cuándo podrás, Sabrina? Sabes que soy un hombre muy ocupado. También sabes que no quiero compromisos sentimentales y has demostrado que eres una mujer relajada. No le ofrezco flores ni cartas de amor, quiero acostarme contigo. - Sé que él es una persona fría y práctica, simplemente no estaba preparada para esta inyección de sinceridad. - Te quiero en mi cama, nuestra química fue increíble, pero no tengo nada más que ofrecerte que unas noches de sexo -Por supuesto que piensa que estoy a su disposición. Qué mujer se negaría a acostarse con un hombre con todas las cualidades que él posee. Hermoso, rico y sexy. Decido que no soy como las demás.

- Creo que ha confundido las cosas, Magistrado. Aquel fin de semana está en el pasado. Me entregué a usted porque sentí deseo, pero eso es todo. No quiero ser su amante, aunque pudiera beneficiarme de ello. Me crié en una familia religiosa y, si recuerdas, tú fuiste mi segundo hombre. - Noto que su cara cambia y su cuerpo se tensa. - Cedí la primera vez porque pensé que sería con el que me casaría en el futuro. Usted fue una aventura, una cosa de piel, una curiosidad que tuve por su mundo. - En resumen, herí el inmenso ego del magistrado.

- Sal del coche, Sabrina. - Se pone furioso y acaba sorprendiéndome. Creo que es mejor no provocar más su ira.

- Aunque creo que si me sacó de mi casa, debería devolvérme allá, voy a quedarme aquí. Usted, su excelencia, tráguese su deseo y su falta de modales a la vez. - Tengo ganas de tirarle la malteada a la cara y no lo he hecho porque el coche no se lo merece. Salgo del coche, me acerco a la basura y tiro las dos malteadas en ella.

Estoy a cinco manzanas de casa, este paseo es bueno para descargar la rabia, no quiero que mis padres me vean así. Se aleja quemando llantas y no miro atrás.

No puedo contener las lágrimas, lo odio y sé que el odio y el amor van de la mano. Cuando doblo la esquina de mi casa, veo su coche parado a tres casas de distancia. El muy hijo de puta sigue queriendo saber si llegaré bien a casa. Abro el portón y antes de cerrarlo le enseño el dedo medio.



CAPÍTULO 19

Toda la semana pude dedicarme al restaurante. Comprar, preparar, ocuparme de las mesas y organizar. Llegaba a casa agotada y caía rendida en la cama. El sábado, el chef Alejandro me invita a cocinar con él la comida del domingo. Me explica cómo funciona, que algunos domingos los dedica a cocinar para eventos. Me convence, sobre todo por el dinero que voy a ganar, no es dinero que pueda rechazar.

Acepto de buen grado.

El domingo por la mañana temprano, me dice la dirección del anfitrión.

No puedo creerlo cuando la leo: es la dirección de la mansión del magistrado. Me ha tendido una trampa, estoy segura. Si cree que voy a caer, se equivoca. Voy a divertirme. En primer lugar, porque nunca he estado dentro de esa casa, esta será mi oportunidad de conocer cómo es la vida real del juez. Y en segundo lugar, le demostraré que no estoy en venta.

Exijo respeto.

Con nosotros van dos ayudantes de cocina. Cuido mi aspecto, llevo el uniforme del restaurante, lo que me hace parecer igual que los demás. Para diferenciarme, me hago una bonita trenza, un maquillaje de ojos que da a mis ojos un aire de misterio y un labial rosa intenso que hace que mis labios parezcan atractivos.

Es una lástima que las uñas grandes y el esmalte de uñas no tengan cabida en la cocina. La mano está tan limpia y cuidada como siempre.

Por el camino, Alejandro nos dice que será almuerzo para dieciséis personas, incluida la familia Melhado y sus amigos invitados. Asimilo todo lo que dice, intentando reconstruir en mi cabeza lo que está planeando. Entramos en el vecindario que había frecuentado durante veinte días e incluso siento un poco de nostalgia por aquella época.

Fueron días tan diferentes a todo lo que había vivido en mi vida. El coche, el foro, el hombre imponente en el asiento de atrás. Aquellos días en Angra, lo que nos pasó en la cama, en fin, una serie de momentos únicos e inolvidables. El magistrado me debilita, todo mi vigor femenino se desvanece cuando él está cerca y no es por el poder que él posee que esto sucede, es por algo mayor que vibra dentro de mí y que aún no puedo cuantificar.

Queiroz, el guardia de seguridad, me reconoce y se acerca a hablar conmigo.

- Hola, Sabrina. ¿Trabajas hoy aquí?

- ¿Qué tal, Queiroz? Hoy formo parte del equipo que cocina para la familia.

- Qué bien. Tal vez podamos salir después y charlar.

- Sí... quién sabe, disculpa. - El tipo es muy pegajoso, no puedo darle un respiro.

Entramos en la cocina y me deslumbra todo. Desde el tamaño de la cocina hasta la vajilla y los cubiertos para la comida. Bellamente decorada, me doy cuenta de que la mansión es de muy buen gusto. Incluso los que no son muy refinados saben que aquí todo huele a dinero.

El chef Alejandro nos explica el menú y empezamos la mise en place. El servicio de mesa

será a la francesa, es decir, los platos están preestablecidos con dos entrantes, un plato principal y postre, servidos en bandejas para que cada comensal pueda tomar la cantidad que desee con facilidad.

Cuando todo está organizado y esperamos a que el chef inicie el servicio, me disculpo y me dirijo al baño para lavarme las manos, orinar y retocarme el maquillaje. Cuando salgo del baño y vuelvo a la cocina, me topo con Tony al final del pasillo, rodeando con sus brazos la cintura de una hermosa mujer rubia, vestida con un traje maravilloso, probablemente de diseño, totalmente entregada a él. Ella sonríe por algo que él le dice al oído. No tengo más remedio que pedir permiso a la pareja, no hay otro camino, que aún no se ha percatado de mi presencia.

Respiro hondo, oxigenando mi cerebro, y levanto la cabeza sin intimidarme.

- Disculpen, caballeros. Siento molestarles. - Deja de sonreír al girarse al oír mi voz. La mujer responde con aire tranquilo:

- Imagínese, nosotros estamos en el lugar equivocado. Te dije, cariño, que estorbaríamos aquí, en la cocina. Vamos, Tony, deja de ser curioso. - Me mira y duda. Paso junto a ellos y desaparezco en la cocina.

Me tiemblan las manos mientras empiezo a montar la entrada. Necesito colocar una flor con las pinzas para rematarla y mis nervios no dejan que la flor se quede en su sitio.

Menuda mierda haberme acostado con ese hombre, me hago vulnerable justo cuando no quiero estar en esa situación. Por si fuera poco, entra una señora muy elegante, saluda efusivamente al chef y desprecia a los pobres mortales de la sala. Su voz prepotente demuestra el tipo de familia que vive aquí. Por eso Tony es tan seco y carente de emoción; con una madre así, ¿cómo podría ser diferente?

Entre plato y plato, aprovecho para echar un vistazo a la zona donde han preparado la comida. Todo el mundo está arreglado, parece una fiesta de boda, de esas que sólo se ven en las películas. La mujercita sigue en sus brazos, sin perder ocasión de frotarse contra él. A él parece gustarle, no hace nada por cambiar su actitud.

¿Qué querías, Sabrina? Sólo eres una empleada. Una empleada sólo sirve para el uso y nada más. Alejandro llega a mi lado.

- Mi pobre amigo, Tony. Destinado a casarse con Caroline Bittencourt por razones sociales. - Así que tiene un compromiso. Aparentemente, es una relación abierta, ya que en ningún momento habló de estar comprometido.

- No creo que esté sufriendo por eso, Alejandro. - Eso es lo que yo veo, viéndolos como pareja por primera vez.

- Lo sé, Sabrina, después de todo, ella es realmente hermosa, rica, y esta unión no será difícil. Pero la sangre no lo es todo. Cuando me casé con Ivi, fue por amor y creo que todo el mundo tiene derecho a elegir con quién pasar el resto de su vida. - Si Alejandro dice eso y sé que es amigo de la familia, debe saber algo que yo ignoro.

- ¿Crees que tienen relaciones sexuales? - Me mira asombrado por la pregunta.

- Creo que será mejor que volvamos a la cocina. Está feo especular sobre la vida de los que pagan nuestro día de trabajo.

- Tienes razón, chef. - Cuando llega la hora del postre, Alejandro me pasa la batuta. He hecho una crême brûlée con mi toque especial. Parece igual que todas las demás, pero en realidad sólo lo parece, lleva mi sello. Tuesto el azúcar con cuidado y el camarero sirve a todos.

En cuanto se sirve el último, corro hacia la puerta, donde observo disimuladamente cómo Tony toma su primera cucharada. Cierra los ojos, disfrutando del sabor del dulce, llena la

cuchara una vez más y sonrío. Sabe que el postre lo he hecho yo, ya reconoce mi marca en la comida.

Vuelvo a la cocina y empiezo a ordenar para finalizar la comida, pensando que tengo que olvidarme de este hombre de una vez por todas, no es para mí. Ni siquiera sé por qué me involucré con él, creo que me dejé llevar por el clima costero, la curiosidad por un hombre de buen pedigrí, la vida cool que estaba viviendo ese fin de semana.

Café servido, cocina terminada, miro a mi alrededor y veo a Alejandro sentado a la mesa con ellos. Les digo a las chicas que voy a dar un paseo y que si el chef pregunta por mí, estaré en el jardín que hay delante de la casa.

Doy la vuelta a la mansión y llego a la parte delantera, donde pasé hace algunos días. Veo el coche aparcado en el garaje y me dirijo hacia él. Abro la puerta trasera y me siento en el asiento del doctor. El coche destila su perfume. Inhalo, recordando todas las sensaciones que experimenté aquel fin de semana. Sin darme cuenta, siento que las lágrimas ruedan por mis mejillas y me las seco rápidamente, porque no quiero mostrar mi fragilidad ni siquiera a mí misma. No quería, pero acabé enamorándome de él. Saber que ahora está con otra mujer hace que se me rompa el corazón.

Pero siempre he sido fuerte, soy una guerrera y no cederé por un amor no correspondido. Cuando hago amago de salir del coche, me encuentro con un muro delante.

- Entra en el coche, Sabrina. - Ordena con esa mirada depredadora que yo reconocería a kilómetros de distancia.

- ¿Está loco, Dr. Melhado? - Me empuja y caigo sobre el banco.

- Te lo dije, Sabrina. Soy Tony para ti.

- Y ya te he dicho que Tony se quedó en Angra, aquí es doctor o, si lo prefieres, excelentísimo Dr. Melhado. Déjame salir. - Aunque diga que quiero salir, sólo con olerle mi cuerpo está inmediatamente disponible.

- Saldrás de aquí cuando yo quiera. - No miente y no me obliga a quedarme aquí. Quiero lo mismo que él, sus ojos reflejan la locura en los míos. Sigo buscando la oportunidad de que me rechace.

- ¿Y va a hacer esperar a su prometida mientras se coge a la criadita? - Su imponente presencia, su calor, sus ojos devorándome y su mano atrevida me han convertido en su rehén. Una rehén totalmente rendida a sus órdenes.

- Acostarme con la cocinera me parece estupendo. - Me abre los botones del dolman y me levanta el sostén, succionando un pecho. Prácticamente le ofrezco el otro, que chupa con deseo. No sé cómo ha ocurrido, pero lo siguiente que sé es que estoy empalada en su pene. Me abraza la cintura para controlar la entrada y salida de su miembro en mi interior. Con la adrenalina a flor de piel, el riesgo de que nos descubran, la excitación que nuestros cuerpos están provocando, es demasiado rápido para que cedamos. Los dos estamos sedientos de sexo. Cuando me bajo, doy gracias al cielo por él haber utilizado un condón.

Mientras me visto, enfadada por haber cedido tan fácilmente, él no puede evitar que se le dibuje una sonrisa burlona en la cara.

- ¡Hijo de puta!

- Estás buenísima. - Me sonrío, totalmente relajado.

- Vete a la mierda, burguesito. Es la última vez que sientes mi calor, Tony. - Abro la puerta del otro lado, me endezco todo lo que puedo y corro hacia el coche de Alejandro. Ya me está esperando y está claro que he hecho algo mal.

- ¿Dónde has estado, chica? - pregunta con cara de preocupación.

- Lo siento, chef, he tenido algunos contratiempos. Ya podemos irnos. - Justo en ese momento, el todopoderoso viene del mismo lado que yo y sube los escalones de la entrada, arreglándose el pelo. Alejandro me susurra al oído:

- Entiendo perfectamente los problemas que has tenido, Sabrina. - Subo al coche, previendo que voy a tener que dar explicaciones a mi jefe.

- ¡Magistrado hijo de puta!



CAPÍTULO 20

Entrando en casa, Caroline se me acerca.

- ¿Dónde estabas, Tony?

- Ahora no, Caroline. - Subo cada dos escalones y me refugio en el dormitorio. Sigo sonriendo cuando me meto bajo el agua fría de la ducha.

Demostrarle a una mujer que está mintiendo es lo mejor que hay. No me quería, no me quería, ni siquiera me hizo falta mucho para abrirle las piernas, estaba muy caliente.

Qué coño más jodidamente delicioso... Aún más cuando sé que está casi sin tocar. Sabrina es deliciosa. Cierro la ducha, alargo la mano y cojo la toalla, secándome el pelo. Mi cuerpo sigue lleno de adrenalina; follármela rápidamente no ha saciado mi deseo.

Voy al armario y me pongo unos calzoncillos. Me tiro en la cama, todavía deseando a esa mujer, pero no puedo olvidar que los invitados de mi madre están abajo.

Debería haber sabido que mi madre llamaría a Alejandro para cocinar. ¿Qué podía hacer? Nada, mi mamá realmente quiere que me case con Caroline y eso no es impensable, porque nos llevamos bien. Es guapa e interesante, nos divertimos teniendo sexo y esta unión sería perfecta para nuestras familias. Pero eso no borra lo que ocurrió entre Sabrina y yo, me gustó ser el hombre que ella buscó en Angra y me gustó lo que acabamos de hacer, aunque sé que no fue muy ético por mi parte. Tomé su cuerpo, la convencí de entregarse a mí, soy mucho mayor que ella para actuar como un adolescente inconsecuente.

Comparando las veces que he estado con Sabrina, desde la primera vez que intercambié una mirada, incluso cuando no me daba cuenta de que era una mujer hermosa, había una electricidad diferente. Y se intensificó cuando posé mis ojos en ese cuerpo moreno, cuando vi los primeros signos de excitación en su piel enrojecida y sus pezones iluminados por el bikini. A partir de entonces, ella sólo subió en mi valoración.

Cuando por fin me cogí ese coño casi intocable, fue como si se convirtiera en mi posesión. No quiero ni imaginarme a otra persona tocando esa piel, creo que me convertiría en un acosador maníaco si ella siguiera conduciendo mi coche.

Sólo que ella desapareció.

Intenté averiguar algo sobre ella, pero no había ningún registro, nadie sabía nada de ella. Me pareció, cuando menos, extraño, pero desistí. Había otras en mi cama, aparte de Caroline Bittencourt. Incluso cuando hacía comparaciones o buscaba sexo con personas de características similares, sin darme cuenta, seguía adelante.

Encontrármela en el restaurante de Alejandro hizo que todo volviera a la vida y descubrir que había sido engañado por ella y su padre encendió el deseo de poseerla de nuevo. No sé qué me lleva a anhelarla así.

No conozco a este hombre que actúa sobre mí, un hombre descontrolado que abandona a una mujer a merced del peligro, que se acuesta en un coche a riesgo de que le atrapen. Soy un

hombre de ley y estas actitudes no me representan.

Empalmarme con sólo recordar que hace minutos estaba enterrado en ella definitivamente no me representa. Parece convertirme en otro hombre y no sé si me gusta perder el control de mí mismo.

- Yo estoy al mando, Sabrina. Yo estoy al mando, repito como un mantra cuando Caroline abre la puerta del dormitorio sin tocar.

- ¿Está todo bien, Tony? Estabas muy raro en la comida. - Es perspicaz, sabe cómo actúo normalmente. Llevamos tres años en lo que yo llamo una relación abierta, porque el compromiso aún no se ha hecho oficial.

- Entra y cierra la puerta, Caroline. - Ella entra y hace lo que le digo.

- Estoy cachondo, quiero que me tragues ahora y que sólo pares cuando yo te lo diga. - Sé que toda señora odia chupar y eso es exactamente lo que quiero, mostrar mi poder, mostrarle que puedo ser diferente del hombre que ella conoce.

Finge estar excitada, se pone de rodillas y saca mi pene. Empieza a metérsela en la boca, pero yo no quiero delicadeza, quiero su completa entrega. Le meto la polla hasta la garganta y se atraganta.

- Aguanta, Caroline, tómallo todo. - Le cojo la boca con rabia. Estoy en la boca de la madame, pero realmente quiero la boca de la criada. De alguna manera, fantaseo ser Sabrina, con su boca descarada e inexperta engulléndome. Reduzco la intensidad, deseando que el acto no termine tan rápido. Abro los ojos y veo que es Caroline quien intenta complacerme y sé que no le gusta mucho chupármela. Aparto su cabeza, eyaculando sobre su cara, descargando el resto de rabia que aún corría por mi torrente sanguíneo. Ella se levanta tambaleante y corre al baño, mientras yo vuelvo a caer sobre la almohada, respirando apresuradamente.

Ella sale, aún roja de ira.

- Estás loco o poseído, Tony. Nunca has actuado así conmigo.

- Así soy yo, nena. Me encanta el sexo sucio. Tendrás que acostumbrarte si quieres casarte conmigo. - Camina rápidamente hacia la puerta.

- Olvidaré que alguna vez me hiciste eso. Para ser un hombre tan prestigioso, fuiste grosero y maleducado. Creo que será mejor que te vea un médico, no estás bien. - Me río con ganas, comprendiendo su enfado, pero consciente de que, para que nuestro matrimonio funcione, tiene que gustarle el sexo tanto como a mí.

- ¿Quién te ha dicho que entres en la habitación de un hombre enfadado? No lo hagas más si no estás dispuesta a todo. - Se va dando un portazo.

Salgo de la cama para asearme, inconsciente del hombre en que me he convertido. Admito que fui un monstruo con ella.



CAPÍTULO 21

Incluso tres semanas después de la comida en casa del magistrado, sigo pensando en él.

- Maldito juez. No tienes sentido común, Sabrina. Involucrarte con un tipo al que le importas un carajo. - Es la quinta vez que me lo repito como un mantra solo hoy. Cojo mis cosas del armario y me dirijo a la parada del autobús, contenta porque el lunes conduciré yo. Así las cosas serán un poco más fáciles. No es un cochazo, pero me dará más autonomía.

Ni siquiera he salido del restaurante cuando veo el BMW de Tony aparcado al otro lado de la calle. Parece que no hay sólo una persona atormentada en esta historia.

Lo confirmo cuando baja la ventanilla del coche y me mira fijamente. Sus ojos azules son oscuros y una ojela se nota bajo su mirada.

Mi cabeza me dice que vaya a la parada de autobús, pero mis piernas cobran vida propia y cruzan la calle vacía a estas horas.

- Quiero llevarte a casa, ¿puedo? - Tony Melhado aplacible es nuevo para mí. No me gusta...

- Mentiroso - digo yo.

- Sabrina, por favor, sé razonable, es sólo un aventón.

- Un aventón es una mierda, no me gustan las mentiras, Doctor. - Veo en sus ojos que se está conteniendo. Se pasa una mano por el pelo y aprieta el volante.

Cierra los ojos y respira.

- Quiero cogerte hasta el amanecer. No un sexo cualquiera, primero uno urgente y luego uno más lento, más placentero, de reconocimiento. - Abre los ojos y, cuando se encuentra con los míos, se da cuenta de que no quiero otro final para este día.

- Esto es más propio de ti, Tony. Vamos, quiero ver tu ático. ¿Me llevas? - Sonríe por primera vez.

- Entra en el coche, traviesa. Entra antes de que baje y te coja en el capó.

- No sé qué es más tentador, excelencia, bromeo y rodeo el coche, entrando a su lado.

Nuestro beso es urgente, no necesitamos palabras. Boca con boca, lengua con lengua. El corazón late frenéticamente en mi pecho. Arranca el coche y lo pone en marcha. Le mando un mensaje a mi madre diciéndole que me voy a dormir a casa de una amiga del trabajo.

- ¿Qué me estás haciendo, Sabrina? - Él conduce sin mirarme.

- Lo mismo que me está haciendo el doctor. - Me quedo callada hasta que llego a su departamento. En el ascensor me dice.

- Nada de conversaciones serias, disfrutemos del momento. Quiero dedicarme a darte placer. Mañana actuaremos como adultos.

- De acuerdo, Tony. Ahora necesito una ducha, huelo a comida. - Me agarra y me huele el pelo.

- Sí... podría fingir que me estoy cogiendo un filet à pauvre. Picante, intenso, ardiente...

- Grosero.

- Grueso es lo que soy, puedes estar segura.

- No puedo dar fe de eso, después de todo, no he visto muchos. - Su mirada se endurece.

- No lo verás, y creo que mereces un castigo por tu mal comportamiento. - Abre la puerta del departamento y me tira a la alfombra.

- Arrodíllate ahora, Sabrina. - Siento un frenesí en mi interior y decido que puedo hacerlo antes de la ducha. Soy obediente y me arrodillo sobre la alfombra afelpada del salón. Se desabrocha los pantalones y se baja la cremallera, bajándose los pantalones al hacerlo, mostrando una miembro duro y húmedo. Salivo ante este despliegue de masculinidad. Me la meto en la boca todo lo que puedo y pongo la mano en su base. Empiezo a chupar y veo que Tony está sonriéndome. Me detengo...

- ¿Te hace gracia, Tony?

- No, muñeca, es jodidamente delicioso. No pares, por favor. - Sigo.

- No pares, muñeca, tu boca golosa me está volviendo loco. - No paro y cada vez que le miro veo sus ojos siguiendo mis embestidas. Me doy cuenta de que se está controlando al máximo y que va a explotar en cualquier momento.

- Si quieres, puedes sacarla, porque voy a venirme ahora. - La saco porque quiero sentir su esperma caliente bañando mi cara. Cierro los ojos justo cuando me llega el primer chorro. Es extasiante sentirle tan excitado por mí.

- Wow... nunca me había venido así. Ven a ducharte, ahora estás muy mojada. - Se quita la camiseta y me limpia la cara. Subimos las escaleras y me lleva a su dormitorio.

Frío e impersonal.

No me importa, él está caliente y entregado, y eso es lo que me importa.

- ¿Puedo darte un baño? - ¿Cómo puedo negarme a sentir esa mano suavizando mi cuerpo?

- Adelante. - Abre la ducha y ajusta la temperatura. Luego se vuelve hacia mí y empieza a desnudarme. Ya había estado desnuda en su presencia, pero aquí es diferente. No sólo me quita la ropa. Por primera vez, me desnuda el alma. Me quedo callada, perdida en mis emociones. Cuando me quedo sin nada, él se aparta y me acaricia con la mirada. Me sonrío y también se quita la ropa.

- Linda. - Tony me mete bajo la ducha, coge el jabón líquido y lo vierte sobre la esponja, restregando mi piel.

- Me encanta tu color, Morena. Cuando la canción dice que es el color del pecado, es verdad. Sólo con mirar tu piel me vuelvo loco por ti. - Ni siquiera abro la boca por miedo a decir algo estúpido.

- Tus pechos son perfectos, parecen esculpidos en tu cuerpo. - Frota la esponja y yo jadeo.

- En cierto modo, es verdad. Me operé para reducirme cuando tenía diecinueve años. - Me mira sorprendido por la información.

- Creo que soy un perverso, porque me habría gustado chupar tus grandes pechos.

- Sólo a ti, Tony. - Continúa, ahora girándome hacia la pared. Apoyo las manos en ella.

- Abre las piernas, Sabrina. - Obedezco.

- ¿También te han comprado el culo? - Vierte más jabón en la esponja y me frota las nalgas.

- Eso es herencia... - Estoy sudando bajo el agua, sintiendo sus manos acariciándome con tanto cariño.

- Estoy loco por el, muñeca. Estoy deseando enterrar mi pene en tu culo. ¿Quieres sentir mi

pene hasta el fondo de tu culo?

- No sé, debe doler. Eres bastante grande. - Siento que el corazón se me va a salir por la boca.

- Soy realmente grande, morena. Tendré mucho cuidado cuando llegue ese día. - Me quedo muda cuando me alcanza el culo con el dedo y me lo lava mejor que yo. Luego, de repente, me da la vuelta.

- No hay que olvidar tu coño casi intocado. Sé que es sensible y no le gusta mucho jabón. Prefiero que la laves tú mientras yo miro y aprendo. - Se apoya en la pared y cruza los brazos sobre el pecho, poniéndose completamente cómodo con su pene erecto. Un poco avergonzada, cojo la barra de jabón y me lavo la vagina. Me mira con curiosidad.

- ¿Satisfecho? - Le sonrío apenada.

- Todavía no. Tenemos que lavarte los rizos, conseguiré productos especiales para tu tipo de pelo. De momento, usaremos lo que hay aquí. - Intento no pensar en lo que dice, para no correr el riesgo de enloquecer. Se llena la mano de champú y me lava el pelo. Le ayudo cuando su mano tonta baja hasta mis pechos. Cuando mi pelo huele bien, me pide que me salga de la ducha.

- Ahora voy a darme un baño, muñeca. Espérame en la cama. Saldré enseguida. - Obedezco de nuevo y concluyo. - *Realmente soy muy obediente cuando él está cerca.*

Me seco rápidamente y me envuelvo el pelo con una toalla. Me siento en la cama y decido desnudarme, ¿para qué llevar ropa? Me siento cansada y decido estirarme un poco más. No he visto a Tony salir de la ducha.



CAPÍTULO 22

Me despierto sobresaltada con algo entre las piernas.

- *Shhh...* relájate, nena. - Es Tony chupándome, metiendo su lengua en mi sexo. Me relajo y dejo que me devuelva el placer.

- Me encanta tu sabor, Sabrina. Me encanta meterte los dedos, ¿tienes idea de cuánto disfruto oyéndote gemir de placer? - Me chupa el clítoris mientras me penetra el coño con dos dedos, llegando a un punto aún desconocido para mí. Un calor, una sensación insana comienza a recorrer mi cuerpo.

- Es el punto G, nena. Vente para mí, nena. - Exploto en mil pedacitos, una sensación indescriptible. Antes de que termine este momento, él se protege y me invade con eficacia. En este punto, olvida su delicadeza y se convierte en mi magistrado favorito, aplicando presión y fuerza, disfrutando de mostrar su poder. Pierde el control y me coge con potencia a un ritmo vertiginoso. No puedo apartar los ojos de este hombre perdido en el éxtasis del momento. Han cambiado tantas cosas y, cuando llega al clímax, soy una mujer totalmente enamorada de un hombre que nunca será mío. En cuanto puede hablar, Tony bromea, haciendo que el aire esté menos cargado.

- ¿Fue bueno para ti?

- Wow, Tony. Nunca había sentido nada igual. - Me mira sonriendo.

- ¿Me creerás si te digo que yo tampoco me he sentido nunca así? - Decido dejar que este aire ligero permanezca.

- Claro que me lo creo, sé que mi coño es especial. Delicioso... - Me besa ligeramente los labios.

- Definitivamente, tu coño es especial. - Tony se levanta y va al baño a deshacerse del condón. Miro el celular y son las 5 de la mañana. Tony vuelve.

- Creo que me he desmayado al salir de la ducha. - le digo, mientras se tumba a mi lado y me estrecha en sus brazos.

- Te dejé dormir, me di cuenta de que estabas cansada. Sólo que no podía seguir mucho tiempo sin fastidiarte.

- ¿Y ahora qué?

- Ahora soy yo quien necesita dormir. Cierra los ojos y descansa un poco más. - Me acurruca entre sus brazos y se duerme casi de inmediato.

El hombre duerme con facilidad. Antes de dormirme, tengo miedo de lo que está por venir. Soy totalmente suya, lo sé desde que salí de su vida hace siete meses. ¿Llegará el día en que el magistrado sea mío? Jamás. Miro al hombre que yace a mi lado, hermoso, un cuerpo para envidiar a cualquier chico, perfumado, casi a la perfección, y paso la mano por su piel pálida, que tanto me atrae. Sé que soy guapa, estoy orgullosa de la persona en la que me he convertido, de mi carácter, pero eso no es suficiente para estar al lado de un hombre tan poderoso. No nací

en cuna de oro, soy negra, enfin nada que me haga merecedora de ser algo más que una amante en su vida. Tony se da la vuelta en la cama y me atrae hacia sus brazos. Me dejo envolver por su cuerpo cálido y suave. Antes de dormirme, pido a Dios que ilumine mis actos y que pueda encontrar el camino correcto.



CAPÍTULO 23

Cuando me despierto, estoy sola en la cama. Voy al baño, uso un cepillo de dientes nuevo e intento arreglarme el pelo rebelde, que aún estaba mojado al acostarme. Mi mochila está en el dormitorio y cojo un vestido y unas bragas. Bajo las escaleras y oigo música en la cocina. Tony está en shorts y sin camiseta, haciéndonos unas tostadas. Estoy babeando por él, parada en la puerta. Es la primera vez que lo veo relajado. Cuando me ve, sonrío y me hace señas para que vaya a su encuentro.

- Buenos días, muñeca dormilona. Ya son más de las diez. - Le rodeo el cuello con los brazos y beso su deliciosa boca, introduciendo mi lengua en ella con avidez. Tony gime.

- Buenos días, doctor. - Me mira mal y luego sonrío. - ¿Por qué no me has llamado?

- Quería preparar algo para mi cocinera favorita.

- ¿Lo sabe Alejandro? No creo que le guste que le degraden.

- No necesita saberlo todavía.

- Lo siento, Tony, creo que ya lo sabe. - Me siento en la silla y me trae la tostada.

- ¿Qué quieres decir? ¿Se lo has dicho? - Se sienta a mi lado y empezamos a comer.

- Te vio entrar en tu casa el día de la comida, justo cuando yo aparecí. Lo supuso, debe conocer al amigo que tiene.

- Sabe que soy un devorador.

- Respétame, Tony. No soy tu puta.

- Puedes estar segura de eso, Sabrina. Nunca he traído una puta a este departamento.

- ¿Ha estado aquí tu prometida? - Intento ofenderle porque me enfada su forma de hablar. Sé que lo decía en broma, pero nuestra situación no es la mejor. En la cama, al calor de mis emociones, olvidé que llegaría el día siguiente y con él las incertidumbres de mis actitudes.

- Bueno, ya que ni siquiera hemos terminado el café y ya han empezado las conversaciones serias, vamos a aclarar algunas cosas. - Se levanta y empieza a dar vueltas por la cocina, parece como si me estuvieran juzgando en un tribunal y estuviera a punto de ser sentenciada.

- En primer lugar, Caroline no es mi prometida. Es la mujer con la que mi madre quiere que me case, formando así una familia más fuerte y noble en Río de Janeiro.

- Sangre azul, ridículo - digo, sin filtro.

- Ridículo, sí. Mi madre vive en otro siglo, pero no discutamos por ella. - Está nervioso, lo noto cuando veo que se le engrosan las venas del cuello.

- Caroline y yo estamos en una relación, tratando de ver si esta unión puede ser placentera para ambos.

- ¿Cogen? - Se detiene y se pasa las manos por el pelo.

- Sí, tenemos sexo, pero eso no viene al caso. - Me levanto de la silla.

- Claro que es importante, Tony. Si esta relación no existiera, podríamos incluso estar juntos. Es que te la coges, ninguna mujer lo acepta así. Por si no lo recuerdas, le di mi virginidad

al hombre con el que creía que me iba a casar. Tú fuiste el segundo y ni siquiera sé por qué me metí en eso. En lo que a mí respecta, el sexo es sólo por amor. De repente, me entregué, huí, me encontraste y ahora estoy aquí en tu cama otra vez. - Me agarra.

- Estás aquí porque eres caliente, te atrae, sientes deseo y yo también lo siento, Sabrina.

- ¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con ella? - Me suelta y se vuelve hacia el lavabo. Veo que hay algo mal en esta historia, muy mal.

- Tony, estamos hablando de nosotros. Necesito respuestas, ¿cuándo fue esto? - Se vuelve hacia mí y veo culpabilidad en sus ojos.

- El domingo, en el almuerzo. - Siento la puñalada.

- ¿Antes o después de mí? - Me hago la fuerte, pero estoy herida.

- Después. Estaba loco por ti y me hizo sexo oral. A ella no le gusta y la castigué.

- Ahórrame los detalles sórdidos. - Empiezo a subir las escaleras para coger mis cosas.

- Sabrina...

- No puede funcionar, Tony. Somos de mundos diferentes con pensamientos diferentes. - Recojo mis cosas.

- Quédate, Sabrina - apela.

- ¿Qué te parecería compartir mi coño con alguien? - Soy sincera.

- Lo mataría.

- ¿Y yo, por qué tengo que someterme a esto? - Se acerca a mí y empieza a minar mi confianza.

- Lo único que puedo prometerte es que no habrá otra en mi cama. Que serás la única. - Me quita el vestido y se traga mis pechos, que ya están sedientos de su boca. Mi reticencia no hace más que aumentar su deseo y me dejo llevar. De un modo u otro, saldré de su vida en unas horas.

Me rindo a las sensaciones del adiós cuando se pone un condón, me pone a cuatro patas y me penetra el coño. Nuestra relación es imposible, aunque él es una persona totalmente transparente y siempre ha dejado claro su interés por mí, somos de mundos diferentes. Yo sólo soy la criada y él es el poderoso que no cambiará su vida por mí.

Aún con todos estos sentimientos ambiguos, gozo junto a él.

Hijo de puta juez, ¿podría ser menos caliente, menos viril, menos varonil?

- Sabrina... Quédate. Necesito tu sexo. - Me siento en la cama, aún en éxtasis, pero intentando pensar de forma equilibrada.

- Eres un perverso, Tony. ¿Lo aceptarás cuando ya no lo quiera, Doctor? ¿Lo aceptarás cuando esté enamorada de otro hombre y ya no quiera tu miembro? - Me mira asustado. - Porque yo también estoy dispuesta a darte y recibir momentos de placer, pero sólo cuando quiera o pueda. Nuestros momentos los determinaré yo. ¿Estás dispuesto a eso, a renunciar a tu autoritarismo?

- Santo cielo, Sabrina. ¿No crees que esto podría considerarse acoso sexual?

- Eso o nada, su excelencia doctor Melhado. Para que quede claro, nada de sexo con otras mujeres. Va a ser un gran reto para alguien a quien le gusta tirarse a muchas mujeres.

- No puedes creer que esté enamorado de ti, ¿verdad? - Sé que está tratando de desarmarme con toda esta charla.

- Tendrá que demostrarlo.

- Voy a sorprenderte.

AL FINAL DEL DÍA

Cuando llego a casa, me meto una cosa en la cabeza. Será mío hasta el día en que se interese por otra o sus responsabilidades sociales se lo exijan. Viviré esos momentos intensamente.

Dios mío, tomar esa decisión es tan difícil. Empezar una relación como amante no parece una situación inteligente, pero tengo esto o nada. Hablando claro, me gusta estar con él, me gusta el sexo que tenemos, sé la verdad sobre nuestro futuro, mi corazón estará hecho trizas cuando llegue el momento de decir adiós, pero ¿de qué otra forma voy a tenerlo? Él tiene eso para ofrecermelo y voy a aceptarlo, porque es mejor tener recuerdos de lo que hemos vivido y sé que, aunque después esté destrozada, aprenderé mucho de esta relación. Soy joven, tengo un futuro enorme y siempre he sido una guerrera.

También gané poder extra anteponiendo mis deseos a los suyos. Sólo estaremos juntos cuando yo lo diga.

En teoría, parecía bastante fácil, pero al final del primer día, cuando salí del restaurante, quería que él estuviera esperándome. Tomo mi auto y conduzco hasta la periferia, pensando que no será muy fácil aguantar. Quiero estar con él en cada momento libre y va a ser un suplicio tener que mantener la postura de mujer controlada que no echa de menos a ese hombre delicioso que está lejos de mí, sólo porque no quiero hacer una llamada.

Creo que después de rezar tanto a la Virgen para que me diera fuerzas para aguantar cinco días sin llamar, él no ha podido esperar mi señal y su silencio no ha durado mucho.

El miércoles por la noche, el *maître* entra en la cocina y me llama. Tiene que esperar porque estoy flambeando un filete al whisky. Cuando termino y se lo entrego al chef para que lo termine, me entrega una cajita.

- Ha llegado para ti. - Alargo la mano hacia el paquete y todos me miran con los ojos muy abiertos. Abro el paquete y levanto la tapa, encontrando un maravilloso collar con una piedra roja en el colgante y una nota.

Quiero verte con esto puesto.

Solamente eso, morena.

Mis mejillas se sonrojan y el chef Alejandro sonrío, sacude la cabeza y continúa su finalización.

- Parece que alguien aquí tiene un admirador, comenta mi ayudante. Otra grita desde su plaza.

- Mis admiradores, cuando mucho, me traen una flor robada de un jardín ajeno.

- Chicas, prestemos atención a la comida. - Vitor pone orden en la casa. Cuando me acerco al chef para pedir los otros platos, me advierte:

- Si hay algo que mi amigo sabe hacer, es seducir. Cuidado, Sabrina. Ya has visto cómo funcionan las cosas.

- Es una relación sin grandes expectativas, Alejandro. Él me habló de su futuro, puedes estar tranquilo.

Pensaba encontrármelo cuando saliera, sobre todo después del regalo, pero no me esperaba y estoy un poco decepcionada. Al menos ahora tengo auto y puedo llegar antes a casa.



CAPÍTULO 24

Mientras recuesto la cabeza en la almohada, recibo un mensaje en el celular.

¿Puedo llamarte?

Estoy orgullosa. Está pidiendo permiso. ¿Quién dice que no puedo domar a un hombre poderoso?

Sí puedes.

Por supuesto, nada es convencional con él, lo siguiente que sé es que es una videollamada. Me miro y me arrepiento de haberme puesto una vieja camiseta de Mickey, ahora no hay tiempo para cambiar. Acepto la llamada.

- *Hola, muñeca.* - Él está tumbado en la cama, vestido solo con pantalones de chándal. Por la imagen que veo, está en su casa y no en el ático.

- *Hola, Tony.* ¿No crees que es demasiado tarde para hablar? Es más de medianoche.

- *No he llamado para charlar.*

- Entonces, ¿para qué has llamado?

- *Quiero verte llevando el regalo que te envié.*

- ¿Ahora?

- *Ahora, morena. No podré dormir sin ver lo que imaginé cuando elegí el regalo.*

- ¿Juras que elegiste el collar tú mismo?

- *Lo juro, Sabrina. Ponte el collar, por favor.* - Me levanto y dejo el celular sobre la cómoda.

- ¿Puedes verme?

- *Perfectamente, muñeca. Estás muy guapa con esa camiseta de Mickey.*

- Otra vez mintiendo, doctor. - Me quito la camiseta, dejándome solo las bragas.

- *Aunque ahora esta mil veces mejor.* - Abro el primer cajón y busco la caja con el collar, lo abro y me lo pongo en el cuello. Miro la pantalla y se me acelera el pulso al ver a Tony sacarse el pene duro de su chándal.

- ¡Tony! - me quejo, pero no puedo apartar los ojos de lo que está haciendo. No creía que un hombre como él pudiera ser tan desprendido.

- *Mira cómo me dejas, nena. Quítate las bragas.*

- Nunca he hecho eso, Tony, me da vergüenza.

- *Créeme, también es mi primera vez.* - Me alejo un poco de la cámara y me quito las bragas, dejándome desnuda sólo con mi collar. Me mira embelesado. Siento que su mirada me quema la piel.

- ¿Me vas a pintar como Jack hizo con Rose en Titanic? bromeo.

- *Creo que voy a ser un poco más atrevido que él. Quiero que te toques.*

- ¡Tony! - Ese hombre está loco, sé lo que quiere y lo consigue, mi sexo desborda fluidos.

- *¿Cuál es el problema? Quiero verte darte placer, ¿cómo lo haces? Enséñamelo.*

- De acuerdo, te lo enseñaré. - Abro mi cajón y busco mi vibrador. Coloco mi celular para que pueda ver lo que estoy haciendo. Hago recuento de lo que he hecho todos estos meses lejos de este hombre y descubro que he perdido la cuenta de cuántas veces he pensado en él en todo este tiempo.

- Desde el primer día que te vi, pienso en ti cuando uso mi juguetito. Primero, me paso las manos por los pechos para que se me ponga la piel de gallina, me aprieto los pezones pensando en tu lengua y tus dientes mordisqueándolos.

- *Mierda, Sabrina.* - Su pene completamente duro al otro lado de la pantalla es todo el alimento que necesito.

- Después de eso, abro mis labios vaginales. - Abro mis piernas y mi vagina, en un ángulo que sé que él puede ver. - Enciendo mi juguetito y pienso que es su boca la que me invade. - Cierro los ojos unos segundos y cuando los abro, inmersa en sensaciones lujuriosas, Tony se está masturbando, también abrumado por los mismos deseos.

- *Eres peligrosa, Sabrina,* me dice en voz baja, y veo cómo su polla expulsa su semen a chorros. Me estremezco al verle gozar al otro lado y me doy cuenta de que mi juguete nunca me había dado tanto placer. El consolador gana calor, gana textura, siento a Tony haciéndome llegar al orgasmo. Pasan unos minutos sin que ninguno de los dos diga nada, sólo mantenemos la mirada fija en la pantalla.

- Es usted inolvidable, doctor. Gracias por el placer, ahora necesito descansar.

- *Adiós, bella. Me encantó verte dándote placer, me puse muy celoso de tu juguete.* - Cuelgo antes de que vea que estoy perdidamente enamorada. Mi vida no será la misma después de esto.



CAPÍTULO 25

Incapaz de negar que Tony ocupa gran parte de mis pensamientos diarios, decido que voy a vivir de lo que él tiene que ofrecerme. No es muy fácil meterle en la cabeza a una mujer de veinticuatro años que necesita controlar el exceso de emoción, de deseo, de sueños normales para poder tener una vida de cuento de hadas, pero así es como decido que va a ser a partir de ahora.

El primer día que fui directamente del restaurante a su ático fue extraño, me sentí como una mujer inmoral que tenía que esconderse para estar con un hombre comprometido. Aunque él dijera que tenía una relación abierta con su futura prometida, a una mujer de principios no le gusta estar en ese lugar.

Lo que encuentro al entrar en su departamento disipa todas mis inseguridades. Él está a gusto, como estaba en Angra, me abraza cariñosamente, me besa intensamente y yo me siento bien, me siento casi amada y sabiendo que no es el magistrado el que está ahí, es el hombre que quiere estar conmigo, quiere conocerme, dejo a un lado mis miedos y me lanzo a por él.

Durante la semana estoy aprensiva, pero el sábado me envía un mensaje diciéndome que está deseando verme esa noche y el sábado salgo feliz del restaurante, directa al ático. Entro en el departamento, esta vez con más confianza, y Tony me lleva escaleras arriba y directamente a la ducha. Rápidamente me quita la ropa, diciéndome las palabras que una mujer siempre sueña cuando conoce a alguien especial. Una vez más, me dejo llevar por mis deseos y pasamos un domingo delicioso. Cocino para él, me cuenta su semana en el foro y me voy con el corazón caliente.

Tumbada en mi cama, analizo las dos semanas que he pasado y no creo que sólo el sexo haya servido para alimentar nuestros encuentros. Parece disfrutar con nuestros intercambios sobre la vida, especialmente sobre nuestros mundos completamente diferentes. También me gusta cómo me trata, porque sabe que no tengo mucha educación y que vengo de un lugar donde la gente intenta sobrevivir con lo que tiene, y en ningún momento me siento disminuida a su lado. Claro que siempre estamos ahí, encerrados, viviendo en un mundo propio, con lo que nos da placer.

Cuando me llama el viernes y me dice que tiene una cita el sábado, me doy cuenta de que siempre será así: mientras yo ocupe el puesto de amante, siempre seré la desatendida. Su ausencia duele aún más cuando el domingo, navegando por las redes sociales, encuentro una foto de él y su prometida en una fiesta de moda en Río de Janeiro, en el *Copacabana Palace*. Justo en la noche que habría sido la mía, el sábado. Por eso no vino.

- Sabrina. - Mi madre llama a la puerta de mi habitación.
- Entra, mamá. - Entra y me mira muy seria.
- ¿Quieres hablarme, contarme lo que te pasa? Llevas un tiempo diferente. Has estado en casa de tu amiga todos los fines de semana y ahora estás encerrada en tu habitación con cara rara.
- Las mamás son sensibles, saben cuándo un hijo no está bien. Me gustaría compartir mis

angustias con ella, pero no quiero involucrarla en esta historia. No es algo de lo que enorgullecerse y estoy segura de que me dirá que lo deje.

- No te preocupes, estoy bien, sólo estoy cansada. El restaurante me está cansando demasiado, así que me quedo en casa de Ingrid. Ella vive sola y está mucho más cerca. Este fin de semana se fue de viaje y aproveché para quedarme con ustedes. - Me levanto de la cama, mostrando una vivacidad que no siento. - Vamos a la cocina, mamá. Quiero preparar algo muy rico para papá y para ti.

Ella finge que todo va bien y yo finjo que sólo estoy cansada.

Aunque haya estos contratiempos entre nosotros, cada momento que estamos juntos en el departamento es increíble, el intercambio entre nosotros es real, sólo que no tengo la perspectiva de un futuro a su lado. Cuando me doy cuenta, han pasado noventa días y son los más felices de mi vida. Me atrevo a decir que también son los de Tony, porque sé que ha sido conmigo el hombre que le gustaría ser con todos los que le rodean, sin la presión que conlleva su profesión.

Se convierte en otra persona, aún más encantadora de lo que ya es cuando estamos en nuestro mundo paralelo.

Tony es creativo y curioso. Paso muchas horas en la cocina, inventando o recreando platos para que él los apruebe. Nunca antes esta cocina había visto tanto uso y ni tanto sexo. Son muchos los momentos de entrega por todas partes en su departamento.

Le noto más feliz, más suelto, menos taciturno. A veces nos sentamos en silencio, cada uno estudiando su trabajo. Nuestra convivencia es muy equilibrada y me atrevería a decir que parece un verdadero matrimonio. Pero no lo es. Aunque quiero vivir un cuento de hadas, soy consciente de que un día se va a acabar y esto me está demostrando que llega a una velocidad absurda, porque él tiene compromisos sociales y siempre está apareciendo en los medios de comunicación con Caroline Bittencourt. Quiero ser feliz por un tiempo y me estoy permitiendo vivir ese tiempo feliz a su lado.

Algunos días, cuando Tony necesita estudiar un caso más difícil, me limito a leer un libro y a observar su concentración. Hoy es uno de esos días, en los que lo veo totalmente absorto en sus papeles. Siento curiosidad por tanta concentración y decido averiguar qué está pasando.

- ¿Qué estás estudiando ahora? - Nunca me deja sin respuesta. Deja lo que está haciendo y me mira de esa manera tan apasionada.

- Para ayudarte a entender lo que hago en mi trabajo y por qué estudio mucho, te explicaré cómo funciona. Por ejemplo, usted presenta una demanda en cualquier tribunal estatal, federal o laboral. Este caso es analizado por un juez que dicta una sentencia, ordenando que se haga algo. Usted no acepta esta sentencia y presenta un recurso para que se vuelva a examinar. Ahí es donde entro yo, junto con otros magistrados que votan y llegan a un acuerdo. Si sigue habiendo controversia, el caso va al Tribunal Supremo. Mi trabajo es que este proceso no vaya más allá. ¿Complicado?

- Vaya, sí que es complicado. Si no das lo mejor de ti, el caso podría alargarse aún más. Creo que incluso me iré a casa, no quiero que el irascible magistrado Melhado me culpe de un error de juicio por desviar su atención de un caso de la máxima importancia. - Me levanto y subo las escaleras.

- Vuelve aquí, Sabrina -me ordena con su voz de barítono. Continúo subiendo las escaleras, aumentando el ritmo. Lo que más me gusta es provocar su autoridad.

- Intente detenerme, doctor Melhado. - Por supuesto, me alcanza antes de llegar a la puerta del dormitorio y entonces asume su lado dominante. Me arranca la ropa y me aprieta contra la

pared.

- Hay momentos, Sabrina, en los que tengo que enseñarte quién manda. Abre las piernas. - Me resisto. Me aprieta los pezones con los dientes hasta que cedo. Tony es rápido, me toca el clítoris y sabe que le doy acceso total cuando hace esto. Me mete dos dedos, demostrando lo que ya sé: estoy desbordante por él. Yo creo que esto nunca se va a acabar. Levanto los brazos, ofreciéndome por completo.

- Me gusta que me obedezcas. - Se baja los calzoncillos y hunde su miembro dentro de mí.

- Tony, el condón.

- Déjame sentirte, morena. Te prometo que me saldré antes de gozar. Joder, me matas, tu piel me enciende. Qué placer es cogerte sin barreras. Abrázame, Sabrina. - Me aferro a él. Me sujeta y me lleva a la cama, me tira sobre ella y me vuelve a penetrar. Tony me da dos palmadas en el trasero.

- Ahora verás por qué no puedes desobedecerme, niña maltratada. - Me da dos palmadas más en el trasero y grito.

- Sí, grita más fuerte, despierta a todo el edificio, niña traviesa. - Mientras me coge con fuerza, me muerde los pezones, me recorre el cuerpo con las manos, marcándome como suya y siento que soy toda suya.

- Para, Tony. - Chupa salvajemente ambos pechos.

- ¿Quieres que pare, muñeca? Se detiene.

- Cogeme, por favor -murmuro al no sentir su calor.

- Tú no sabes lo que quieres. - Instiga mi clítoris.

- Así, doctor, no pare, excelentísimo. - Se vuelve loco cuando le llamo así, no le gusta que lleve su posición social a la cama. Frota el punto correcto y me vengo locamente. Sólo que Tony no hace lo que había prometido, se viene dentro de mí. En cuanto nos recuperamos de la guerra de amor, le interrogo:

- ¿No dijiste que ibas a salir antes, Tony?

- Perdóname, estaba tan bueno que no me di cuenta. Dijiste que estabas tomando medicación.

- Empecé a tomarla hace poco más de una semana, así que aún no es seguro tener sexo sin protección.

- Mañana compraré la píldora del día siguiente y te la llevaré. Prometo que no titubearé más hasta que sea seguro.

- De acuerdo, yo también tengo mi parte de culpa. - Se levanta y me tiende la mano.

- Vamos a ducharnos. Ahora realmente necesito estudiar un caso. - Nada más salir de la ducha, recojo mis cosas, bajo las escaleras y me despido de él, besándole la boca.

- Hasta luego, muñeca. - Parece querer decir algo más, pero no abre la boca.

Antes de cerrar la puerta, lo contemplo todavía, totalmente absorto en sus libros.

En el ascensor, tomo una decisión. En nuestra próxima cita, voy a poner fin a esta relación. No quiero ser la amante toda mi vida. Estas citas están acabando con mi cordura, fingir que no amo a alguien es cada vez más difícil.

Sin embargo, ni siquiera tuve que hacerlo. Personas celosas y crueles lo hicieron por mí.



ESTERILIZAR
SOMETER UN ALIMENTO ENLATADO O UN
ENVASE AL CALOR DURANTE UN PERIODO
DE TIEMPO ESTABLECIDO PARA ELIMINAR
POSIBLES GÉRMESES PATÓGENOS.

CAPÍTULO 26

Cuando salgo para el trabajo y abro el portón, veo el BMW aparcado donde siempre me espera Tony. Es extraño, a esa hora está en el foro. Camino hacia allí, segura de que ha traído la medicina para mí y me siento aliviada, lo último que quiero ahora mismo es quedarme embarazada del magistrado. Sería un escándalo.

Cuando me acerco, la ventanilla trasera del coche se baja y dentro está su madre. No puedo imaginar qué haría bajar a esta mujer de su pedestal y aparecer en los suburbios. Sospecho que no es algo bueno.

- Entra en el coche, chica. Necesito tener unas palabras contigo. - Es dura e inmediatamente me pongo a la defensiva, siento como si me estuviera dando una orden. La sensación se intensifica cuando le dice al conductor que espere afuera, así que sé que va a ser una conversación sin testigos.

- No tengo nada que hablar con usted. - Intento en vano alejarme de una conversación que estoy segura me destruirá.

- Por supuesto que sí. ¿O prefieres ver tu nombre en el lodo cuando mi hijo te denuncie por acoso sexual?

- ¿Acoso sexual? - exclamo, sobresaltada por el rumbo de la conversación.

- ¿Crees que ponerte tras un magistrado, hacerte pasar por chófer para acercarte a una figura de autoridad, meterte en la cama con él, no es prueba suficiente de que eres culpable? - Cuando dice eso, me estremezco y decido subir al coche. Inmediatamente recuerdo la historia del pobre y el rico. Aunque todo se pueda probar, la cuerda siempre se rompe por el lado más débil.

- Mucho mejor así. No soy mujer de muchas vueltas, así que iré directo al grano. Sé que se ha estado rozando con mi hijo, el magistrado Tony Melhado, en su *garçonnière* -ella pronuncia el nombre y el título de su hijo, como si fuera algo sumamente importante-. Creo que es más prudente esperar a que ella hable y luego dar mi opinión. Ella no dice nada, pero sé que la sorprendo esperando a que termine. Siempre piensan que somos incultos, que lo resolvemos todo armando jaleo.

- Tony procede de una familia carioca tradicional y se va a casar con Caroline Bittencourt, uniendo así dos familias de noble linaje. - No abro la boca, aunque la rabia me corroe por dentro. Ella continúa.

- Tres meses es demasiado tiempo para sexo esporádico y quiero que termine ya. - Puede que ella sea la jefa de su hijo, pero yo soy el jefe de mí misma y lo he sido durante mucho tiempo.

- Sra. Melhado, Tony no me ha ocultado nada sobre su vida. Sé que tiene responsabilidades sociales, pero también tiene voluntad propia. Quiere acostarse conmigo y yo lo he aceptado porque es lo que yo también quiero. Cuando él ya no me quiera, puede estar segura de que me iré, pero sólo cuando Tony no me quiera. - Ella me mira con ira en los ojos y yo mantengo la

mirada nivelada.

- Ah... Señorita Sabrina, sabía que no renunciaría a mi hijo tan fácilmente, después de todo, qué pobre chica no querría enganchar a un hombre así en su vida. Así que me preparé para esta conversación. Ahora mismo, tu padre, el chófer del magistrado, lleva cinco kilos de pasta blanca pura en el coche que conduce para mi familia. Esto, si cae en manos de la policía, significaría al menos tres o cuatro años de cárcel, si el abogado es bueno. El pobre, con un abogado de cárcel, hasta podrá aumentar esa condena. - El odio hacia esta mujer está entrando en mi torrente sanguíneo y en el fondo sé a dónde quiere llegar con esto.

- Imagínate a tu madre, pobrecita, asalariada, con su marido en la cárcel, se moriría de pena. Con su hija acusada de acoso, nadie lo soportaría. Su familia sería basura humana. - No soporto escuchar a esta víbora denigrar a mi familia.

- Ni siquiera tiene que terminar su discurso, Sra. Melhado. He comprendido muy bien qué clase de persona es usted. ¿Qué tengo que hacer?

- Quiero que te alejes de Tony para siempre. - Me tira un sobre en el regazo. - Aquí tienes un boleto de ida y vuelta a Francia, además de un curso de cocina en la mejor escuela de allí. Ya te espera un departamento con el alquiler pagado por todo el año. Como dicen ustedes los jóvenes, te doy casa, comida y ropa limpia. Sólo necesito un año de tu vida. Eres joven y nunca tendrás esa oportunidad en tu mediocre vida. - Sin darme cuenta, las lágrimas ruedan por mis mejillas. Sabía desde el principio que esta relación no acabaría bien.

- No tienes que escaparte, chica. Te daré quince días para que resuelvas lo que quieres hacer, para que pongas tus papeles en orden. - Abro la puerta del coche. - No olvides que tu padre conduce todos los días con un enorme paquete en el coche y que la cuerda siempre se rompe por el lado más débil. - Cierro de golpe la puerta del coche y corro hacia mi casa con ese sobre quemándome la mano.

Cierro la puerta y llamo al restaurante para decir que no me encuentro bien. Cierro la puerta del dormitorio y apago el teléfono. Me duele la cabeza de tanta información que me han lanzado. Abro el sobre y dentro está todo lo que dijo la bruja. Boletos, cursos, alojamiento e incluso dinero. Lo escondo en el cajón, junto con unas joyas que me regaló Tony.

Esta mujer es capaz de cualquier cosa para acabar con mi relación con él.

Sé exactamente por qué ha decidido actuar. Le gusta más estar conmigo que con su familia. Mientras sólo fuera sexo, ella mantuvo la distancia, pero cuando se dio cuenta de que él siente más afecto por mí, no pudo callarse.

Y ahora mi familia y yo estamos bajo amenaza, totalmente en sus manos.

Maldito magistrado. Su madre me está presionando, pero es por él que todo esto está pasando. No ignoro que tengo mi parte de culpa, pero ¿cómo iba a saber que el amor podía ser tan destructivo?



CAPÍTULO 27

Me invento una migraña para mis padres y me quedo en mi habitación hasta el día siguiente. Necesito actuar y quizá si salgo definitivamente de su vida, ella se dé por satisfecha y pase por alto todo el asunto del viaje. Le pido a Tony que se pase por el restaurante al final de la jornada laboral a través de un mensaje en su celular. Si tengo que actuar, que sea rápido.

Contaré los minutos, muñeca.

Miro su respuesta y puedo sentir su afecto. Echaré de menos a este hombre al que he aprendido a querer. Tony tiene sus defectos, pero nunca me faltó al respeto como mujer. Nunca menospreció mi clase social y todo lo que vivimos fue muy intenso y verdadero. No hay futuro, eso es un hecho, pero el presente fue real. Estoy segura de que si sabe lo que pasa me apoyará, pero no es eso lo que quiero. Quiero al magistrado por completo, sin presiones, por amor, y ese momento aún no ha llegado para él.

Trabajo de forma un tanto automática hasta el final del día. Alejandro se da cuenta de que algo no va bien y me releva de mis tareas de limpieza, cosa que le agradezco mucho.

Cuando salgo, ya me está esperando. Tony ya no tiene miedo de que nos vean juntos; sale del coche y me abraza.

- Echo de menos esa boca tuya, morena. - Volteo la cara con dolor en el pecho, y él me besa la mejilla.

- Oye... ¿no quieres que te vean en público conmigo? - sigue bromeando.

- Tenemos que hablar, Tony.

- De acuerdo, me doy cuenta de que es en serio. Sube. - Me subo a su coche.

- ¿Me llevas a la playa?

- Sí, señora. - Tony está relajado, disfrutando de la vida, no se imagina lo que está a punto de pasar. Aparca en la playa de Arpoador, me quito los zapatos y meto los pies en la arena.

Pido protección a Iemanjá, Nuestra Señora del Mar, para que me ayude en esta compleja situación. No puedo flaquear y no puedo dejar que se dé cuenta de que hay un motivo más serio que las razones de las que siempre hablamos cuando entramos en este tema.

- ¿Tony? - Se acerca a mí y me abraza. No tardo en deshacer el contacto.

- ¿Qué pasa, Sabrina? Dime qué te preocupa. - No le gusta mi rechazo.

- He conocido a un chico. - Se detiene y me mira, ahora muy preocupado.

- ¿Qué quieres decir con que conociste a un tipo? ¿Qué tipo es ese? ¿Cómo pasó eso? - Fue la mejor excusa que se me ocurrió para que se distanciara. Un hombre sabe que está perdido cuando otro hombre entra en la conversación. Le explico que salí de copas con las chicas del restaurante un día entre semana y un chico, amigo de una de ellas, se interesó por mí. No me abrí a él, pero como nunca estoy con nadie, insistió en que me divirtiera un poco y me puse a charlar con él, disfrutando de su conversación.

- Me pidió que fuera sincera y lo soy. Me invitó a salir y yo estaba deseando aceptar, así

que decidí decírselo, siempre hemos sido transparentes el uno con el otro.

- No pensé que estuvieras buscando a alguien. - Trato de controlar la emoción que me causa ver tu decepción, pero no puedo ceder a la desesperación, mi familia está en riesgo, necesito pensar en ellos ahora.

- ¿Creías que iba a ser tu amante hasta que decidieras casarte?

- No sé, pensé que estábamos bien.

- Yo también lo pensaba. Pero esta situación por la que he pasado me ha demostrado que no todo está bien y he decidido que quiero a alguien que sea solo mío, que pueda ir a cualquier parte de mi mano, que pueda decirme que me quiere y que pueda hacer planes de futuro conmigo. Si estoy contigo, esa persona pasará de largo y no la veré, ¿lo entiendes? - Está nervioso, he aprendido a leer sus gestos.

- Estoy tratando de entender, Sabrina. Te juro que intento seguir tu hilo de pensamiento. Es sólo que pensar en que alguien te tome como yo lo hago no es una sensación que esté dispuesto a sentir, y espero que tú también me entiendas.

- Lo comprendo. Sé que nuestro sexo es increíble, que nos llevamos bien en muchos aspectos, pero una mujer espera más de una relación. Espero flores y cartas de amor. Quiero más y tú no puedes dármelo.

- No quiero perderte, Sabrina. - Su mirada me paraliza. No esperaba esta insistencia. Levanto la cara, enfrentándome a él. No voy a mostrar debilidad ahora.

- ¿Tienes más a ofrecerme que ese chico que conocí? ¿Puedes darme un paseo por la playa, una salida al cine cogidos de la mano, un buen beso en medio de la calle? ¿Puedes llevarme a tu casa y presentarme como tu novia? ¿Puedes sentarte a la mesa con mis padres y decirles que quieres una relación seria conmigo? - Sus fosas nasales se abren y se cierran sin parar. Sabe que está perdido porque no tiene el valor de enfrentarse a su historia y cambiarla.

- Santo cielo. - Baja la cabeza y pateo la arena. - Pensaba que iba a acabar con este día de perros que tuve dentro de ti y, de hecho, voy a acabar a puntapiés en la calle. - Camino hacia él y hago que me mire a los ojos.

- Seguimos siendo amigos, doctor. Si necesita un hombro, puede contar conmigo. Cuando quiera comer mi comida, pase por el restaurante y se la prepararé.

- No quiero estar lejos de ti. - Me rodea la cintura con sus brazos, haciendo que mi decisión sea cada vez más difícil. Le separo de mí, enfadada por tener que terminar así.

- Ya no quiero estar contigo, Tony. Nuestro tiempo ha pasado, busco algo nuevo en mi vida. Esta es mi decisión y espero que la respetes. - Cierra la boca y respira con dificultad. Levanto la cabeza, mostrando que mi decisión está tomada. Siempre hemos hablado de que llegaría este día y él siente que es el final de lo que tenemos. Aun así, juega su última carta.

- Dame un último beso, morena. - Dios mío, el beso de despedida me rompe por completo, me deja vulnerable e indefensa. Es maduro, sabe arriesgarse, pero yo no estoy tan segura de mis actos. Sus labios rozan los míos, su lengua envuelve la mía y todas las emociones que he experimentado desde que lo conocí se vuelcan en ese beso. Amor, deseo, ganas de tirarlo todo por la borda. Inmediatamente, el miedo y el abandono se apoderan de mi pecho. Cuando me suelta, no puedo ni mirarlo. Mi cuerpo tiembla, mis manos se congelan y siento que voy a desmayarme en cualquier momento.

- ¿Me llevarás a casa? Mañana cogeré un autobús para volver al restaurante. - Caminamos codo con codo hasta el coche.

- Sabes que nunca he tenido una amiga, muñeca. - El tono de tu voz es desgarrador.

- Será mejor que me llames Sabrina.
- Lo siento, ciertos hábitos son difíciles de cambiar.
- Sé cómo es. - Me deja en casa y con lágrimas en los ojos veo alejarse su coche para

siempre. Entro en casa y me derrumbo, creo que lloro hasta que se me secan las lágrimas. Me arrastro hasta el baño e intento recomponerme. Me aferro a Dios, pidiéndole que me proteja, que proteja a mi familia y que proteja a Tony, que vive en una familia sin amor propio, que sólo piensa en el poder.



CAPÍTULO 28

No creas que fue fácil deshacerme de él, actuó como si yo no le hubiera dejado. Como si no se hubiera enterado por mí de que ya no quería estar con él. Envío regalos, envío mensajes normales y luego eróticos. Incluso llamó en horario de trabajo.

Me esforcé mucho por ignorarlo. Al cabo de dos semanas, el teléfono se silenció y empecé a echarle de menos. Lloraba todos los días, sin comprender realmente todos estos sentimientos contradictorios. Incluso mi padre encontraba extraño mi comportamiento. No me quedaba en casa los fines de semana y ahora no salgo nunca. Mi madre respeta mi espacio, sabe que estoy sufriendo y cuando llegue el momento se lo diré, si quiero. No quiero hablar más del tema, ni con ella ni con nadie. Me metí en esta relación retorcida por mi cuenta y saldré de ella por mi cuenta.

Catorce días después de la ruptura, recibo un mensaje amenazador de un número desconocido.

Enhorabuena, has cumplido la primera parte del trato. Estás libre de acoso sexual. Tu padre todavía no.

Además de esta preocupación, sigo lidiando con el retraso de mi periodo. Cuando pasan cosas malas, siempre viene en torrentes.

El sábado me despierto más tarde, sintiéndome extraña por tanto sueño y cansancio. Decido apartar de mi mente la duda del embarazo de inmediato. Salgo, voy a la farmacia y compro dos pruebas de embarazo diferentes. Leo que la prueba es segura después de un solo día de retraso.

Trabajo con mucho estrés y eso se refleja en mi cocina. Nadie se atreve a preguntarme qué pasa, Alejandro me encarga disimuladamente de lavar los platos y yo estoy de acuerdo, totalmente desestructurada.

Muchas cosas pasan por mi cabeza cuando por fin llego a casa. Me encierro en el baño y llega la hora de la verdad. Sigo las instrucciones del paquete y orino en la tira indicada. Espero los minutos más angustiosos de mi vida y me derrumbo cuando aparecen dos rayitas en ambas pruebas.

Estoy embarazada del magistrado.

Esto cambia radicalmente el curso de mi historia. Tengo que definir mi camino y lo primero es defender a mi hijo con uñas y dientes.

Ahora mi actitud es definitiva, me voy a estudiar a Francia y con el dinero que por derecho le corresponde a mi bebé. Para protegerlo del mal que me rodea, iría hasta el infierno. Me doy una ducha, acariciándome el vientre, pensando que estoy gestando el fruto de mi amor por Tony. Porque amo a ese hombre, amo a mi bebé y por él afrontaré lo que haga falta.

No quiero ni imaginarme lo que podría hacer esa bruja si supiera que llevo un Melhado en mi vientre.

Lo más difícil es explicar la situación a mis padres de una forma que no les haga daño ni les haga darse cuenta de que me pasa algo.

Me despierto con una idea que debería funcionar, pero para eso tendré que confiar en alguien y contarle parte de la verdad. Si no acepta ayudarme, tendré que pensar en otra salida. Envío un mensaje al chef Alejandro pidiéndole hablar con él en privado antes de que abra el restaurante. Me contesta que tiene algo de tiempo libre y me pide que vaya a las dos de la tarde.

Parece que apenas me enteré de que estaba embarazada mi desayuno me sentó mal. No puedo ni pensar en tomar café solo, me dan ganas de vomitar. Me preparo una taza de té y me la tomo con tostadas.

Llego al restaurante y voy al despacho de Alejandro.

- ¿Qué te pasa, Sabrina? En los últimos días has estado muy tensa, absorta, equivocándote en cosas triviales.

- Quiero disculparme, chef. Iré directo al grano, sabes que estaba viendo a Tony e incluso me aconsejaste que tuviera cuidado.

- Sabía que tenías problemas con eso. No hace falta que me lo digas, es Eloísa Melhado, ¿no? - Asiento con la cabeza. - Sabrina, ella es terrible con cualquiera que se cruce en su camino.

- Resumiendo, me amenazó a mí y a mi familia. Me pidió que me alejara de él y lo hice. Pero ella quiere más que eso.

- ¿Qué es lo que quiere?

- Me dio un boleto, un departamento y un curso en Francia, para quedarme allí un año.

- Está loca. Seguro que se ha dado cuenta de que Tony te quiere.

- No, se equivoca. Tony no siente nada por mí, le gusta acostarse conmigo y ese fue nuestro acuerdo. - Ahora no es el momento de soñar con sentimientos ficticios.

- No voy a discutir contigo, Sabrina, pero conozco a mi amigo, tiene fuertes sentimientos por ti y debería estar a punto de acabar con los sueños de su madre. Entonces ella apeló. Tienes que hablar con él de esto. - Parece que va a ser más difícil de lo que pensaba. Me levanto de la silla y me apoyo en ella.

- El caso es que realmente quiero hacer este curso, chef. Será bueno para mi carrera y es más importante para mí que una aventura con el magistrado. - Se echa hacia atrás en su silla, mirándome especulativamente. Mantengo la postura erguida, firme en mis palabras.

- ¿Estás segura? - No puedo flaquear en este momento, de lo contrario sabrá que estoy mintiendo.

- Nunca he estado tan segura en mi vida. Esta oportunidad es única, pero necesito una historia convincente para contársela a mis padres. - Se levanta de la silla.

- ¿Ahí es donde entro yo, entonces?

- Sí, necesito que confirmes y convenzas a mis padres de que he ganado una beca con todos los gastos pagados. Alojamiento y comida. Creo que es una pequeña mentira comparada con el tamaño del lío en el que me he metido. - Me mira fijamente y evalúa todo lo que he dicho. Tarda unos minutos en responder, lo que a mí me parecen horas.

- Claro que voy a ayudarte, Sabrina, después de todo, es tu elección. Es sólo que no creo que Tony se merezca la madre que tiene. Manipulando a todos todo el tiempo y haciendo la vista gorda a sus sentimientos.

- Gracias, Alejandro. No sabes cuánto me estás ayudando. Perdóname por hacerte mentir, es que no tenía a nadie más a quien recurrir.

- No te preocupes. Quiero lo mejor para ti, quiero que seas feliz. También me doy cuenta

de tu potencial y de todo lo que vas a ganar con este curso en Francia. No creo que sea la mejor salida, podrías decírselo, pero es tu elección, es tu vida y espero que hayas hecho la mejor elección.



CAPÍTULO 29

Lo primero que hago, después de que Alejandro me haya ayudado a convencer a mis padres de que el curso es una excelente escuela para mí, es llamar a la puerta de la mansión de la familia Melhado. Es un tema del que no quiero hablar por teléfono.

Me recibe en su despacho, al que sólo he ido porque sabía que era la hora a la que Tony estaría en el foro. Su rostro es altivo y cada vez odio más a esta mujer.

- Seré breve. Hice exactamente lo que me pidió, abandoné a su hijo, decidí estudiar en Francia, creo que su parte del acuerdo también está cumplida. Mi padre es un buen conductor, el magistrado lleva años trabajando con él, exijo que mi padre conserve su trabajo y que le suban el sueldo, para que con mi ausencia estén más cómodos, al fin y al cabo, mi dinero no entrará en casa durante un tiempo. No quiero una limosna, es su derecho, por su trabajo y su dedicación. - Ni se inmuta.

- Considéralo hecho. Aunque no creo que tengas ningún derecho a pedirlo, no soy el monstruo que me pintas, sólo protejo a mi familia de gente interesada como tú.

- Perfecto. Al final del día, no tener que ver tu despreciable cara durante mucho tiempo me hace sentir un gran alivio. Adiós. - Doy la espalda a esta casa y a toda esta familia.

Los veinte días previos al viaje fueron agitados. Ni siquiera tenía pasaporte, tenía que conseguirlo cuanto antes y, si no hubiera sido por la amistad de Alejandro, no habría sabido cómo organizarlo todo para el viaje.

Es él quien me lleva al aeropuerto y sé que sólo me cuida por su amistad con Tony y porque piensa que eso es lo que haría Tony en una situación similar.

Me voy a Francia con el corazón roto y, al mismo tiempo, con la esperanza de una vida mejor. Estoy segura de que la noticia de mi partida llegará a oídos de la bruja y ella se encargará de envenenarme ante el magistrado. Creo que sufrirá, sus mensajes no dejan de llegar, intentando establecer una conexión, pero se olvidará de mí. No tiene el perfil de hombre de una sola mujer, encontrará una nueva amante que le caliente la cama, o incluso aceptará el matrimonio que le han impuesto. Quizás incluso inconscientemente esté a favor de esta unión. Nunca hemos hablado de ello y nunca sabré la verdad.

Ahora mi objetivo es vivir un día a la vez para que mi bebé se desarrolle bien en mi vientre, y sé que funcionará. Siempre he sido una mujer valiente, y no dejo que las dificultades de la vida me paralicen. Tengo miedo, creo que es natural, pero no voy a dejar que ese miedo me debilite. Si voy a lo desconocido para triunfar, eso es lo que ocurrirá.

EN FRANCIA

No puedo decir que todo sale bien, porque los comienzos son muy difíciles. No conozco el idioma del país y muy poco inglés. Además de todo esto, todavía tengo los cambios hormonales

naturales de una mujer embarazada. Náuseas matutinas, sueño excesivo y hambre absurda. En cuanto pueda coger el ritmo de la escuela de gastronomía, me matriculo en una escuela de francés y empiezo a estudiar inglés en casa. Ahora mi objetivo es sobrevivir en este país. El departamento en el que vivo está bien situado, cerca de la escuela y no tengo que gastar horas en transporte. Hablo con mis padres todos los domingos para que la nostalgia no se haga demasiado fuerte y empiece a doler.

Así vivo mi vida hasta que mi barriga aparezca y ya no pueda ocultarse. Estoy embarazada de cinco meses y tengo que decírselo a mis padres. Hasta ahora me las he arreglado y ahora necesito a mi mejor amiga para compartir experiencias y ayudarme a llevar la carga de estar embarazada sin el padre del niño a mi lado. Me arrepiento de no haber compartido mi infortunio con mi madre, siempre ha sido mi mejor amiga, pero no quería que interfiriera en lo que ya estaba decidido. A ver cómo se pone cuando le cuente la noticia.

Cuando llego al departamento después de un paseo por el parque, calculo el huso horario y hago una videollamada a casa. A estas horas del domingo, mi padre probablemente estará descansando. Será mejor que hable con mi madre y ella estará encantada de decírselo. Ella contesta al móvil tal y como le he enseñado.

- *Hola, mi niña. Te echo mucho de menos.*

- Hola mamá, yo también te echo de menos. ¿Va todo bien por ahí? ¿Y papá?

- *Todo está bien, Sabrina. Papá no está en casa, fue a llevar a su jefe al aeropuerto. El Dr. Melhado se casó ayer con Caroline Bittencourt, con la que salía desde hace tiempo.* - Estoy en estado de shock y tengo que sentarme, casi se me cae el móvil al suelo del malestar causado por el impacto de la noticia. Me falta el aire, me ahoga el pecho y no sé cómo voy a volver a la vida después de esto. Automáticamente me llevo la mano al estómago y pienso en mi hijo, sé que siente lo mismo que yo, así que saco fuerzas para recomponerme.

- Estupendo, mamá. Necesito decirte algo y sé que encontrarás la forma de decírselo a papá sin que se sienta muy lastimado.

- ¿Qué pasó, Sabrina?

- Mamá, estoy embarazada. - Entonces es el turno de mi madre de incorporarse, sorprendida por la noticia.

- *¿Embarazada, hija mía? ¿En un país extraño? ¿Cómo pudiste dejar que esto pasara, Sabrina?*

- Ah... Mamá, estaba enamorada y me arriesgué. Eso es lo que pasó.

- *Vi que tenías la cara más llena y pensé que era mucha comida nueva por allá.* Enséñame la barriga. - Puse el móvil sobre la mesa y le dejé ver mi cuerpo entero.

- *Vaya, Sabrina. Ya tienes una barriga enorme. Dime la verdad, ¿has salido de Brasil embarazada?* - Esta vez no le miento.

- Sí, mamá. Cuando pueda hablar de ello, te prometo que te lo contaré todo. Por ahora, sólo quiero decirte que el principio no fue fácil, pero ahora estoy muy bien aquí y Valentín debe nacer antes de Navidad.

- *Es un niño, entonces. Que sea sano. Estoy preocupada por ti, hija mía, un embarazo, sola, sin decírmelo, podría estar ayudándote a pasar esta tormenta.*

- Es un niño grande y muy sano. Gracias a Dios no he tenido problemas en la escuela en la que estudio y el seguro de viaje que venía con el curso cubrirá todos los gastos del parto. Estoy bien, no quería preocuparte. Lo único que te pido es que le cuentes a papá una mentirita, diciendo que me quedé embarazada de un chico de aquí, para que no mate a ningún inocente por

ahí.

- *De acuerdo, Sabrina. Pondré al día a tu padre. Ahora cuéntame más sobre Valentín, el curso y cómo te las arreglas sola con todas estas cosas nuevas en tu vida. Si pudiera, hija, estaría ahí contigo, cargándote.* - Mi madre siempre ha sido mi inspiración. Me dice lo que necesito oír en este momento. No me hace reproches y eso lo es todo para mí.

- Lo sé, siempre supe que me entenderías. No te preocupes, aquí he hecho amigos muy valiosos, Luísa comparte el departamento conmigo. Así no me paso todo el tiempo pensando en el pasado. - Pasamos casi una hora hablando de todo. Enseño la ropa de Valentín, su carriola, su cuna, mi carnet de prenatal.

Cuando me desconecto, me duele mucho saber que él se casó con la elegida de su madre. Sabía que algún día ocurriría y agradezco que esté tan lejos. De conocerme, iría a la iglesia a ver cómo estaba y si se encontraba feliz.

Nunca fue para mí y aunque lo supiera, lloro a torrentes, sabiendo que ahora será feliz con la mujer que estaba destinada a ser su pareja. Abro el celular y hago algo que no he querido hacer desde que llegué a Francia: mirar las noticias referentes a los nobles de Río de Janeiro.

Ni siquiera tengo que buscar mucho, la foto de la boda está en la portada de una conocida revista. Paso la mano por la foto de él vestido elegantemente, probablemente con un traje hecho a la medida. Caroline está guapísima con un precioso vestido blanco y no puedo negar que hacen una pareja estupenda. Me llevo la mano al estómago, intentando crear una imagen de si le hubiera contado lo del embarazo. Tal vez en esta foto podría ser yo entrando en la iglesia con él, pero nunca tendré ese refinamiento, nunca estaré a la altura de un hombre de esa magnitud. Un sueño es un sueño, la vida real es mucho más complicada.

Tengo que conformarme con un pedazo de él y sé que nadie me lo quitará jamás. Nunca sabrán que Valentín es hijo del magistrado.

Luísa entra en el departamento justo en ese momento y me ve llorando así.

- ¿Ha pasado algo, Sabrina?

- Hablé con mi madre, le conté lo de mi embarazo. - Se sienta en el suelo a mi lado.

- ¿Estaba muy disgustada?

- Un poco, es normal. Ninguna madre quiere ver a su hija herida, pero después reaccionó bien y al final está contenta de ser abuela. - Luísa me mira fijamente.

- Todas estas lágrimas no son por ella. - Luisa es la única persona que conoce mi historia aquí y derramo mi dolor en su regazo, ella me calma, me consuela y me demuestra que tengo que tener la fuerza para sobrevivir a este calvario. Todo sea por Valentín.

Lo último que quiero para mi hijo es cargar demasiado peso sobre su espalda. Me levanto del sofá, me doy una ducha y voy a la cocina. He descubierto que cocinar con esta maraña de emociones hace que mi comida sepa aún mejor. Sospecho que es una clara señal de que me ha llegado la madurez.



CAPÍTULO 30

Voy a la maternidad exactamente a los nueve meses, cuando se me rompe la bolsa. Luisa coge mis cosas y las de Valentín y me acompaña al hospital. Tengo miedo, ella lo sabe y no me deja sola. Tener un hijo es, de lejos, la experiencia más fantástica y dolorosa de mi vida. Me debato entre el amor y el dolor. A veces el dolor supera al amor. Opté por un parto normal y no tener a nadie a mi lado para cogerme la mano es muy pesado. ¿Me cogería Tony la mano si supiera que en unos minutos va a ser padre? Creo que Tony nunca abandonaría a su hijo si supiera que existe. Siempre ha sido un hombre honesto y de carácter, aunque nuestra historia no sea la más bonita de contar.

Ya no tengo forma de saberlo, el médico me pide que empuje más fuerte y Valentin nació en medio de mi dolor y mi gran alegría en cuanto le oí llorar en el momento justo. Elegí este nombre porque tendrá que ser valiente para enfrentarse a las adversidades de la vida.

Cuando el médico me pone a mi hijo en brazos, lloro. Su piel pálida y sus hermosos ojos azules no niegan la sangre noble que corre por sus venas. Tanto que le pedí que fuera como yo, de piel morena y ojos marrones.

- Ni siquiera para ser como mamá, ¿eh? grandullón. - Lo llevan a hacer los trámites necesarios y yo me relajo, con una etapa más ganada. Con todos los rasgos de su padre, me resulta un poco imposible ocultar a su hijo a todo el mundo.

En dos días, nos dan el alta a los dos, con todas las recomendaciones médicas. Luísa me ayudó durante los primeros días y confieso que, de no haber sido por el site de búsqueda, nos habríamos perdido. Por supuesto, mi madre hizo lo que pudo, pero desde la distancia es un poco más difícil.

Me recuperé rápidamente y Valentín es un bebé adorable, crece fuerte y requiere muy poco trabajo. Quizá por el estrés que sufrí durante el embarazo, no pude darle el pecho mucho tiempo. Se me secó la leche y tuve que cambiar a leche animal.

Cuando llamo a mis padres en la videollamada semanal, mi madre, que está enamoradísima de él, no para de hablar ni un minuto. Aunque el Sr. Benito se enfadó un poco cuando se enteró de mi embarazo, veo que se le humedecen los ojos cuando mira a mi hijito.

La vida pasa, me las arreglo para ir al colegio y a veces me lo llevo conmigo hasta que cumple tres meses. Mientras tanto, encuentro una niñera brasileña perfecta para cuidarlo, y utilizo el dinero de la venta del coche, que aún tenía intacto. Además, la escuela me propone unas prácticas remuneradas en un restaurante de dos estrellas Michelin. Estas prácticas son el punto de inflexión de mi vida. Cambia mi forma de actuar, abre mis horizontes y hace que mi cocina madure. También me ha convertido en una mujer más centrada y madura, y vivir en Francia ya no está tan mal. Tengo reconocimiento profesional, un hijo maravilloso, algunos amigos que he hecho durante este tiempo y Luísa, una compañera más que perfecta que ayuda a equilibrar mis emociones cuando quieren desbordarse.

Llego a casa del restaurante a altas horas de la noche, voy a ver a mi hijo y veo que está bien. Me meto en la ducha y, mientras corre el agua, echo de menos el amor. El amor de mi familia, el amor que siento por mi país, las ganas de hacer carrera donde nací y crecí. Sé que necesito revisar mi pasado, mis dolores y mis anhelos, y sólo entonces encontraré las respuestas a esta angustia que siento en este preciso momento.

No quiero pensar en él, pero mi mente me traiciona y dejo que me lleve de vuelta a aquel día en que tuvimos relaciones sexuales sin protección y, debido a los acontecimientos que siguieron, la píldora del día siguiente quedó en el olvido. Nunca habíamos tenido sexo con tanta conexión. Fue especial, único, necesito volver a encontrar esta felicidad y siento que mi corazón está en Brasil, aunque no sea exactamente con este amor del pasado.

Este deseo de volver a mis raíces crece poco a poco, a medida que me conozco más a mí misma, mi cocina, el amor que siento por mi familia y todo lo que dejé atrás para vivir lejos de casa.

Cuando Valentín cumple once meses y practica sus primeros pasos, decido que es hora de volver a casa. Casi dos años fuera han sido suficientes para evolucionar como profesional y como ser humano, y ahora me siento preparada para afrontar lo que venga.

Por desgracia, Valentin es una copia de su padre. Tengo miedo de que alguien de esa familia quiera quitarme a mi hijo en cuanto lo vea. Pero no puedo vivir escondida para siempre, no es justo para mi hijo.

Mi decisión no se debe a que sea infeliz, sino a que siempre he soñado con tener mi propio restaurante en Brasil. Hacer este curso en París, conocer otra cultura, trabajar en un restaurante de renombre, ser madre, todo esto me ha convertido en una mujer nueva. Esta mujer quiere ser feliz y mi felicidad está con mi familia, en mi país de nacimiento, en mi profesión tan querida. No quiero seguir alejada de todo ello.

Mi decisión es firme. Sólo necesito tiempo para resolver todos los asuntos en Francia y volver a casa.



CAPÍTULO 31

- Dr. Melhado, ¿necesitaré el coche hoy?

- No, Benito. Puedes descansar. - Camino hacia la puerta principal cuando él comenta:

- Nada de descanso, doctor. Me voy al aeropuerto a recoger a Sabrina, estoy deseando abrazar a mi hija y tener a Valentín en mis brazos. - Me detengo en mitad de la escalera y me vuelvo hacia él.

- ¿Va a volver tu hija a Brasil? - Mi corazón parece estallar en mi pecho, siento tantas cosas desconocidas, esperando su respuesta.

- Sí, vuelve aquí definitivamente, gracias a Dios. Esta chica la pasó mal en Francia.

- No lo sabía, pensé que era feliz allí. ¿Quién es Valentín?

- Es mi nieto, Dr. Melhado. Se quedó embarazada de un tipo que conoció allí. Quería matar a ese tipo, pero eso ya quedó atrás, después de todo, mi nieto es tan hermoso. - Mantengo mi postura, pero no me tomo bien esta noticia.

- Felicidades, Benito. Adelante, no hagas esperar a tu nieto. - Entro en casa desconcertado y Caroline viene hacia mí.

- Hola, cariño, hoy llegas pronto a casa.

- Ahora no, Caroline. Me duele la cabeza. Voy a darme un baño e intentaré relajarme.

- ¿Quieres que te acompañe? - Me mira como un cachorro abandonado.

- Se lo agradezco, pero quiero estar solo. - Subo las escaleras y voy a mi habitación de soltero. Ahora no quiero hablar con nadie.

Cierro la puerta de la habitación para que nadie entre sin invitación. Me quito el saco y la corbata y casi me arranco los botones de la camisa. Tengo fiebre en el pecho, no debería estar así sólo por haber oído su nombre. Me quito los zapatos de una patada y me siento en la cama, inspirando y expirando con cuidado para controlar mi ira.

Sabrina vuelve a Brasil con un niño.

Dios mío... un hijo, sólo pensar que un hombre la toque me hace enloquecer. Abandonarla embarazada, luego quiero matar a ese hombre que le hizo daño. Doy un fuerte puñetazo a la mesilla y a día de hoy no entiendo por qué esta mujer huyó de mí, mintió diciendo que tenía otro chico y luego decidió irse de viaje. Me he sorprendido a mí mismo pensando en ello varias veces, tratando de entender sus acciones, por qué fue tan radical cuando rompió conmigo y viajó sin siquiera despedirse. He llegado a la conclusión de que sólo estaba conmigo por lujuria, que la armonía que parecíamos tener sólo existía en mi cabeza. Ignoro la parte en la que me pidió una postura sobre nuestra relación y yo la rechacé.

Me arranco el resto de la ropa y me meto en el agua fría de la ducha, con la mente a mil por hora. Al mismo tiempo, ella nunca me exigió nada y nuestra relación era cómoda, yo la tenía cuando quería y ella se sometía a esos momentos de placer. Ella no exigía una posición y yo me quedaba en el lugar que nos parecía bien a los dos. Es la primera vez que me pongo en su lugar,

y pienso que ella igual fue demasiado buena, me sacó de su vida cortésmente.

Que locura, hace casi dos años que se fue y todavía no me la puedo sacar de mi sistema. Es increíble, nunca había tenido sentimientos tan arraigados como los que tuve por ella. Es más, me está pasando exactamente lo que imaginaba, mi matrimonio es un auténtico fiasco y creo que hasta mi madre está convencida de ello. Caroline es una persona superficial que no tiene otra cosa que hacer que ir al salón de belleza, al centro comercial, a actos benéficos, gastar dinero y jugar a la casita.

El sexo era bueno al principio, pero fue empeorando a medida que se ponía más y más ansiosa por quedarse embarazada. El sexo es sólo cuando ella quiere, es decir, cuando el día es fértil, dependiendo de la hora, la temperatura, la posición. Acudí a varios médicos por este motivo y todos fueron unánimes. No tengo ningún problema en dejar embarazada a una mujer.

Ella dice que se ha hecho todas las pruebas y tampoco, así que a lo mejor son los dioses los que no quieren. Yo seguí adelante con todos los intentos en nuestro primer año de matrimonio, aunque confieso que no siempre quise.

Sinceramente, no creo que aguante otros seis meses sin tirar la toalla. Lo único positivo de todo esto es que me volví más cabrón en los juicios. No dejé que mis sentimientos tomaran protagonismo. Empecé a estudiar más, a dedicarme a mi profesión como nunca. Casi todos los casos que tuve en mis manos en los últimos meses no tuvieron que ir al STJ y eso es un gran logro en el tribunal de justicia.

Con ella lejos, con la única persona que consiguió entrar en mi coraza como un hombre poderoso, es más fácil seguir adelante con la vida. Ahora que sé que ha vuelto, es más difícil fingir que no siento nada por ella. No quería, intenté matar ese anhelo, pero soy lo suficientemente macho como para asumir que ella es la única mujer que realmente me conmueve. Me afectó tan profundamente que estuve dispuesto a romper con mi familia por ella. Estaba dispuesto a tirar todo por la borda para tener una relación de verdad.

Ahora es aún peor, porque para bien o para mal, soy un hombre casado.



CAPÍTULO 32

Cuando veo a mi madre y a mi padre en el aeropuerto, me pongo a llorar y Valentin, que no entiende nada, acompaña a su madre. Luego, que Dios nos ayude, la abuela también llora y mi padre acude primero al rescate de su nieto. En cuanto se nos pasa la emoción inicial y podemos salir del aeropuerto, Valentin se aferra al regazo de la abuela, que sonríe encantada por su astucia.

Llegar a mi casa, pues, es una emoción sin igual, todo está en el mismo sitio que recordaba. Abrir la puerta de mi habitación y encontrar un moises para Valentin hace que mi baúl de emociones se desborde.

Hay tantas cosas que contar y escuchar que sólo tengo un poco de paz cuando todos duermen. Cuando me tumbo en la cama y miro a Valentin durmiendo profundamente en su nueva cuna, cansado de todas las atenciones que ha recibido de sus abuelos, me alegro de estar de vuelta.

Tengo que pensar que necesito tener mi propio rincón, Valentin es ahora mi familia y no quiero vivir de favores ni entrometerme en la vida de mi madre, que aún tiene que cuidar de mi hermano. No quiero procrastinar, voy a buscar trabajo pronto y la primera persona con la que voy a hablar es mi amigo, el chef Alejandro. Quizá tenga algo para mí en su restaurante o me recomiende a alguien. He vuelto y tengo una meta, así que tengo que salir a perseguir mis sueños idealizados en el exterior.

Mi madre tiene libre el lunes, diez días desde que llegué, así que le pido que se quede con Valentin para poder ir al restaurante.

- Estaré encantada de quedarme con él, Sabrina. Puedes irte sin preocupaciones.

- Ya sabes, mamá. No lo descuides y no abras la puerta a extraños. - Como si el magistrado pudiera llamar a mi puerta reclamando un hijo que ni siquiera sabe que existe.

- Muy bien, hija. - Cojo el coche de mi padre y conduzco hasta el restaurante. Entro y encuentro a Alejandro haciendo la mise en place para la cena.

- *Bonjour, Monsieur Alejandro.*

- *Comment vas-tu, Sabrina?*

- *Très bien, chef.*

- Veo que la chica, Sabrina, ha vuelto hecha toda una mujer y hablando muy bien el francés.

- Y eso no es todo, chef. He trabajado en un restaurante con dos estrellas Michelin. Estoy sobrevalorada.

- Es una gran experiencia, Sabrina. ¿Crees que puedes dirigir un restaurante como chef?

- Me entrené durante quince meses para eso, Alejandro. He aprendido mucho en el tiempo que he estado fuera y gran parte de esa victoria te la debo a ti, que me fuiste leal cuando te necesité.

- Imagínate, el talento ha sido todo tuyo, ya lo sabes.

- Así que pasé a ver si necesitabas a alguien en tu cocina. Quiero volver al trabajo cuanto antes, no quiero que todo lo que aprendí en Francia se eche a perder.

- Afortunadamente, ahora tengo un buen equipo en esta cocina. - Siento una punzada de tristeza cuando dice eso, estaba llena de esperanza de que pudiera ayudarme.

- No estés triste, mujer precipitada. Ya te he dicho que mi equipo aquí está completo, pero mi nuevo restaurante que abriré dentro de treinta días necesitará un *sous chef* que parezca un chef, porque yo sólo soy uno y no podré estar en dos sitios a la vez. De hecho, esperaba que alguien con tu currículum abriera el otro restaurante con un enfoque ligeramente diferente a éste.

- ¿Hablas en serio? Me quedo boquiabierta.

- Absolutamente en serio, Sabrina. Ahora estás cualificada para este trabajo. Al principio, será mi menú, pero tienes talento y pronto tendrás tu marca en mi menú. ¿Te gustaría ser mi compañera? - No puedo resistirme a abrazar con fuerza a mi amigo, pero no quiero empezar una colaboración sin poner todas mis cartas sobre la mesa.

- Antes de hacer negocios contigo, necesito que sepas una cosa. No quiero mentiras en esta asociación.

- No espero menos de ti.

- Tengo un hijo. - Suelto la bomba.

- Caray, no me lo esperaba. ¿Qué edad tiene?

- Cumplirá un año el día veinte de diciembre. - Me mira interrogante y sé que está haciendo cuentas de cuándo fue concebido.

- Comprueba tú mismo lo hermoso que es. - Saco el celular, elijo un vídeo de Valentín dando unos pasos y se lo enseño. Alejandro se queda sin habla cuando ve al niño. Creo que él también está un poco conmovido.

- Se llama Valentín. ¿No es encantador, mi niño? - No necesito mucho para estar seguro de que se ha dado cuenta de que Valentín es hijo de Tony.

- ¿Por qué no me dijiste que huías embarazada? - Menos mal que no mucha gente sabe que me quedé con el magistrado, si no mi secreto se pondría en peligro.

- No podía arriesgarme a perder a este niño, Alejandro. Tenía miedo de ella, de la madre, no de él. Ella fue categórica cuando me habló, yo era una mujer simple, incluso ignorante, me intimidó, me metió miedo. Desde mi punto de vista era la mejor solución y ni siquiera pensé mucho en Tony, mi preocupación era el bebé.

- Pero pasaste algunas dificultades por eso. - Alejandro me miró con pesar, sabía que se sentiría herido cuando se enterara de mi omisión.

- Como tú bien has dicho, se acabó. Está en el pasado. De lo que quiero saber es del futuro. Necesito que me digas, sinceramente, si ahora que sabes todo a lo que me enfrenté en Francia, que oculté la verdadera razón de mi huida, nuestra asociación sigue en pie. - Le tiendo la mano.

- Ahora más que antes, Sabrina. - Me coge de la mano y tira de mí para abrazarme. Me dejo abrazar, he estado durante tanto tiempo carente de afecto que cualquier migaja me hace feliz.

- Sabes que no vas a esconder al chico de Tony para siempre.

- No quiero eso, chef. Valentín tiene todo el derecho a saber quién es su padre. Sólo quiero dejar que suceda naturalmente.

- Muy bien, voy a respetar tu tiempo.

- ¿Sabes si está felizmente casado? - No puedo evitar mi curiosidad.

- Eso tendrás que preguntárselo cuando lo veas.
- Espero que tarde un poco.

Quedamos en visitar su nuevo restaurante un par de días después de nuestra conversación y me impresionó mucho el restaurante, que es un poco diferente del anterior, con una nueva distribución, un nuevo aire, mucho más moderno. Debe de haber costado una fortuna. Me cuenta cuáles son sus ambiciones y yo me abro un poco a él, hablándole de mi deseo de tener mi propio restaurante. Nada tan imponente como esto, quizás un bistró. Sé que mis sueños son grandes, después de todo, todavía tengo veintiséis años y estoy empezando a construir mi carrera ahora, pero si no tienes sueños, ¿qué sentido tiene vivir?

Para ayudarme, mi madre se toma unas vacaciones y se queda con Valentin cuando empieza a trabajar, hasta que encuentre una escuela donde meterlo.

Descubro que se me da muy bien organizar las cosas y tenemos fecha para abrir el restaurante antes de lo previsto.



CAPÍTULO 33

La apertura del nuevo restaurante del chef Alejandro, en el que trabajo como *sous-chef*, tarda exactamente treinta días. Vitor sigue siendo el *sous-chef* de Alejandro y el primer restaurante queda cerrado para que la apertura pueda tener a su chef trabajando en plenitud. Naturalmente, toda la familia Melhado acudió al evento de su chef favorito y yo ya estaba preparada para esta primera batalla.

Ahora mismo, en el centro de la cocina del nuevo restaurante, estoy más nerviosa que el propio chef, porque por supuesto no iba a dejar fuera de la carta de apertura un menú degustación firmado por mí. Me entristecería que eso ocurriera y, modestia aparte, el menú degustación es increíble. Todos los que han estado comiendo y juzgando toda la semana se han atrevido a decir que le robaría el protagonismo al jefe.

Cuando empieza el servicio, no tengo tiempo para pensar en otra cosa que no sea preparar los platos. El equipo reunido está bien alineado, con algunos ayudantes de la otra unidad, y no hay errores de ejecución en la cadena de producción. Mi menú degustación es el segundo entrante, después de la ensalada del *chef* y antes del plato principal, que es el magret de pato.

Elijo una especie de comida de bar brasileña con un toque francés: *Bruschetta*, *steak tartare* y crepe francés salado, todo finamente decorado. Hay cincuenta personas en la sala y quiero que sólo una disfrute del sabor. Monto mi último plato y salgo cinco minutos para respirar. Tony me roba el aliento sólo con estar en la misma habitación.

Oigo que alguien abre la puerta y me doy la vuelta, pensando que ya hay alguien de la cocina detrás de mí. Lo hay, pero no de la cocina.

- Bonsoir, Sabrina. - Mi corazón late fuerte. Maldito hombre hermoso.

- Buenas noches, Dr. Melhado. - Por dentro el corazón me estalla en el pecho, por fuera parezco la Torre Eiffel, fría como el hierro fundido. No sé cómo consigo mantener la pose de que me importa un cacahuete.

- Necesitaba ver por mí mismo si fuiste tú quien hizo el increíble plato que me comí.

- ¿Me has reconocido en él? - Me evalúa de pies a cabeza y me siento desnuda ante su impetuosa mirada.

- Su sazón es inconfundible, morena. - Está más guapo de lo que recordaba, también está más delgado y parece más arrogante. Cuando me llama morena, ese fuego que llevo dentro se reaviva. Sólo que ahora es un hombre casado. Y con un hombre casado no quiero ni hablar.

- Tengo que entrar para empezar el nuevo plato, disculpe. - Camino hacia la puerta y me detengo cuando habla:

- He oído que tienes un hijo. - Me tiemblan los labios al responder.

- Sí, un regalo que me ha hecho la vida. También me he enterado de que te has casado. Enhorabuena por la boda. - Le miro.

- Estás aún más sexy, más guapa, una mujer espectacular. Sigo deseándote, Sabrina. - Mi

sexo se hincha ante su voz ronca y llena de lujuria. Un hombre cruel y directo, nada ha cambiado en ese sentido.

- No salgo con hombres casados. - Le cierro la maldita puerta en las narices. Si quería desestabilizarme, lo ha conseguido. No en la cocina, porque ya domino ese arte. Se metió con mi corazón, que no estaba preparado para ser atacado en el primer encuentro y con un alto nivel de lujuria, como si no hubieran pasado dos años desde nuestro último encuentro.

Como había acordado con Alejandro, me fui en cuanto servimos el último plato de postre. Aunque todos saben que he vuelto, prefiero no encontrarme con ninguno de estos arrogantes. No sé si podré callarme ante las mentiras que tuve que inventar para escapar de este amor.



CAPÍTULO 34

Todos los viernes, desde que abrió el restaurante, el magistrado cena aquí solo. Hace su pedido, el *maître* le guía y cena con una copa de vino. Suelo preparar su plato, él come con gusto, se queda un rato, paga la cuenta y se va.

Sé que está esperando a que yo dé el primer paso. Si quiere jugar, podemos jugar los dos, no puedo estar a la defensiva todo el tiempo. Así lo verá como debilidad por mi parte y lo último que quiero es parecer débil.

Hoy hace el mismo ritual, sólo que esta vez le llevo yo misma el plato a la mesa.

- Disculpe, su pedido, señor. - Me señala la silla y me siento frente a él.

- Has tardado mucho en venir, Sabrina. Pensé que me harías hartarme de tu sazón. Aunque tardaría toda una vida en hartarme, si es que alguna vez eso ocurre.

- ¿Qué quiere, doctor? - Pregunto sin rodeos.

- Hace algún tiempo, dijiste que podríamos ser amigos. ¿Lo recuerdas?

- Sí, lo dije. - Fue la noche que rompimos lo que sea que tuvimos en el pasado.

- Bueno, los amigos se tutean. Así que te agradecería que me llamaras Tony.

- ¿A dónde quieres llegar con esta conversación, Tony? - Hago hincapié en su nombre.

- ¿Quieres la verdad, morena? - Tony estudia mi paciencia y mi apodo escurre como la miel de sus labios. Sabe muy bien cómo llegar a mí.

- No sé cuál es la verdad, pero sea como sea, no me parece bien.

- Es más fuerte que yo, Sabrina. Necesito que me digas que te has enamorado del padre de tu hijo, o lo que sea, que te has olvidado de mí, que no quieres que te haga el amor como a ti te gusta y te prometo que me iré. - Me acerco más a él y bajo el tono de mi voz.

- Así que presta atención, sólo te lo voy a decir una vez. Estoy muy enamorada del padre de mi hijo. Esa es la verdad absoluta y nada de lo que digas lo cambiará. Es más, eres un hombre casado y debería darte vergüenza decirme eso. Por suerte para ti, soy una amiga, así que no me lo tomaré como una ofensa. - Sus ojos se abren de par en par, no está programado para ser ultrajado.

- Qué demonios, Sabrina. ¿Me desmontas así, maldición? - exclama, dando muestras de nerviosismo.

- Baja la voz, estás en mi trabajo -le advierto.

- Lo siento, tienes razón. Es que has vuelto más guapa, más mujer, más buena, la maternidad te ha dado un aire de superioridad y eso me atrae aún más. - Intento quejarme, pero él me detiene.

- Sé lo que vas a decir otra vez: Soy un maldito hombre casado. Mi matrimonio fue un error. Nunca he sido feliz en esta unión. Ella quiere ser madre y no puede hacerlo, siempre está calculando la hora y el día para tener el puto sexo. Soy un hombre de principios, y cuando hago un compromiso, lo mantengo. Es sólo que sueño con nuestros momentos más a menudo de lo

que me gustaría. Lo que pido es sólo un intercambio de cumplidos entre amigos. - Me conmueve su sinceridad. Sufre las consecuencias de una relación sin amor. Eligió casarse por conveniencia y siente lo frustrante que es emocionalmente. En ese momento, recuerdo que Alejandro me dijo que él sentía algo por mí y, mirándolo ahora, creo que tenía razón. Tony sufre por amor y eso es un golpe para mí. Yo también intento responder con la verdad.

- Tony, si te diera sexo hoy, ¿cómo sería mañana? ¿Y pasado mañana? El buen sexo es adictivo. Lo tienes hoy y lo quieres otra vez mañana, por eso existen las relaciones. Yo sería capaz de apaciguar tus deseos hoy, pero entonces ¿quién va a apaciguar mis deseos cuando no estés a mi lado? No es así como funciona.

- ¿Todo esto es para decir que no quieres coger conmigo?

- Ya que estamos siendo honestos y somos amigos y todo eso, realmente me gustaría acostarme contigo hoy. No he tenido sexo desde que... el padre de Valentin se fue. Sabes que, aún con pocas relaciones, me gusta un buen sexo.

- Basta, Sabrina. Esta conversación no me hace ningún bien, tengo que irme. - Me levanto de la mesa.

- Yo también creo que es mejor. Ese plato que apenas revolviste va por cuenta de la casa.

- Pensar que tu coño está sin tocar por un tiempo me hace muy bien. - Recojo la bandeja y empiezo a recoger la mesa, intentando ignorar la sensación de picor que sus palabras me provocan en la piel. Buenas noches, nena.

- Incluso podría ayudarte. Puedes volver a casa y cogerte a tu mujer, a lo mejor se queda embarazada. - Me agarra del brazo con fuerza y me susurra al oído:

- Quiero acostarme contigo, Sabrina. No será hoy, quizá ni siquiera mañana, pero un día cederás, puedes estar segura. Ni siquiera te he dicho cuánto me gusta el nombre de tu hijo. Valentín... gran elección. Gracias por la cena. - Tiro de mi brazo.

- Cuídate, Tony. - Vuelvo a la cocina sin mirar atrás. No puedo flaquear.



CAPÍTULO 35

- ¿No tienes prisa por llegar a casa hoy, Sabrina?
- Siempre tengo prisa, *chef*. Es que mañana quiero probar una receta de tiramisù y necesito conseguir los ingredientes. No te preocupes, cerraré y Silvio me ayudará.
- Está bien, me voy porque Ivi está llena de antojos hoy. Que Dios te bendiga y no tardes.
- Saldré enseguida, sólo necesito encontrar algo. Que Dios te acompañe. - Alejandro se va y no encuentro el queso mascarpone. Abro la nevera, no lo encuentro y me agacho a mirar en la nevera del mostrador. Oigo el portazo de la puerta principal.
- ¿Has olvidado algo para que coma Ivi, *chef*? - Tardo un rato en encontrar el queso en esta posición y, como no contesta, me levanto y me encuentro con un par de peligrosos ojos azules que me miran fijamente con esa mirada depredadora que conozco demasiado bien. El cínico aún lleva un ramo de flores en las manos.
- ¿Tony? - Mi mirada se posó en él, vestido con su mejor traje. El mismo traje que llevaba todos los días al salir de su casa, bajando las escaleras, y yo salivando a la puerta de su coche para transportarlo.
- Ojalá lo hubiera olvidado, pero no puedo olvidarlo. - Le doy la espalda, apoyándome en el mostrador metálico. Se me agita el pecho y no quiero que vea en mis ojos lo mucho que me sigue perturbando.
- Rápidamente reduce la distancia que nos separa y casi toca mi cuerpo. Cierro los ojos aunque soy consciente de su olor y su respiración cercana.
- Tengo que irme, Tony. ¿Qué quieres aquí? - Me pasa los dedos por la nuca, me alisa la piel y su tacto es cálido. Esa es exactamente la diferencia entre él y los hombres de mi edad. No necesito mirarle, su tacto es suficiente para recordarme lo que puede hacerle a mi cuerpo.
- Necesito sentir tu calor. Necesito desesperadamente besar tu piel. - Me besa varias veces en el cuello, muy leves, breves, que me ponen la piel de gallina. - Te he traído flores. - Ponlas sobre la encimera. Son hermosas y perfumadas.
- Siente lo que me haces. - Pon su miembro duro contra mi culo y frótalo. Mis piernas se ablandan al instante y mi cuerpo se rinde. No se detiene, me susurra al oído:
- Quiero chuparte todo el cuerpo, muñeca. Empezando por tus pechos perfectos que sé que no han cambiado con los años, ahora están completamente encendidos. - Como para probar su punto, los aprieta sobre mi ropa y confirma. No puedo salir de aquí, parece que estoy pegado al suelo.
- Tony, eres un hombre casado. Tengo mis principios, por favor. - Intento, sin mucho éxito, convencer a mi cuerpo traidor. Hay tantos sentimientos ligados a su tacto, a su voz en mi oído, al calor que emana de su piel.
- Yo también los tengo, Sabrina. Eso es... - Me rodea la cintura con los brazos y vuelve a frotar su polla cachonda contra mí. - Estoy excitado, y solamente me excitas tú. Déjame

mostrarte cuánto me dominas. - Me da la vuelta, en mi frente está escrito que voy a ceder.

Maldito cuerpo traidor.

Me quita la gorra y me suelta el pelo.

- Ah... morena. Me encanta tu pelo. - Me lo arregla y abre los botones de mi dolman sin apartar sus ojos de los míos. Respiro con dificultad.

Cuando abre el último botón, mira mi sostén rosa bebé bordado en encaje y ve mis pezones tal como dijo. Hinchados. Coge uno por encima del encaje y lo muerde. No reacciono, me muerdo los labios, sintiendo un sinfín de sensaciones. Me quita el brasier y con ambas manos lo cubre. Encajan a la perfección, parecen haber sido moldeados para estar ahí.

- Echo de menos tu piel, tu olor. - Cierro los ojos, dejándome llevar por la caricia de su voz. Me doy cuenta de que he cedido, pero no lo pongo fácil. Parece que si no participo, mi pecado será menor. Me desabrocha los pantalones y me baja las bragas. Me levanta, me coloca sobre el frío acero inoxidable y yo gimo.

- Voy a calentarte, nena. - Su boca desciende por mi cuerpo, reconociéndome junto a sus manos. Es delicioso sentir sus manos alisando mi piel, mi vientre, mis muslos. Tony abre mis piernas y se hunde en mi sexo. Es como volver a casa, una sensación de plenitud. Su boca me llena de placer. Me entrego, ya que estoy en pecado, me permito satisfacer mi deseo por completo.

- Ahí está... Tony. Eres bueno en esto. No pares... - No para, le agarro la cabeza con fuerza hasta que me rindo al torrente de sensaciones que me produce su boca. Tiene la cara toda mojada y usa la lengua para lamer la miel que gotea en su boca. Joder...

Luego mira a su alrededor, buscando un lugar cómodo para hacer lo que su mente perversa desea. Me arrastra al sofá de una de las mesas del restaurante.

- Quiero mirarte mientras te cojo. Móntame, muñeca. - Antes de que pueda decir nada, saca un condón del bolsillo de su chaqueta. Me doy cuenta de que sigue vestido.

Culpa mía.

Le quito la chaqueta y la corbata, abro los botones de la camisa y aprecio su pecho desnudo.

- Sigues siendo un pervertido, Tony. - Sonríe.

- Siéntate en mi miembro, Sabrina. - Beso su pecho claro y musculoso y le agarro el pelo rubio. Huelo a este hombre, araña su piel. Ah... Echo de menos todo esto.

- Ponte el condón que yo me sentaré. - Tony se sienta en el sofá, se baja la cremallera y saca su monumento. Al mismo tiempo que salivo, intento contenerme, esto no me pertenece. Desliza la funda y apoyo las rodillas en un lado. Tony me agarra el culo y se desliza lentamente hasta que me penetra por completo.

- Joder, sigues tan apretada y caliente como la recordaba. - Cierra los ojos en éxtasis. - No duraré mucho. - Empieza a moverme hacia abajo y hacia arriba, rítmicamente, hasta el fondo.

- Dura todo lo que puedas, dura todo lo que puedas, porque esto es el paraíso y estar en el paraíso sólo ocurrirá una vez. - Cierro los ojos, viajando a un tiempo en el que sólo éramos el uno para el otro y no podía ver a nadie más. Toco su cara, aliso su pecho, froto mis manos por su cuerpo, cartografiando a mi hombre una vez más. Mi amor sigue siendo fuerte y ardiente, es como si nunca nos hubiéramos separado.

No quiero intimidad, está mal lo que estamos haciendo, pero no puedo resistirme a sus ojos azul oscuro, al sudor que se acumula en su frente, al sonido de nuestros sexos al juntarse y beso su boca que tanto anhele.

Tony llega al éxtasis y eso no importa tanto como nuestro amoroso beso. Años de anhelo, de deseo reprimido, de voluntades desgarradas. No quiero dejar ese beso nunca más.

Mi cuerpo se relaja, comprendiendo que la locura ha llegado a su fin. Lucho por zafarme del beso y me duele el corazón cuando me separa los labios. Me despego de él con rabia, cojo la ropa de la encimera y me la pongo rápidamente.

Me apoyo en la encimera y me cruzo de brazos, un poco avergonzada. Nunca quise engañar a nadie, ni siquiera a un matrimonio fracasado.

- ¿No era eso lo que quería, magistrado? ¿Humillarme? - me interrumpe.

- ¿Para demostrar que cederías? ¿Cree que todo fue premeditado? Fue más que eso. Quería demostrar que nuestra química sigue siendo perfecta. Es mejor, has mejorado mucho, estás más buena, me coges como nadie.

- Realmente no tienes arreglo. Te has follado a la criada, ahora vete. Acuéstate con la patrona.

- No estropees este delicioso momento con conversaciones innecesarias, Sabrina. Hazme un dulce, tengo antojo de tu comida. - Sonríe relajado, en el sofá del restaurante, aún sin camiseta. Por mucho que quiera mandarle a la mierda, abro la nevera y cojo una *panna cotta* que está en el molde. Elijo la vajilla que combina mientras él se pone la camisa. La desmoldo perfectamente y vierto un poco de sirope de frutos rojos por encima. Coloco el plato delante de él y grito:

- Come y vete, Dr. Melhado. El restaurante cerró hace una hora. Sabe que tengo un hijo esperándole en casa. - Coge su plato y empieza a comer, en silencio, solo mirándome recoger mis cosas.

- Cocinas de maravilla, Sabrina. De verdad, tu cocina es de primera. Llegarás lejos, pronto tendrás tu propio restaurante.

- Volví a Brasil en busca de este sueño y tengo muchas ganas de conseguirlo.

- Estoy seguro de que lo alcanzarás, y más rápido de lo que crees. - Se levanta del sofá, se abrocha unos botones de la camisa y se echa la chaqueta a la espalda. Me sonrío. Así, hermoso y deslumbrante, babeo por este hombre, aunque no sea mío y nunca lo haya sido realmente.

- Adiós, nena. Cuídate. No te culpes por lo que hemos vivido aquí, yo soy el pecador. - Se acerca a mí y me besa apasionadamente. Me agarro a su camisa mientras él me rodea con una mano. Respira hondo, me besa en la frente y se va.

Me quedo aquí, enamorada, viendo a este hombre poderoso salir por la puerta una vez más. Recojo las flores que me ha traído y las huelo.

Recojo mis cosas y cierro el restaurante con el guardia de seguridad. Su coche sigue aparcado detrás del mío. Lo meto todo de cualquier manera y arranco, con los neumáticos chirriando, en dirección a mi casa.

Por el camino, reflexiono sobre por qué me entregué a él de nuevo. Maldito deseo. Tony de nuevo en mi vida es demasiado arriesgado y no quiero estar con un hombre casado, va en contra de mis principios cristianos. Aparte de Valentín, perderé todo lo que he conseguido si esa mujer sospecha. Tengo que acabar con esto de una vez por todas.

Llego a casa, guardo mis cosas, me doy una ducha y me tumbo en la cama, viendo a Valentín dormir profundamente.

Es tan guapo, tan parecido a su padre.

Quiero a mi hijo y puedo hacer cualquier cosa por él. Quiero que Tony forme parte de su vida, y para ello tengo que tener el valor de afrontar la amenaza de su madre. No me siento

cómoda ocultando algo tan importante, algo que cambiará su vida y, sobre todo, la vida del niño. Tengo que enfrentarme a mis miedos.

Dejé eso a un lado para recordar cada momento de él dentro de mí. Nada ha cambiado o todo ha cambiado, no lo sé. Sonríó para mi misma. Él es un hombre como pocos. Su aura de poder me encanta, su edad me da seguridad, sabe dar placer y volverme loca, hasta el punto de entregarme a un hombre casado.

Pues... ya lo quiero otra vez. He dicho que el sexo con el amor de mi vida es adictivo. Ni siquiera puedo relajarme, queriendo besar esa boca de nuevo.

- Lo sé, Dios. Es un hombre casado. ¿Soy una pecadora por seguir con él? Vale, sé que soy culpable. Lo admito y prometo que no volveré a caer en la tentación. Prometo que lo intentaré.

Valentín refunfuña, le cubro los piecitos y se calma.

Me relajo, cierro los ojos y le pido perdón a Dios antes de irme a dormir.



CAPÍTULO 36

Cuando salgo de casa un lunes, el conductor no me espera con la puerta abierta como todos los días. Está apoyado en el lateral del coche riéndose de algo que está viendo en el celular y ni siquiera se fija en mí.

- Buenos días, Benito. - Se sobresalta al oír mi voz.

- Mil disculpas, doctor Melhado. Estaba viendo un vídeo de Valentín que me acaba de enviar Sabrina. ¿Puede creer que ya camina? - La curiosidad se apodera de mí y ésta es mi primera oportunidad real de conocer a su hijo, aunque sea en vídeo.

- ¿Puedo verlo?

- Claro, lo pongo otra vez. - Me pasa su celular y pulso el play. El vídeo comienza con ella hablando con su padre.

- *Mira, papá, lo que está haciendo tu nieto.* - Está vestida con aquella camiseta de Mickey y me deja sin aliento cuando la veo. Cuando enfoca al niño dando sus primeros pasos, tratando de alcanzar su teléfono móvil con una sonrisa en la cara, algo sucede dentro de mí. Retrocedo en el tiempo, abro mi álbum de fotos de cuando era pequeño. Veo una copia de mí mismo, con la piel pálida, los ojos tremendamente azules e, increíblemente, la misma forma de peinarme.

Madre mía. Miro aturdido hasta el final del vídeo. No puedo creer que esto me esté pasando a mí. El hijo que tuvo en Francia es mío. Ella me escondió a mi hijo. Huyó con un niño en el vientre, eso es inaceptable y voy a averiguar por qué. Le devuelvo el celular y Benito ni se da cuenta.

- ¿No es una belleza, doctor? - sigue preguntando inocentemente. Probablemente no tenga ni idea de que soy el padre de su nieto.

- Sí, Benito, es tan guapo que quiero conocerlo en persona. Vamos a tu casa ahora. - Me meto en el coche y cierro la ventanilla de comunicación. Sé que no entiende nada, pero no hace ninguna pregunta y arranca el coche.

De camino, hago algunas llamadas, cancelo mis citas del foro y empiezo a rellenar algunos huecos vacíos. En primer lugar, ella abandonó la relación de una manera muy arbitraria, luego desapareció durante mucho tiempo, correlacionando algunos de sus comentarios y actitudes. Solo no entendí por qué me mintió y me lo ocultó. ¿Pensó que yo sería un imbécil y no reconocería al niño como mío?

El coche se detiene delante de su casa y no espero a que abra la puerta. Necesito respuestas inmediatas.

- Vamos a darle una sorpresa, Benito. Abre la puerta de tu casa. - Digo con voz de mando y él la abre, aún desconfiado, y la llama.

- ¿Sabrina? ¿Sabrina? - Es la primera vez que entro en su mundo. ▯

- Hola, papá. - Entra en la habitación con el niño en su regazo, todo embadurnado de algo amarillo y pegajoso. - No te creerías lo que Valentín tiene entre manos ahora... - Su frase se

queda a medio camino, junto con su sonrisa, cuando me ve. Sonríe con nerviosa expectación.

- ¡Sorpresa! - Se calla y el ambiente se llena de una emoción desconocida.

Por un lado, un abuelo que no entiende gran cosa. Por otro, una mujer pálida, desesperada por haber sido sorprendida mintiendo; por otro, un hombre totalmente conmocionado por la impactante verdad que tiene delante de sus narices.

Valentín, en su total inocencia, me tiende los brazos, sonriendo y pidiéndome que lo abrace.

Aunque me siento inseguro, hago lo correcto y cojo al chico en brazos. Sabrina sale de su burbuja de incredulidad y reacciona equivocadamente.

- Le va a ensuciar la ropa, doctor Melhado. - Quiero gritarle, pero me contengo, no quiero asustar al niño.

- Me llamo Tony, Sabrina - le digo siseando. Me siento en el sofá más cercano, porque no sé si podré seguir de pie. Hago un reconocimiento de pies a cabeza a mi hijo, tocando su piel de bebé con los dedos, mientras el niño travieso se limpia la mano sucia de mango en mi caro traje.

Me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. Es como un espejo de mí mismo. El chófer pregunta un poco alterado:

- ¿Qué está pasando aquí? - Sabrina intenta calmar al hombre.

- Papá, te lo explicaré más tarde. ¿Podrías dejarnos solos un rato? Necesito hablar un momento con... Tony. - Justo en ese momento, se abre la puerta y entra una mujer cargada de bolsas.

- ¿Qué hace Benito en casa a estas horas, Sabrina? - En ese momento, me ve sentado en el sofá con Valentin en el regazo y mira a Sabrina.

- Oh... Lo siento, Dr. Melhado. No sabía que estaba aquí. - Me mira a mí y a Valentin en mi regazo, sus ojos reconocen las similitudes. ¡Una mujer es más perceptiva que un hombre!

- Ayúdame, marido. - Recoge las bolsas. - Le prepararé café. Pásame a Valentín, mira, tiene el traje todo sucio. Ese niño es muy travieso. Estamos en la cocina, hija, puedes ponerte cómoda. - Intercambia miradas con su hija y se va, dejándonos solos.

- Parece que tienes mucho que explicar, Sabrina.

- Sabía que este día llegaría, sólo que no estaba preparada psicológicamente.

- A la mierda tu psicología, ahora me preocupa la mía. Quiero saber por qué me ocultaste al niño y, sin rodeos, por favor. Ahora mismo no tengo paciencia. - Está nerviosa, puedo ver una vena latándole en el cuello.

- ¿Podemos hablar en mi habitación? No quiero que me oigan mis padres.

- Entiendo. - Sé lo importante que es la familia para ella y la sigo. Nunca he estado físicamente en esta casa, pero conocía su habitación virtualmente. Veo su cama junto a la cuna de Valentín y sus juguetes encima.

- Valentín es muy desordenado, lo deja todo tirado por la casa. - Me siento en su cama y espero.

- Mira, Tony, todo lo que ha pasado estos años ha sido muy difícil para mí. Nuestra relación estaba condenada al fracaso, sabía que no serías mío, que éramos de mundos diferentes y, sin embargo, no pude resistirme a lo que me ofreciste. Fue bueno para mí, me enseñaste muchas cosas, nuestro tiempo juntos fue productivo. - Ella toma aire y espero.

- Cuando me enteré de que estaba embarazada, en gran parte por tu culpa, sabes que nunca me descuidé, surgió la oportunidad de estudiar en el extranjero, gané una beca de intercambio de la escuela en la que estudiaba y me di cuenta de que era mi oportunidad de dejarte vivir tu vida.

- No podías ocultarme al niño, Sabrina. No fue hecho sólo por ti. - Aunque no quiero discutir, no puedo ignorar su actitud.

- No tenía muchas opciones, Tony.

- Todo el mundo tiene derecho a elegir, siempre que no perjudique a su prójimo. Aunque no pudiera quedarme contigo, no dejaría que le faltara nada. - Me exaspera lo que dice, no tenía derecho.

- No estaba segura, sólo estábamos teniendo sexo. Ni siquiera te conocía bien. Yo era tu puta privada, la que llevabas a tu departamento de soltero y utilizabas para el sexo, pero a la que nunca se veía en un lugar público a tu lado. - Me callo, sorprendido por el desprecio y la amargura que oigo en su voz. Nunca había dicho eso antes.

- Nunca te prometí nada.

- Así que no puedes exigirme nada. Me gustaría que me entendieras y me perdonaras. Viví este momento sola, en un país extraño, sin mucho conocimiento de la vida y sin un amor que me cogiera de la mano, pagué un alto precio por esa elección. - Las lágrimas ruedan por su rostro y me duele su dolor, sólo que en este momento tengo otros sentimientos más exacerbados.

- No te perdonaré, Sabrina. No te perdonaré que me hayas quitado, el primer año de vida de mi hijo, sus primeras acciones como ser humano, pero durante los próximos años será mi responsabilidad. Quiero la custodia de Valentin. - Me sujeta del brazo mientras me levanto.

- Alejar a mi hijo de mí me destrozará, ¿es eso lo que quieres? - El miedo se apodera de su mirada y no me importan sus deseos.

- Mis abogados te estarán buscando. - Salgo corriendo de su habitación y me topo con sus padres en el salón, con el niño junto a ellos. Me agacho cerca de Valentin y él me rodea el cuello con los brazos. Lo aprieto contra mi pecho sin poder decir una palabra, estoy demasiado emocionado. Me levanto y adopto la postura del magistrado.

- Buenos días, señora. ¿Nos vamos, Benito? Me voy a casa. - Aún contra su voluntad, me lleva a casa. No rechazo sus servicios, después de todo, no estoy en condiciones de conducir. Cierro la comunicación para evitar palabras crueles que hagan inviable nuestra relación. Cuando llego a casa, tomo una decisión.

- Tomate la semana libre, Benito. Hablaremos después, ahora podríamos lastimarnos mutuamente.

- Muy bien, Dr. Melhado.



CAPÍTULO 37

Cuando abro la puerta, lo último que necesito son las dos mujeres más molestas sobre la faz de la tierra alterando mi vida.

- ¿Estás en casa a estas horas, amor? - pregunta Caroline, toda dulce.
- ¿Ha pasado algo en el juzgado, magistrado? - Mi madre, preocupada por mi reputación.
- ¡Basta ya! Al diablo con ustedes dos. - Las dos me miran sorprendidas. Sería cómico si no fuera trágico. El siempre controlado juez nunca gritó groserías en la casa.

- ¿Qué pasa, Tony Melhado? - me pregunta mi madre con la mano en el pecho.
- ¿Te parece extraño, mamá? ¿Nunca has hecho o dicho nada malo, o indigno, con tanta pose? Estoy harto de que se metan en mi vida, ¿me entienden? - Subo tres escalones y me detengo. - ¿Saben lo que han hecho atándome a este matrimonio sin amor? - Lo saco todo a la luz. Este dolor que me oprime el pecho.

- Me perdí el nacimiento y el primer año de vida de mi hijo.
- ¿Qué estás diciendo, Tony? - grita Caroline.
- Eso es lo que acabas de oír, baby. Tengo un hijo con Sabrina, que huyó de mí cuando se enteró de que estaba embarazada, pensando que yo era una escoria desalmada que le negaría un hijo fuera del matrimonio. Un hombre tan honorable, tan recto, siendo juzgado como un desalmado hijo de puta. - No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que las lágrimas corren por mi cara.

- ¿Qué dices, Tony? - me pregunta mi madre, un poco más suave. Me seco las lágrimas que insisten en rodar por mis mejillas sin control. No recuerdo haber llorado así después de la muerte de mi padre, cuando aún era un niño.

- Eso que has oído. Tengo un hijo fuera del matrimonio, así que, Caroline, no soy estéril, afortunadamente. Mi hijo, Valentin, tiene un año y me perdí su nacimiento por una unión entre familias de sangre noble. Ese matrimonio no te trajo nada, mamá. Tu heredero no tiene sangre azul. Por sus venas corre sangre de pobre. La sangre de la mujer que amo y que me haría feliz si hoy estuviera a mi lado. - Ahora me toca a mí callarme.

Nunca me había dado cuenta, ni siquiera a mí mismo, de que la amo. Eso es, Sabrina es el amor de mi vida, por eso vive en mi mente y en mi corazón.

Subo corriendo las escaleras y me encierro en mi habitación.

¡Joder! ¿Por qué Sabrina me ocultó su embarazo?

La mujer que amo y que me daría el cielo si me lo pidiera. ¿Por qué? Tantas cosas pasan por mi cabeza y empiezo a pensar en todo desde que la conocí. Su inocencia me encantó, su belleza me conquistó, su atrevimiento me divirtió. Su forma de afrontar la vida incluso con poco me hizo avergonzarme del mundo de lujo en el que vivía. No vi todas las señales de que ella era más importante para mí de lo que había imaginado. Me aferré a esa idea loca del matrimonio que mi madre me había montado y no me di cuenta de que lo que sentía por ella era amor. ¿Cómo iba

a saber lo que es el amor si nunca lo tuve en casa? Ahora estoy rodeado de mentiras tanto en casa como de la mujer que amo. Amo a Sabrina, eso es un poco loco. Amo a esa mujer y amo a ese niño que hoy he tenido en mis brazos por primera vez. Abro la ventana del dormitorio, dejando que el aire fresco se encargue de llevarse todas las energías negativas de la habitación.

No puedo odiarla, aunque lo intente, y creo que me equivoqué al amenazarla con quitarle al niño. Me llevo las manos a la cabeza. Dios, qué desastre. Siempre pensé que nuestro vínculo era el buen sexo y que el hecho de que fuera mucho más joven que yo aumentaba mis ganas de enseñarle todo lo que sabía. No era por el sexo, era porque ya había un sentimiento dentro de mí más allá de eso. Me volví loco cuando desapareció, cuando descubrí que estaba interesada en otro hombre, cuando viajó sin decir una palabra.

Me casé con Caroline porque nada más me importaba, y ahora comprendo mi apatía. Si ella no hubiera desaparecido de mi vida, nuestra historia sería hoy muy diferente, y estoy seguro de que habría llegado a la misma conclusión que hoy.

Tiene que haber una forma de corregir todos estos errores, pero no sé ni por dónde empezar. Soy un bluff.



CAPÍTULO 38

Sabía que llegaría el día. Sólo que no tenía ni idea de que reaccionaría de forma tan agresiva, y mucho menos que me amenazaría con quitarme al niño. Eso no puedo soportar.

Decido enfrentarme directamente a mis padres. Aparezco en el salón y cojo a Valentín en mi regazo, haciéndole cosquillas.- ¿Dónde está papá, mamá?

- Ha ido a llevarse a la bestia y ha salido con cara de león escapado de su jaula. ¿Por qué has huido de él, hija mía? Parece un buen hombre.

- Ah... Mamá. No tuve más remedio. - Le cuento toda nuestra historia desde el principio, omitiendo sólo las tórridas escenas de amor. Ella escucha sin interrumpir y luego da su veredicto.

- Yo también te habría protegido si te hubieran amenazado. Hiciste lo correcto, Sabrina.

Ahora tendrá que asumir las consecuencias de sus actos.

- No quiero pensar que pueda alejar a Valentín de mí. No pensé que Tony reaccionaría así, no es propio de él.

- Se fue de aquí molesto, debe haber dicho cosas de las que se arrepiente. Cálmate, hija. Ten en cuenta que él es poderoso y nosotros somos gente sencilla, así que creo que es mejor esperar, antes intentará hacer un trato.

- Muy poderoso, mamá. Puede que tenga que huir otra vez.

- Mantén la mente abierta, hija. Las cosas pueden resolverse sin necesidad de acciones drásticas.

- Eso espero, mamá. - Suena el timbre y voy a abrir, preocupada por el rumbo de mi vida y la de Valentín. La última persona que esperaba en mi puerta es la señora Eloise Melhado.

- Necesito hablar con usted. - Abro la puerta enseguida.

- Hoy esta casa está más concurrida que el Palácio do Planalto. Entre, entre y compruebe usted mismo si su estimado hijo está siendo engañado una vez más por una pobre mujer trabajadora. - Entra y ve a Valentín jugando con sus cochecitos. Mi madre me mira fijamente.

- Esa es la madre de Tony. Esa es la mujer que pagó mis estudios en el extranjero, sólo que no sabía que tenía un heredero en mi vientre. ¿Qué quieres aquí? - No contesta, se agacha y coge a Valentín.

Para no sorprenderme, cierro la puerta con llave.

- Es encantador. Mira, tiene el mismo pelo que Tony. Y esos ojos, tan curiosos como cuando a Tony le regalaron un juguete. - Ella se sienta en el sofá con el niño en el regazo. Yo me siento en el sillón de enfrente, atónita por su petulancia al invadir mi casa. Estoy segura de que quiere ver por sí misma si la cuestión de la paternidad del niño es cierta.

- ¿Le has dicho la verdad? - Comprendí al instante su inesperada visita.

- ¿Está preocupada por su trasero, señora Melhado? - Mi madre me pide que me calme. - A pesar de todo lo que he pasado, de vivir embarazada en un país extraño, ahora soy madre y sé que una madre hace cosas malas para proteger a sus hijos. Yo desde luego no utilizaría su

método, creo que el amor funciona mejor. - Su semblante se alivia, sus acciones están a salvo conmigo. Realmente no entiendo por qué actué así, protegiendo a esta mujer que me lastimó. Tal vez ser madre, vivir lejos de mi familia, sentir lo importante que es tener una familia es lo que me motivó a ocultarle a Tony sus abominables acciones. Nada cambiará el hecho de que sea su madre, pero por unos segundos me di cuenta de que ella podría ser un factor determinante para mí.

- Hoy Tony ha vuelto a casa trastornado. Nunca había visto a mi hijo así, estaba asustada.

- Él es muy diferente cuando está en su compañía. Tú no conoces al Tony que yo conozco. Sólo te pido que no dejes que me quite a mi hijo. No he dicho nada de ti, de lo que me hiciste para sacarme de su vida, y no diré nada mientras me ayudes a mantener a Valentín a mi lado. Estoy de acuerdo en compartir las responsabilidades de padre y madre, sólo que no permitiré que me lo arrebatas porque soy pobre y simple. - La mujer tiene una actitud sorprendente, que me deja sin palabras.

- Te doy mi palabra de que Valentín será tu responsabilidad, hablaré con Tony al respecto. Sabrina, quiero ser parte de la vida de mi nieto, no me quites ese placer. Sé que cometí un error, pensé que mi hijo no sabía dirigir bien su vida, pero hoy he visto que sabe lo que quiere. - Me tiende la mano, que estrecho con firmeza, sellando una alianza en beneficio de Valentín.

- Sello una alianza contigo por el bien de mi hijo. Todavía no me gusta su actitud hacia mí y Tony. No quiero ser su amiga, que quede claro. - Se levanta y entiende que no hay amistad entre nosotras, sólo un acuerdo que nos beneficiará a ambas.

Cuando se marcha, pienso en nuestra conversación. ¿Es posible que esta mujer, la misma que me echó de aquí hace dos años, esté de mi parte y no de la de su excelentísimo hijo?

Eso espero, por el bien de Valentín. Porque si es necesario, volveré a Francia y nadie sabrá nada de nosotros. Llamaré a Alejandro y le diré que hoy no puedo encargarme de la cocina. No le diré todavía que Tony ya sabe lo de su hijo, esa es una conversación que tengo que tener en persona.



CAPÍTULO 39

Caroline llama a mi puerta un rato después.

- ¿Tienes un minuto, Tony?

- Pasa. - Me he dado un largo baño y estoy un poco más centrado. - Te pido disculpas por mi arrebatado de hace unas horas, estaba bajo presión y les grité. No tengo por costumbre hacerlo.

- Entendí el momento. Has recibido una cantidad excesiva de información. Llevo tiempo siguiendo tu falta de interés en nuestro matrimonio. Casualmente, desde que esa chica volvió de Europa. - Bueno, al menos Caroline me ahorra algunas explicaciones.

- No debería haberme casado contigo. Esa es la verdad, le duela a quien le duela.

- No comparto tu forma de pensar. Quería que nuestro matrimonio fuera real, pero desde nuestro acuerdo de relación abierta, me di cuenta de que no sentías nada por mí. Terminé poniéndome en ese lugar indeseable. Yo no quería estar en ese lugar, Tony, es muy triste.

- Ni siquiera sé qué decirte.

- No digas nada, he venido a despedirme. - Amenazo con hablar, pero no me deja. - Hoy me he dado cuenta de que nuestro matrimonio fue un error, te quiero, a mi manera, pero nunca me quisiste. Intenté ser como ella, aceptar cosas en la cama que no me convenían, pero nunca fue tan arrebatador como he visto que sientes por Sabrina. No podría funcionar, somos diferentes en prácticamente todo. Sé que no eres estéril, Tony. Yo también puedo tener hijos. Mentí sobre querer hijos por tu madre, que no dejaba de presionarme, pidiendo herederos. No quiero hijos con un hombre que no me ama, sólo para que esté conmigo por obligación, al menos no ahora, y sabía que si no hacía algo, este matrimonio ni siquiera tendría sexo.

- Nada que nazca de la mentira florece, Caroline.

- Tienes razón. No creo que Sabrina sepa que la amas.

- Para ser honesto, yo sólo me dí cuenta hace unas horas.

- Así que te daré un consejo. Ni sueñes con quitarle al niño, Tony. Ese amor puede convertirse en odio cuando te metes con su hijo. Mira a tu madre, por ejemplo. Ella consiguió separaros a los dos. - Levanto una ceja, sin entender lo que dice.

- ¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver mi madre? - Se levanta de la cama.

- ¿De verdad crees que Sabrina ha ganado un curso en Francia con todos los gastos pagados? Eres un magistrado, debería ser más inteligente. Espero que ustedes se entiendan. No estoy enfadada contigo, pero aún no sé cómo me siento con todo esto. - Salgo de la cama y camino con Caroline hasta su coche. Sólo se lleva unas pocas cosas, ya que enviará a alguien a recoger el resto más tarde. Estoy atrapado en una mezcla de sentimientos, triste porque no funcionara, aunque sabía que nuestra relación no funcionaría, nunca se basó en el deseo y el respeto mutuos. No puedo mentir que no me siento aliviado por dejar este matrimonio fracasado. Caroline me deja confundida, después de todo, ¿qué es verdad y qué es mentira en todo esto?

Ah... Voy a averiguarlo, o no me llamo Tony Melhado, el juez más despiadado de Río de Janeiro.

Y el primero en ser interrogado será mi amigo Alejandro. Él debe ser la clave de todo este misterio. Sabrina siempre ha confiado mucho en él.

Estoy esperando a mi amigo en su sala de estar, cuando baja las escaleras totalmente tranquilo en pantalones cortos y camiseta.

- Cuando me dijeron que Tony Melhado estaba aquí, no me lo podía creer. ¿Cuántas veces le he invitado a tomar una cerveza conmigo y nunca ha aparecido?

- Creo que necesito esa cerveza y probablemente algo más fuerte. - Su mujer baja las escaleras mostrando una barriga muy grande. Me duele el corazón por no haber visto a Sabrina así.

- Amor, ¿puedes traernos una cerveza? - La abraza y le acaricia la barriga.

- Pondré a enfriar un poco más, cariño. Te las traeré pronto. Siéntete como en casa, Tony.

- Felicidades por tu familia. Ni siquiera sabía que ibas a ser padre.

- La vida tiene sus sorpresas.

- ¿Sabías lo de Valentin? - Se sienta frente a mí.

- Eres rápido, amigo. Sólo me enteré de lo del chico cuando ella regresó.

- ¿Por qué no me lo dijiste?

- Tony, es el secreto de Sabrina, no podía invadir su privacidad. Soy su amigo, pero esto va más allá de nuestra amistad. Si lo hubiera sabido cuando ella viajó, podría habértelo dicho.

- ¿Pagaste ese viaje y el curso en Francia?

- ¿No te lo dijo?

- Dijo que le habían dado una beca, pero eso es muy extraño porque este curso es muy caro de financiar para una escuela pequeña.

- ¿Tienes alguna sospecha?

- Sí, pero no quiero creer que ella me haría esto. Y lo que es peor, ¿por qué Sabrina la protegería, sobre todo ahora que lo he descubierto todo? - Ivi entra con la cerveza y dejamos de hablar un rato. Abro la mía y bebo un sorbo de la propia botella. Ella pide permiso y yo le sigo con la mirada.

- Sé lo que estás pensando, Tony. Valentin no será el único. Volviendo a Sabrina, intenta abrir tu mente y pensar. Ahora es madre y sabe que una madre, aunque se equivoque, hará cualquier cosa por su hijo. Cuando digo cualquier cosa, me refiero a enfrentarse a un país desconocido, con gente extraña, embarazada y con miedo. Herida y sin amor.

- Cualquier cosa, como pensar que puede elegir a la persona adecuada para que su hijo se case. - Abro mi mente y divago.

- Protegía a tu madre, sólo porque comprende que el amor tiene sus defectos.

- Tiene sentido, pero eso no absuelve a mi madre de su culpa. Él concuerda conmigo.

- Caroline se fue ayer, dándose cuenta de que nuestro matrimonio fue un error. Como que la provoqué, les grité cosas pesadas a las dos. Fue la primera vez que perdí los estribos delante de ellas, y causó una conmoción general.

- Es bueno desahogarse. Que ella vea que tu relación era mala ayuda mucho, tendrás más libertad para decidir qué vas a hacer con Sabrina y Valentín.

- Amo a esos dos. Hace años que la quiero, sólo que no me había dado cuenta de que era amor. - Alejandro se levanta y coge dos cervezas más de la hielera.

- Tenemos que celebrar esta revelación, amigo mío. - Brindemos con cerveza.

- Sólo una cosa más, ¿cuándo vas a decirle que preparaste el restaurante para ella? Acordamos que no habría mentiras entre nosotros y yo no cumplí mi parte, al fin y al cabo, se lo oculté. - Ya ni me acordaba de ese secreto. Es una cosa más que se interpone en el camino. En realidad, esta idea empezó mucho antes de que conociera a Sabrina. Unas cuantas veces, Alejandro y yo hablamos de cómo quería aumentar el número de mesas de su restaurante. Me gustó el tema, me dio cifras, pensé que era una buena inversión, pero un cambio en la economía brasileña le hizo archivar el proyecto. Ya había visto un local que estaba a la venta y tenía toda la planta baja transformada en un restaurante que seguía funcionando.

Compré el edificio como inversión porque el restaurante había cerrado. Me acordé de él cuando Sabrina empezó a venir a mi ático y a hablarme de su deseo de tener uno. Cuando se fue, decidí invertir en la reforma y hablé con Alejandro, que aceptó hacerse cargo de mi negocio. Nunca le dije abiertamente que era para ella, pero vio la documentación del inmueble y se dio cuenta.

- Si se lo digo ahora, podría matarme con sus propias manos.

- Lo haría. - Después de una buena charla y de probar la pasta del famoso chef, me dirijo al ático. Aún no quiero verle la cara a mi madre.

Necesito algo de tiempo para poner todas las cosas en su sitio. Estoy casado con una mujer de familia tradicional y no puedo terminar una relación de forma tumultuosa. No es bueno para mi carrera ni para la familia Bittencourt.

Quiero hablar con mi madre cuando esté más centrado, no puede actuar así, menospreciando a la gente sólo porque no tiene un apellido importante. Hay otras cosas que son tan importantes como un apellido, como el carácter, la dignidad y el altruismo.

Por último, hablaré abiertamente con Sabrina. Quiero saber todo lo que ha pasado en su vida y también necesito decirle todo lo que ha cambiado en mi vida con su presencia. Sólo que no sé cómo hacer que funcione sin que la amargura se apodere de nosotros y acabe haciéndonos aún más daño.



CAPÍTULO 40

Lo primero que hice fue darle vacaciones a Benito. El tiempo es un buen consejero y sé que Sabrina podrá explicar a sus padres lo que nos pasó. Así que me paso todos estos días conduciendo mi BMW. Quiero digerir poco a poco todos los cambios en mi vida. También me quedé en el departamento, libre de la influencia de mi mamá.

Fui a casa de Caroline y después de hablar con ella una vez más, esta vez definitivamente, les expliqué a sus padres que nuestro matrimonio no funcionó, sin entrar en demasiados detalles. Por la forma en que me saludaron, ellos ya habían previsto esta separación, conocen a la hija que tienen y vieron que no había amor en nuestra unión.

No descuido a mi hijo, hago lo posible por llegar a un acuerdo con la madre de Sabrina y todos los días improviso una videollamada para ver a Valentin. Sé que Sabrina está en el restaurante y su madre es muy receptiva. Ese es nuestro secreto, no quiero intimidar más a esta familia.

Mi madre respeta mi distancia y me deja respirar unos veinte días, todo un récord tratándose de Eloise Melhado. Hoy, jueves, me llama para decirme que tengo que ir a la mansión a firmar unos papeles relativos a la venta de una propiedad que aún está a nombre de mi padre. Me pregunta amablemente si puedo ir el viernes después de la jornada en el juzgado y le digo que sí. Todavía no sabe que estoy al tanto de la historia que me separó de Sabrina, pero no es tonta y tiene cargo de conciencia.

Últimamente no trabajo tan concentrado y no me gusta ser menos que perfecto en mis juicios. Nadie se ha quejado ni siquiera lo han comentado, pero sé que soy un poco ajeno a todo lo que me rodea.

Llego a la mansión a eso de las seis de la tarde y María me dice que mi madre me ha pedido que espere en el salón hasta que baje. Voy al minibar, me preparo un whisky y espero. Me pregunto qué estará tramando. Oigo sonar el timbre y María va a abrir.

- La señora Eloísa Melhado me está esperando. - Oigo una voz de mujer, creo que es la de Sabrina e inmediatamente me pongo en alerta.

- Puede esperar en el salón, ella bajará enseguida. - Sabrina entra, un poco desconfiada, con Valentin en su regazo. Mi corazón se desborda de amor, me tiemblan las manos, es una sensación única. Su mirada se cruza con la mía y el pequeño travieso me tiende inmediatamente los brazos. Ella se aproxima lo suficiente para que pueda oler su perfume, e inhalo, deseando que se quede a mi lado. Distraído, sólo me doy cuenta de lo que digo cuando oigo el sonido de mi voz.

- Ven con papá, Valentín. - Se agarra a mi cuello, es un niño juguetón, no le da vergüenza tirarse.

- Pa... Pa... - Mi cuerpo se pone rígido, me emociona oír su voz dando sonido a mi condición por primera vez. No puede ser...

- Ahora dice eso a todo lo que ve -explica mientras se seca una lágrima furtiva.

- Esta vez ha acertado. - Se sienta en el sofá y yo me tiro al suelo con Valentín queriendo jugar con la decoración de la casa.

- No sabía que estarías aquí, dice ella, con cara de desubicada. A diferencia de mí, creo que es perfecta para el escenario, simplemente porque es la mujer que amo, la persona que quiero a mi lado. Ella completa mi escenario perfecto.

- Vivo aquí, ¿lo has olvidado?

- Ah... sí. ¿Dónde está tu mujer? - Sabrina es encantadora, sabe exactamente cómo hacerme retroceder, mostrándome mi lugar. Un hombre casado no puede desear a otra mujer.

- Ya no es mi mujer, hemos decidido que queremos cosas diferentes en la vida. Fue de mutuo acuerdo.

- Qué pena, terminar un matrimonio debe ser doloroso, dice con pesar. Conozco a la chica, su corazón debió de acelerarse cuando se enteró de mi soltería. Entre nosotros ya no existe el obstáculo más difícil.

- Mentirosa - me burlo de ella y baja la cabeza avergonzada-. Insultaste a Caroline muchas veces cuando éramos amantes.

- Basta, Tony. - Nos sentamos en silencio, intercambiando miradas intensas, mientras Valentin desordena toda la mesa.

- ¿A qué has venido? - Decido averiguar por mí mismo lo que mi madre tiene en mente, planeando esta reunión aquí en casa.

- Tu madre me llamó y me dijo que necesitaba hablar sobre la tutela de Valentin. Espera, ¿me mandaste llamar? - Me mira con desconfianza.

- Claro que no, estoy aquí porque mi madre me pidió que esperara hasta que ella bajara. Dijo que tenía que firmar los papeles de la venta de una propiedad.

- Mmmm... todo esto es un poco extraño, ¿no crees?

- Creo, sin embargo, aprovechando que estás aquí, he tenido una conversación muy esclarecedora con Alejandro. - Me mira sobresaltada.

- ¿Te lo ha contado todo? - grita Sabrina.

- Todo. - Mi madre aparece en ese momento.

- Siento llegar tarde, niños. Estaba ocupada ordenando la habitación de mi nieto. - Nos miramos. - ¿Dónde está la belleza de la abuela? El niño le tiende los brazos y empieza a jugar con su caro collar. Nadie entiende lo que pasa. Si por mí fuera, le pediría una camisa de fuerza. Ella sigue hablando, como si su desvergonzado hijo y la madre suburbana de su nieto bastardo no estuvieran en la habitación.

Peor aún, actúa como si fuera lo más natural del mundo que estemos aquí juntos. Cuando pienso en el último año, un nieto fue el tema más frecuente en la mesa, lo que me hace preguntarme si ese no era su objetivo en la vida, y lo que es más, la sangre azul es lo menos importante en esta ecuación. Me gusta creer que aún existe salvación para mi madre.

- Vaya, Sabrina, él se ve un poco flaco. ¿Lo has alimentado bien? Voy a llevarlo a comer algunas cosas sabrosas que María ha preparado. ¿Tiene alguna alergia? - Se detiene y nos mira con Valentin feliz en su regazo.

- No, no es alérgico, al menos yo todavía no lo he descubierto. - Sabrina está tan indignada como yo.

- Ve a ver su habitación. Es para cuando visite a la abuela. - Continúa caminando hacia la cocina.

- Está actuando de forma extraña, ¿crees que hay alguna posibilidad de que se escape con él? - pregunta Sabrina, preocupada.
- No está tan loca. Vamos a ver su habitación.



CAPÍTULO 41

Nunca imaginé que un día subiría esas escaleras. Lo que un heredero no hace en la vida de las personas.

- Debe de ser esta habitación la que está junto a la mía. - Tony abre la puerta y se me cae la mandíbula. Entro despacio y me da miedo tocar algo. Juguetes, cochecitos, bicicleta, patinete, todo decorado con la marca Disney Cars. Tony abre el armario y está lleno de ropa y zapatos de punta a punta.

- ¿No viste a tu mamá armando todo esto?

- He estado en el ático desde aquél día. Necesitaba un lugar para calmarme.

- Entendido. Has empezado de nuevo con la vida de soltero. ¿Vas a activar el departamento de soltero otra vez, Doctor? - Me burlo de él.

- Sólo si quieres sentarte en mi miembro. - Me horroriza su franqueza.

- ¡Tony! - Sin querer, mi imaginación va por ese camino. Sería tan bueno... Mi cuerpo da muestras de interés, aunque mi mente está tan preocupada que ni siquiera piensa en ello.

- Necesito una amante de nuevo.

- Voy a pasar, mi tiempo como amante ha terminado.

- Sabrina, ¿vamos a mi habitación? Necesito darte unos papeles. - Tony cambia bruscamente de tema.

- ¿Tony? - ¿Cómo puede cambiar de tema tan rápido? Y ponerme aún más excitada. Sueño con ver su habitación.

- Ahora hablo en serio. Si tienes miedo, iré a buscarla por ti. - Hijo de puta, me conoces bien y sabes que me gustan los retos.

- Si es serio, iré contigo. - Salimos de la habitación de Valentin y él abre la puerta de al lado. Entro y la analizo.

- Fría e impersonal. Igual que el ático.

- Siempre he sido así, cariño. Tú le diste color a mi vida. - Si no tengo cuidado, volverá a hacerme lo que quiera.

- ¿Dónde está el papel? - Me siento en su cama y paso la mano por la sábana. Él se queda mirándome.

- ¿Qué te pasa?

- He soñado contigo en mi cama muchas noches.

- Creo que no hay ningún papel.

- Joder, Sabrina. No miento, está debajo de mi almohada - dice, serio, no sé cómo lo consigue.

- Eres un perverso.

- Así acabas con mi reputación. - Se acerca a su escritorio, abre un cajón y saca una carpeta. Luego me la entrega y se sienta en el sillón de enfrente. Abro la carpeta y empiezo a ver

algunos papeles a mi nombre.

- ¿Quiere que le resuma lo que hay ahí?
- Eso sería más apropiado, porque no entiendo mucho.
- Este es el penúltimo secreto entre nosotros.
- ¿Así que podría empeorar?
- Todo depende de ti.
- ¿Qué es eso, Tony? No me jodas.
- El restaurante en el que trabajas... - ...me preocupa.
- ¿Qué pasa con el restaurante?

- Esa propiedad está a tu nombre. La compré como inversión hace unos años y decidí abrir el restaurante cuando te fuiste. Lo mandé decorar, Alejandro aceptó hacerse cargo de la gestión del local y fue una tremenda casualidad que aparecieras justo el día de la inauguración. Nunca le dije que era para ti, pero de alguna manera me leyó el pensamiento. - No sé qué decir o qué pensar, estoy en shock.

- No puedo creer que lo hicieras. - Estoy empezando a recordar cosas extrañas. - Sospechaba que había algo intrigante. Cada vez más, Alejandro deja el restaurante en mis manos, decisiones que debía tomar él me las pasa a mí. Realmente eres un cretino. Dime cuál es tu último secreto. - Se levanta del sofá.

- Antes de hablar, voy a ver a Valentin. Por favor, no te vayas. - Sale de la habitación y me quedo aquí pensando en el restaurante, lleno de ideas para cambiar el nombre, modificar el menú. Valentin es el heredero de todo, así que no creo que tenga problemas si utilizo su dinero antes de que se haga cargo.

Es sólo una pequeña cantidad comparada con su fortuna. Camino por la habitación, analizando mi entorno, hasta que Tony regresa.

- Valentin está muy contento con la abuela, Pá... Pá... No te preocupes, mi mamá lo cuida muy bien y María está con él.

- ¿No es extraño lo que acabas de decir?

- Estos días fuera de casa me han ablandado el corazón. Cometió un error, pero ¿quién no comete errores en la vida? Todo el mundo tiene derecho a intentarlo de nuevo, cariño. A corregir los errores del pasado y mejorar el futuro.

- Lo sé y aún no he llegado al punto de perdonar a tu madre. Es sólo que tenemos que poner fin a las mentiras entre nosotros. Dijiste que todavía hay una, así que no podremos seguir adelante.

- De acuerdo. Escucha, te lo diré y te quedarás en silencio. Cuando haya terminado, entonces podrás decir lo que quieras. - Me siento en su cama, me quito los zapatos y cruzo las piernas.

- Como en un tribunal. Voy a juzgarte, ¿es eso?

- Sí, primero te contaré lo que pasó y luego juzgarás si soy culpable o inocente.

- Así que empiece a hablar, Sr. Melhado. - Empieza a pasearse por la habitación, como tantas veces hizo en nuestras discusiones cuando actuaba como juez.

- Hace casi tres años conocí a una mujer especial. Al principio, no me daba cuenta de lo especial que era, pero una vez que lo descubrí, ya no salió de mi sistema. Pasé los mejores días de mi vida divirtiéndome, conociéndola y follándomela mucho. Es sexy, joven, ingeniosa, una muñeca. Pero esto lo hice a escondidas, no porque ella no valiera nada, ni por su clase social, ni siquiera por su color, sino porque yo estaba atado a las convenciones sociales. *Eh...* cariño, no

llores. - Me seco las lágrimas que me han salido y le hago un gesto con la cabeza para que siga hablando.

- Cuando me dejó mi mundo se derrumbó, me volví apático y me dejé llevar por las opiniones de los demás, que descubrí que eran más falsas que mi matrimonio con Caroline.

Descubrí que amo a esta mujer inteligente, atractiva, inolvidable y jodidamente caliente. No sabía lo que era el amor, muñeca, hasta que miré a Valentín y me di cuenta de que mi vida sin ustedes no tiene sentido. - Me seco las lágrimas y me quito la camisa con valentía. Le brillan los ojos y me abraza con fuerza. El magistrado acaba de decir que me quiere y nada más importa. Es todo lo que quiero oír de él.

- Le digo que ser su segundo hombre me ha inflado el ego. - Me subo a la cama y me quito los pantalones, ansiosa por sentir el tamaño de su amor por mí, porque nada me hará más feliz que hacer el amor con mi hombre por primera vez.

- También acepto que está enamorada del padre de su hijo y que esta verdad es absoluta. - Llevo puesto apenas una tanga negra y me tumbo en su cama. ¡Entonces recuerda mi eslogan de aquel día! No me extraña que sea una de las autoridades más competentes del magistrado.

- Me declaro culpable por no haberte dicho que te quería en el momento oportuno. Concluyo que ahora mismo te quiero demasiado y que mi pene está deseando follarte el coño en mi cama.

- ¿Tiene un condón, doctor? - Tony se mete la mano en el bolsillo y saca uno.

- Realmente eres un perverso. - Se desnuda, desliza la mano por mi cuerpo y juega con mi sexo.

- Ah... Sabrina. Cuánto te echo de menos. Echo de menos tu juventud, tu irreverencia, que aceptes que soy un viejo, te quiero profundamente.

- Sepas que quedaste absuelto en el momento en que dijiste que me amabas. Ahora sólo tienes que demostrar que sigues en forma. Sabes, si yo tengo casi veintisiete, tú debes tener casi cincuenta.

- Te mostraré quién es viejo aquí. - Cómo el sexo y el amor son actos distintos. El roce de la piel, el intercambio de afecto, el encaje de nuestros sexos, todo parece mágico. El tiempo se detiene cuando Tony me ama en este corto período. Tenemos prisa debido al largo tiempo que nos separo, pero nunca olvidaré ese día. Cuando llego al orgasmo, es como la primera vez, nunca había sentido esta vibración reverberando en todo mi ser. Tampoco había sentido nunca a Tony llegar al clímax con tanto fervor, de alguna manera sé que fueron los miedos y las inseguridades que se quedaron en el pasado. A partir de ahora tenemos un mundo de posibilidades.

Cuando salimos de la habitación, Valentín está dormido en su nueva cama y su abuela, en el sillón, velando por él.

- Dejaremos que se despierte con dolor de espalda. Será poco. - Tony refunfuña.

- Vaya, Tony, eres más cruel que antes.

- Aún no has visto lo cruel que soy, Sabrina. Será mejor que llames a tus padres y les digas que vas a dormir aquí. Mi crueldad no tiene límites, nena.

Bajamos a la cocina y Tony no para hasta que le prepare un bocadillo. Comemos allí, charlando sobre los momentos en los que ha estado presente en la vida de Valentín durante el último mes. No sabía que hoy iba a haber un ajuste de cuentas y no esperaba que fuera cara a cara.

Estamos en la sala de estar cuando baja su madre.

- Creo que me dormí un rato, viendo dormir a Valentín.

- Mamá, siéntate aquí. - Ella frunce el ceño y Tony también me coge por sorpresa.

- ¿Qué te pasa?

- Creo que nos debes a los dos una buena explicación por tu actitud ante lo que le hiciste a Sabrina, y que me ha afectado mucho. No quiero una disculpa, ya tengo claro que te das cuenta de que cometiste un error. Quiero entender tus acciones. - No baja la cabeza en ningún momento, tengo que reconocerlo, tiene clase. Se sienta en su silla y cruza las piernas, comenzando su monólogo.

- Básicamente, no quería que nada se interpusiera en tu unión con la familia Bittencourt. Siempre has tenido varias mujeres, eso no me importaba, porque eran fugaces. Cuando Sabrina vino a tu ático durante meses seguidos, una advertencia pasó por mi mente. Él está disfrutando de esta relación. Me movía la desesperación, no habría actuado así si hubiera sabido que no se cuidaban. Quería un nieto. - Corté la conversación.

- Ha sido culpa de tu hijo, yo me estaba cuidando, soy pobre, del suburbio, pero sé muy bien lo que pasa cuando una mujer como yo se queda embarazada de un hombre como tu hijo. - Lo miro, rogándole por el amor de Dios que detenga esta tortura. No quiero revivir lo que pasó cuando ocurrió todo esto.

- Sólo quiero dejar claro que lo que hiciste fue horrible, mamá. Realmente es mejor que terminemos esta conversación aquí, pero pongámonos de acuerdo, no quiero verte entrometiéndote en mi vida de ahora en adelante. Amo a Sabrina, con todas las cualidades que crees que son defectos. También amo a mi hijo con todo mi corazón y no te preocupes, esta vez vamos a hacer las cosas en el orden natural. Soy magistrado, acabo de salir de un matrimonio y no quiero verme envuelto en ningún escándalo. La familia Melhado no se verá manchada, al menos no demasiado. Sabrina es la mujer que amo y voy a llevar esta relación en la dirección correcta. - Se levanta, se arregla la ropa y nos mira, sentados de la mano en el sofá.

- Esta vez, intentaré no interferir en tu vida, Tony. Ya estaba en mis planes pasar unos meses con las chicas en Europa. Sé cuando no soy bienvenida en un lugar, aunque no lo parezca. No estaré fuera mucho tiempo, sólo el suficiente para no recibir más esa mirada de desprecio de tu parte. No tengo intención de alejarme de Valentin. - Su forma de hablar me choca, sabe muy bien cómo utilizar las palabras a su favor.

- Será estupendo para usted, quién sabe aprenderá buenos modales viviendo con sus hijas. - Tony es duro, ella se va hacia la cocina con una expresión en la cara que no quiero ser su empleada en este momento.

Un problema más resuelto.



CAPÍTULO 42

ALGÚN TIEMPO DESPUÉS

Me despierto sobresaltada, sin recordar dónde estoy. Al sentir la suavidad de la ropa de cama, me relajo. Me estiro lentamente y me permito sonreír. Abro los ojos y no veo a Tony a mi lado. Miro a través de la enorme habitación y lo encuentro en su escritorio leyendo un documento.

- Buenos días, Señoría. - Levanta la vista de su libro y me sonrío. Mi mundo se llena de color.

- Buenos días, muñeca. ¿Has dormido bien?

- No tengo nada de qué quejarme. ¿Dónde está Valentín? - Acomodo las almohadas en el cabecero y me siento envuelta en el edredón.

- Mi madre se ha llevado a su nieto de picnic al jardín. Tienes que ver todo el trabajo que ha tenido María. Imagínate, Eloísa Melhado, que nunca ha pisado la hierba, intentando agradar a Valentín.

- Es increíble lo mucho que ha cambiado en esos meses lejos de casa.

- Sí.. Valentin ha hecho milagros. - Reina el silencio y Tony vuelve los ojos al estudio. Estar hoy aquí en esta casa ha requerido mucha energía por mi parte. No se puede olvidar el maltrato de una persona de la noche a la mañana. Por mucho que sea una mujer fácil de llevar, no fue fácil perdonar y convivir con la abuela de mi hijo. Con Tony no fue tan difícil, porque nuestro amor es cada día más fuerte y él nunca me maltrató como su madre, simplemente nunca asumió que sentía algo por mí. No hay rencor entre nosotros, sólo dolor y sus actitudes desde que nos reencontramos han sido las mejores y más increíbles posibles.

- ¿Tony? - Se gira hacia mi voz.

- ¿Cuándo te diste cuenta de que me querías? - Deja el bolígrafo y se reclina en la silla. En ese momento, me doy cuenta de que lleva un batín y se me hace agua a la boca.

- Ah... morena. No fue como un momento, como un amor a primera vista. Poco a poco me fui haciendo dependiente de ti. Cuando empezamos a pasar todos los fines de semana juntos, me dolía cuando te ibas. Pero me di cuenta cuando llegué a casa después de enterarme de que Valentín es mi hijo.

- ¿Puedes perdonarme por eso?

- Olvídalo. Sabemos que no era tu intención. - Mira el libro y me pregunta.

- ¿Y tú? ¿Cuándo te diste cuenta de que no podías vivir sin mí? Seguro que fue amor a primera vista.

- Ahí es donde te equivocas. Te encontré muy arrogante y creído. - Sonríe. - Jodidamente caliente, pero también muy dueño del mundo. Cuando me hiciste gozar en la piscina de Angra. -

Me quema la cara, recordando aquel momento de placer. - Allí descubrí que no quería que otro hombre me tocara. - Le miro y veo brillar sus ojos azules. - Eres muy travieso, Tony.

- Sé que te gusta duro, morena.

- Al principio, cuando era tu chófer, me preguntaba si tú, tan elegante, habrías hecho alguna vez algo malo, alguna locura o incluso habrías enseñado la lengua a alguien.

- Tengo que confesar que hice algo malo cuando te conocí.

- Dígame...

- Sólo si me perdonas.

- ¿Qué tan malo es?

- El primer día que me llevaste al ático...

- Lo recuerdo. Me cabreé ese día cuando me hiciste esperar mientras te follabas a una zorra. Luego me enteré de que hacías ejercicio a la hora de comer. - Tony me mira enigmáticamente.

- Me remordía la conciencia cuando descubrí que había dejado a una mujer esperándome mientras me follaba a una conocida, y entonces se me ocurrió lo del gimnasio.

- No me lo puedo creer, Tony. Así que tu madre tenía razón cuando llamó a ese lugar una garçonnière. Te estabas tirando a una zorra ese día.

- Juro que fue la última.

- Por supuesto, luego la criada se apoderó de tu cama.

- Te amo, muñeca. - Neutraliza mi crisis de celos.

- Yo también te amo, Doctor. A propósito ¿de quién era la ropa que me puse para seducirte en Angra? ¿Alguna amante las olvidó allí?

- No me provoques, Sabrina. Pertenecen a mis hermanas gemelas, Beatriz y Bianca.

- ¿Así que existen?

- Trabajan en la industria cinematográfica y están rodando una película en Alemania. Las conocerás. Tienen tu edad.

- Genial, realmente quiero conocerlas. - Tan pronto como regresa a estudiar, le pregunto de nuevo.

- ¿Tony?

- ¿Qué quieres ahora? - Esta vez contesta más bruscamente, cada vez que le llamo, su concentración se dispara y tiene que empezar a leer de nuevo.

- ¿De verdad te gusta mi sazón?

- Tu comida es la mejor que he comido, sin duda. Y he viajado mucho y he comido en restaurantes de renombre. - Estoy satisfecha con la respuesta, pero no con la atención que me presta.

- ¿Puede prestarme un poco de atención?

- Desde que te has despertado, es lo único que he hecho. - Desenrollo el edredón y salgo de la cama, mostrando mi baby-doll y ganándome toda su atención. Me acerco a mi bolso y saco una caja cuadrada.

- Tengo algo para ti, pero tienes que dejar de estudiar por un momento.

- Me parece bien. Contigo parloteando y desfilando de esa manera, realmente no puedo concentrarme. - Me siento en el sofá y le pido que se siente a mi lado.

- Sabes que mi estancia en Francia no fue fácil.

- ¿Por qué vas a hablar de ello ahora? Ya ha pasado. - Le toco los labios.

- Oye... Necesito hablar para enseñarte lo que tengo entre manos. - Él asiente.

- Aunque tu madre hizo todo lo posible para que no me metiera en líos, yo tenía miedo de no sobrevivir hasta que volviera a casa. Así que no salía de casa para nada. Ni siquiera antes de Valentín, mucho menos después. Mi vida era solo estudiar.

Cuando Luísa vino a vivir conmigo para hacerme compañía, ya que el piso estaba pagado, me ayudó a montarlo. - Le entrego la caja. La abre con cuidado y empieza a pasar las páginas.

- Intenté grabar todas las etapas de mi barriga para que pudieras ver a Valentín creciendo dentro de mí. - No puede apartar los ojos del álbum. - Después de que nació, mi alegría fue grabarlo todo.

- Ah... Sabrina, no deberías haber pasado por esto sola. - Le abro la mano, mostrándole una memoria USB.

- Aquí hay varios vídeos que hice de Valentin y también de su nacimiento. ¿Crees que el magistrado más cruel de Río tiene el valor de verlos? - Le noto reticente, pero al final coge la memoria USB y la conecta al televisor.

Nos sentamos en la cama a mirar.

No puedo contener las lágrimas cuando comienza el video. Es como si estuviera viviendo esta experiencia única otra vez. Tony toma mi mano, mostrándome que esta vez está a mi lado. El hombre valiente, cruel en los tribunales está aquí a mi lado, entregado a la emoción del nacimiento del primer hijo. Cuando termina el video del parto, comienzan los videos de Valentín en cada etapa de su pequeña vida. Sólo que ahora quiero su atención para mí.

Me levanto de la cama, me paro frente a la televisión y él me sonríe. Me quito la ropa, quedando desnuda y sus ojos se oscurecen.

Quiero otro hijo suyo, Excelentísimo. antes de que usted sea demasiado viejo para ser padre.

— Te mostraré quién es demasiado viejo para ser padre. Se lanza sobre mí y me arroja a la cama. Abro su batín y lo que veo demuestra que está en la cima de su edad.

- Siento no poder estar en este momento tan delicado, pero te prometo que no me separaré más de tu lado. - Y se mete entre mis piernas. -Ni de dentro de ti, cariño. Nuestro sexo tiene ahora un sabor diferente.

Su agarre es fuerte, eso no cambia, pero el cariño con el que sus manos recorren mi cuerpo, su lengua chupa mis pezones, su voluntad de hacerme gozar incluso antes que él, demuestra que nuestro amor se ha solidificado en las dificultades de la vida en común. Me encanta cuando se viene dentro de mí, siento su aceptación de todas las diferencias de nuestras vidas, incluido el color de nuestra piel.

Cuando salimos de la habitación, ya ha pasado la hora de comer y me sorprende encontrar a mis padres con la señora Melhado, sentados a la mesa en la terraza.

- Tony, no me dijiste que estaban aquí.

- Tenemos que ocuparnos de nuestra boda. - Estoy sorprendida.

- ¿Boda?

- Sí, hace unos meses que rompí con Caroline, ella está saliendo y ya está embarazada, creo que es nuestro turno. Ahora que he encontrado a la mujer que amo, necesito cumplir su sueño.

- ¿Y por casualidad sabes cuál es mi sueño?

- Un final feliz, Sabrina. No hay final feliz sin boda.

- Sí, Dr. Melhado, parece que me conoce bien.

- Llámame Tony, morena. - Mi padre decide que es hora de que abra la boca.

- Oye... dame las gracias. Si no hubiera ido a pescar, no se habrían conocido. - Mi madre le

da un codazo en las costillas.

- Silencio, esposo. - Mi padre levanta ambas manos en señal de rendición.

- ¿Pero no es verdad?

- ¡Es verdad, papá! - Y los ricos y los pobres se sientan juntos a la mesa para planear la boda de sus hijos. Ironías del destino.

BODA

Nunca he estado tan nerviosa en toda mi vida. Esta ansiedad no es por la boda en sí, estoy segura de que Tony me estará esperando en el altar, sus acciones desde que me aceptó como su novia, luego prometida, hablan por sí solas. El problema es esta mezcla de personas de diferentes clases sociales en la ceremonia y luego en la recepción. Mi familia ya es superada en número por el centenar de personas de su lado, y lo entiendo, él es una autoridad en la ciudad y aunque se case por segunda vez, hay algunos invitados que están en la lista simplemente por eso.

Ya puedo controlar mis actos, sé lo que es estar al lado de un hombre público, llevamos casi un año viviendo este amor, pero la gente sencilla de mi familia nunca ha vivido un evento tan lujoso y lleno de novedades.

- No te preocupes, hija. Todo saldrá bien, tu prima Mariângela habló con toda la familia y explicó que nuestras fiestas son más animadas y agitadas que ésta.

- Me preocupa que alguien los intimide por su sencillez, mamá. Quiero que se diviertan y no se dejen controlar por algún entrometido que sé que los menospreciará. Además, la mayoría tienen la piel negra y ya sabes, Tony es de ascendencia alemana, son todos blancos.

- Olvídate de eso y vive tu momento. Mírate a ti mismo. - Me doy la vuelta y vuelvo a mirarme en el espejo. - Estás maravillosa, Sabrina. Lo importante es tu matrimonio, tu felicidad con el Dr. Melhado.

- Tony, mamá. Ya te ha dicho que dejes de llamarlo doctor.

- No puedo, son años tratándolo así.

Le sonrío mientras me ayuda a salir de la habitación. Hice hincapié en vestirme en casa, en parte porque es de donde vengo y en parte porque no quiero que nadie de la familia Melhado me esté mangoneando. Hace unos días conocí a sus hermanas gemelas y, aunque tienen mi edad, yo soy mucho más madura que ellas. Cuando elegí mi vestido de novia, opté por algo que fuera más propio de mí como mujer, por no mencionar el hecho de que Tony es un hombre de recursos, pero lo que siempre había querido para mí, antes de conocer a mi verdadero amor.

El vestido es blanco, largo, lleno de capas de tul, con un generoso escote -al fin y al cabo, mis pechos perfectos son lo que más me gusta mostrar-. Sobre mi cabeza, un velo corto con una tiara llena de piedras finas. Me siento guapa y sé que Tony también me verá así. Mi madre tiene razón, lo que de verdad importa es mi unión con mi hombre, su mirada, lo que pretendemos juntos. El resto es familia, son amigos, conocidos, no estarán juntos todos los días.

Los nervios se apoderan de mí cuando el coche del magistrado se detiene delante de la iglesia. Esta vez el chófer no es mi padre. Bajo, el ceremonial me arregla el vestido, me preparo para entrar en la capilla y cruzar el pasillo principal hasta mi hombre, que me espera en el altar central.

Una película suena en mi cabeza mientras se abre la puerta y empiezo a caminar con mi padre a mi lado. El hombre que me espera en el altar es el más guapo del mundo. Tony hace que mi corazón deje de latir durante unos segundos. Viste un traje plomo con una flor roja en la

solapa y me mira con tanto amor que me avergüenza la intensidad de su mirada. Normalmente, sólo veo ese tipo de mirada cuando estamos entre cuatro paredes.

Lo que sucede después de que sus labios tocan mi frente, sinceramente tendré que repasarlo en la grabación de vídeo. Son tantas las emociones, las palabras del sacerdote, nuestros votos de amor eterno y ver a Valentín caminando hacia nosotros con los anillos, que es imposible controlar las lágrimas. A pesar de su corta edad, el chico se comporta como un adulto y creo que la madre de Tony ensayó con él hasta que estuvo perfecto. Sigue sin gustarme, pero a Valentin le encanta estar con su abuela, porque la arpía hace todo lo que él quiere.

El clímax de la ceremonia es el beso, ¡Dios mío! Tony sabe hacerme tambalear las piernas y comprendo su ardor, me deja muy claro cómo será nuestra luna de miel en París, porque eligió pasear conmigo por el lugar donde viví sola durante dos largos años.

- Te amo, morena, me dice suavemente al oído en cuanto aparta su boca de la mía.

- Oh, Tony. Estoy viviendo un sueño. Gracias por existir. - Me arregla el velo y salimos de la iglesia bajo una lluvia de arroz.

Las inseguridades que tenía antes de la boda son infundadas. Mi familia se comporta divinamente y creo que incluso anima el lado más serio de la fiesta. Siempre hemos sido así: donde hay música, baile, bebida y buena comida, hay alegría. Nadie se pasa, pero hay esa forma de celebrar la vida con mucha más energía que en las fiestas guays a las que voy con Tony. Estoy inmensamente contenta con el resultado del día de mi boda y hago la vista gorda ante el tamaño de los bolsos de mis tías al salir del evento.

- Creo que van a pasar el fin de semana comiendo las golosinas de mi boda, amor.

- Tu familia es increíble, Sabrina. Tienen razón, tienes que dejar de pensar que todo es malo. Son formas diferentes de vivir la vida, lo hacen en base a experiencias anteriores, es hermoso ver lo felices y festivos que son. Espero que te sientas feliz esta noche. - Le agarro por el cuello y me rodea la cintura con sus brazos.

- La primera y la segunda parte de este evento han sido geniales, pero aún queda una tercera que nos dirá si la boda ha sido espectacular o no. - Mi corazón se acelera, por las fosas nasales de Tony, que se abren y se cierran más deprisa. Comprende que depende de su actuación en la cama para que la velada acabe espléndidamente.

- ¿Aún tienes dudas de que acabarás, tumbada en la cama, exhausta antes de que acabe la noche? - Me aprieta aún más la cintura.

- Eres mucho mayor que yo.

- Sabrina... vamos a despedirnos de tus padres y Valentin, me juzgas por la teoría, pero sabes que la práctica es mucho mejor que lo que la señora Soares Melhado soñó una vez. - Roza su cuerpo contra el mío y me doy cuenta de lo inquebrantable que es la práctica de Tony. Me desenredo de él y le cojo de la mano.

- Vamos, doctor magistrado. De repente siento calor, tengo ganas de ponerme más cómoda, de arrancarme este vestido.

- Llámame Tony, morena. - Me rodea los hombros con un brazo y nos despedimos de Valentin antes de que empiece nuestra noche de nupcias.

Las emociones no se detienen ahí.

Tony deja claro que nuestras vidas siempre serán un *looping* de emociones, cuando el conductor de su coche se detiene frente al Copacabana Palace.

- ¡Tony! - Mi corazón late a un ritmo absurdo. He pasado por delante de este hotel unas cuantas veces y siempre he soñado con verlo por dentro, pero nunca pensé que se haría realidad

ni que la noche más feliz de mi vida después de que naciera Valentín sería en este precioso lugar.

- Tu boda tiene que ser lo más parecida a un cuento de hadas posible, ¿no es así como dijiste que te gustaría? - Sale del coche, me tiende la mano y yo se la cojo rápidamente, ansiosa por vivir nuestra noche de nupcias.

Todo en este hotel me sorprende. Es precioso, la decoración es exquisita, parece que estoy entrando en otra época de la historia. La habitación es maravillosa, mucho más bonita de lo que había imaginado, miro extasiada todo, incluso la ventana que muestra el mar con sus olas rompiendo en las arenas de Copacabana, descubro que tener al hombre que amo, aquí o en cualquier parte del mundo, es lo más perfecto que existe. Tony me besa y el mundo deja de girar en ese momento.



CAPÍTULO 43

- Eres tan perfecta, morena. Ni siquiera necesitabas todo este escenario. - Realmente estoy descubriendo que la felicidad no reside en los lugares en los que he estado, la gente que he conocido o el poder que me da mi posición. La felicidad es mi familia, mi mujer y mi querido hijo, que, gracias a Dios, me quiere como si hubiera estado con él cuando nació.

- El escenario ayuda, a decir verdad. - La ayudo a quitarse el velo y a soltarse el pelo rebelde. Me encanta sentir su pelo rozando mi cuerpo cuando hacemos el amor.

- Ayuda, pero no es lo más importante. - Me da la espalda y abro uno a uno los miles de botones de su vestido de novia.

- Su piel es lo más importante. Su olor, su sabor. - El vestido se desliza hasta el suelo y beso sus hombros mientras mira al mar. - Eres tan hermosa, Sabrina. Y no sólo por fuera, tu alma es bella, es generosa. Me enamoré del envoltorio, lo confieso.

Toco sus pechos, sintiendo como se pone la piel de gallina.

- Tony...

- Pero es todo el paquete lo que más me fascina. - Le doy la vuelta y empieza a quitarme la ropa, pieza a pieza.

- Me encantas, Tony. Me encanta lo que siento cuando estoy contigo. Voy a hacerte feliz desde ahora hasta la eternidad, no quiero que tengas ojos para nadie más. - Sonríe ante su inseguridad y comprendo ese sentimiento. Antes de conocerla, no era un hombre fiel y sé que tardará en sentirse segura, incluso cuando ponga un anillo en su dedo.

- Aunque me casé con Caroline, sabes que mis ojos nunca miraron a otra mujer que no fueras tú, muñeca. Hoy no necesito a nadie más, porque tú me das todo lo que he buscado toda mi vida. Amor, cariño, un hijo, sexo increíble, un coño delicioso. De hecho, basta de hablar, necesito amarte ahora. Los últimos días no hemos tenido tiempo de estar solos.

La tumbo en la cama, besándola por todas partes, mientras ella gime sin pudor con cada mordisco y cada lametón en su piel. Me quito rápidamente el resto de la ropa y sólo me siento completo cuando estoy dentro de ella. Nuestra unión roza la perfección, ahora es mi mujer y es mágico cuando llegamos juntos al clímax. Ahora es real, somos una familia, Sabrina, Valentin y yo. Espero que esta familia no tarde mucho en crecer, todavía quiero celebrar el amor muchas veces.

Nuestra luna de miel en París no podría ser más perfecta. Pude ver nuevos lugares y Sabrina revisitó el pasado, mostrándome cómo era su vida mientras estaba en el país. Fue genial hacer este viaje, fue un recuerdo de una época en la que estábamos lejos, pero vimos que nuestros pensamientos nos guiaron todo el tiempo hasta lo que vivimos hoy. Para alguien que está de luna de miel, no creo que pasemos mucho tiempo en la cama, Sabrina quiere enseñarme todo lo que ha vivido y yo me limito a seguir sus recuerdos, a conocer a sus amigos, lo que quiso compartir conmigo en su momento y no pudo.

Después de diez días, nuestro tiempo juntos en Francia ha terminado y echo muchísimo de menos a Valentin, no veo la hora de volver a tener a mi hijo en brazos.

- ¿Te ha gustado nuestra luna de miel? - me pregunta, ya en el coche, camino a casa de su madre.

- Fue genial, morena. Creo que hemos redimido muchas cosas estos días y estamos aún más unidos.

- A mí también me gustó. En el pasado, quería que estuvieras conmigo, pero creo que ahora, nuestra conexión ha sido más fuerte, he crecido, he madurado, veo tus acciones y actitudes con más claridad. Otra cultura me ha hecho bien, aunque no haya sido algo maravilloso. - Tomo su mano y la pongo sobre mi regazo.

- La maternidad ha hecho maravillas contigo, Sabrina. Cuando te vi en la inauguración del restaurante, sentí que mientras no estuviera contigo no podría seguir adelante. Eres una gran mujer, dueña de ti misma, sexy a más no poder.

- Lo único que lamento es no haber podido resistirme a ti. Tuve que pedir perdón a Dios durante mucho tiempo. - Beso el dorso de su mano.

- Sé que cometí un error ese día. No es un acto del que esté orgulloso, Sabrina. Nunca he engañado a nadie. Antes de casarme con Caroline, teníamos una relación abierta. Aquel día en el restaurante fue un acto de desesperación y ya no me consideraba casado, porque mi cuerpo y mi corazón sólo se agitaban en tu presencia. Aun así, te pido disculpas por haberte puesto en esa situación. Sé que eres una mujer religiosa y que eso te hizo daño. - Ella me rodea con sus brazos y me besa apasionadamente.

- Te amo, Tony. Cuando hay amor de por medio, creo que el pecado es más fácil de perdonar. Yo también me arrepentí y, además, Dios perdona al arrepentido de corazón. - El coche se detiene delante de la casa de sus padres y, cuando salimos, se abre la puerta y Valentin sale corriendo.

- Papá... Papá... - El niño se lanza a mis brazos y por la cara que pone su madre, tendrá que volver a pedir perdón a Dios. Una vez en mi regazo, extiende los brazos hacia su madre. Ella coge a Valentin en brazos y el niño la abraza.

- Ya has corrompido a mi hijo, magistrado.

- Yo te amo, morena. - Le sonrío y entramos en casa de sus padres.

Después de una hora en la casa, sonrío para mis mismo, mirando el desorden que hace Valentin con todos los juguetes que le hemos comprado. Me encanta este tiempo en familia en una casa de los suburbios. Hay mucha parloteo, mucho alboroto, mucha cerveza fría.

La felicidad está donde está tu corazón. Ahora mismo, mi corazón late por ellos.

TRES AÑOS DESPUÉS

Mi suegro me deja en casa un poco antes de lo habitual. Tengo una cita más tarde.

Entro en la mansión y Valentin viene corriendo hacia mí.

- Papá... - Dejo mis cosas en el aparador y le rodeo con los brazos.

- Hola, cariño. Hola, estás mojado, Valentin. ¿Dónde estabas?

- Estaba en la piscina con mamá y Vida.

- ¿No ha ido mamá hoy al restaurante? - Lo bajo y entro en la zona gourmet cogiéndole de la mano.

- Ella dijo que no iba a trabajar hoy. Se va a quedar con los niños y con el amor de su vida.

¿Tú eres el amor de su vida, papá? Esta mujer me encanta.

- ¿Podría ser yo, Valentin? Realmente quiero serlo, ¿qué te parece si se lo preguntamos? -
Sale corriendo hacia donde está su madre.

En ese momento, la veo, con un bikini comportado, en comparación con el que llevaba en Angra cuando nos vimos por primera vez. Está igual de guapa y más buena, si eso es posible. Esa escena permanece grabada en mi memoria.

Tumbada en una tumbona con Vida, que ahora tiene un año, en una piscina inflable para bebés con el trasero hacia arriba. Una delicia.

- Ha llegado papá, se sienta, poniendo fin a mi privilegiada visión.

- Tony, ¿llegas pronto a casa?

- Siempre llego pronto a casa, cariño. Tú eres la que no está aquí esperándome.

- ¿Estás empezando a quejarte? Es mi trabajo, amor. Sé que tienes razón y pienso trabajar menos. Sólo voy al restaurante unos días a la semana, quiero pasar más tiempo con mi familia. -
Me siento en la silla y Vida me tiende los brazos.

- ¿Dónde está la riqueza de papá? Valentin se para a mi lado, ya muy imponente. Parece un mini juez.

- Cuidado, papá, te mojará el traje.

- No importa, hijo. Ven y siéntate también en mi regazo. - Los dos se suben a mi regazo.

- Me alegro de que te quedes mas tiempo con nosotros, morena. Te echo mucho de menos.

- Ella me sonrío.

- Quítate la ropa, amor. Ven a darte un chapuzón en la piscina con tus hijos. - Me quiere a su lado y usa a sus hijos como cebo.

- Sólo puedo darme un chapuzón. ¿Has olvidado que tengo esa confraternización anual de jueces en el restaurante de Alejandro?

- Por supuesto que no. No se puede olvidar el lugar y el día en que nos reencontramos.

- Vida, no le hagas esto a tu hermano. - Vida es una niña alegre, como su mamá. Nació con mucho amor, y su embarazo y nacimiento hicieron de mí un hombre realizado en todos los sentidos. Ella heredó mi piel y mi pelo claro, los ojos y el genio de su madre.

Entrego los niños a Sabrina, beso su sabrosa boca y corro a cambiarme para jugar un rato con ellos.

Un poco más tarde estoy en la ducha cuando Sabrina abre la puerta y dice:

- Tony, tengo que ir al restaurante a apagar un incendio, pero no tardaré. Procura no tardar mucho en llegar tú tampoco, y no vayas a echarle ojos a las mujeres, ¿eh?

- Sólo tengo ojos para ti, ya lo sabes. - Sonrío bajo la ducha. Año tras año y ella sigue sin creerse que soy totalmente suyo. - ¿Y los niños?

- Se quedarán con la niñera y tu madre. Después de su intenso día en la piscina, se irán pronto a la cama.

- ¿Sabrina?

- Habla, amor.

- ¿Me esperas en la cama desnuda y a cuatro patas?

- Eres un pervertido, Tony. - Se va, pero ya estoy excitado sólo de pensar en ella, en esta posición sumisa. Si hay algo que Sabrina nunca ha sido, es sumisa. Yo puedo ser el poderoso, el chico malo, el juez cruel, pero ella siempre es la que tiene la última palabra.

Me encanta todo eso de ella.

A veces quiero gritar que la amo para que todos me oigan. Ella es mi mundo, mi apoyo y

mi equilibrio.

Sólo que hoy tendré que aguantar a esos jueces.

Me pongo un traje, a pesar del calor de 40 grados que hace en Río, y me dirijo al restaurante de Alejandro. Benito insiste en llevarme para que pueda tomar una bebida alcohólica y relajarme.

Decido seguir el consejo de mi suegro. Tomo unas copas, como muy bien y me relajo. Cuando el reloj marca la medianoche, quiero volver a casa. Echo de menos a mi familia.

El coche está casi en la entrada y cuando me acerco, se abre la puerta del conductor y sale una mujer de piel morena, pelo rizado y cuerpo escultural, vestida con una minifalda, una camiseta y un quepis. Se pone delante del coche, abre la puerta, levanta la cabeza y me sonrío.

Es mi esposa, la mujer que duerme a mi lado, la que hace que mi corazón se acelere y mi polla se endurezca. Me muero por follarme a la chófer ahora mismo.

- Buenas noches, Dr. Melhado.

- Buenas noches, Sabrina. ¿Dónde está mi chofer?

- Ha tenido un contratiempo, magistrado. Voy a reemplazarlo. ¿Hay algún problema con este cambio repentino? - Estoy admirando esta vista desde el cielo.

- No hay ningún problema. Podemos irnos.

- ¿Adónde va el doctor?

- Llévame al paraíso, morena. - Ella permanece seria, sin sonreír ni demostrar nada.

- Sus deseos son órdenes para mí. - Subo y ella cierra la puerta. Rodea el coche, se sienta en el asiento del conductor y arranca.

- Este uniforme es mil veces mejor que el otro que llevabas. Si lo hubiera tenido el primer día, te habría follado enseguida.

- Te hubiera dejado. Me pareció atractivo, pero usted era muy arrogante.

- Sé cómo persuadir a una mujer.

- Dudo que puedas persuadirme de nada, Doctor. - Ah... Sabrina, me encanta un buen desafío.

- Ahora mismo, sé que estás mojada sólo de pensar que voy a chuparte entera, cada pequeño pliegue de tu cuerpo. - Ella conduce con seguridad, pero sus manos sujetan el volante con más firmeza. Reconozco el camino que está tomando y nuestro destino es el ático.

- ¿Es lo mejor que puedes hacer?

- No me tomes el pelo, Sabrina. - Ella sonrío y entra en el garaje del edificio. Se baja y me abre la puerta. Yo bajo, cierro la puerta y sujeto su cuerpo contra el coche.

- Esperaré aquí, doctor.

- No, vas a subir conmigo y te voy a follar aquí mismo. - Le meto la mano por debajo de la falda y le aprieto el culo. Me deleito con su cara de susto.

- Creo que me voy a quedar aquí, doctor. - Rodeo a mi mujer con los brazos y le susurro al oído:

- Te va a gustar, morena. Gemirás y pedirás más. - Subimos por el ascensor, uno a cada lado, y la tensión sexual es palpable. Hay algo que late en el espacio cerrado, un frenesí, un aroma de miedo, un deseo secreto.

Cuando entramos, ella huye de mí, escaleras arriba.

- No tiene sentido huir... - Subo muy despacio, excitado por el juego del gato y el ratón. - ¿Recuerdas lo que te pedí antes de salir de casa? Tengo muchas ganas. Quiero abofetearte el culo caliente. ¿Sabrina? - Entro en el dormitorio y está tumbada en la cama, aún vestida de chófer. Me

detengo y salivo al ver su cuerpo, que, a pesar de haber dado a luz a dos hijos, sigue siendo un espectáculo. Empiezo a quitarme la chaqueta y a aflojarme la corbata.

- ¿Usted no va a ser cruel, magistrado?

- Mi crueldad está en el juzgado, nena. Seré duro, eso seguro, pero prometo ser gentil. - Sabrina me sonríe.

- Te quiero, Tony Melhado.

- Yo también te quiero, Sabrina Soares Melhado. Créetelo. - La subo a mi regazo y le muestro todo el amor que me hace sentir.



FIN

About The Author

RITA LOPES



Rita Lopes, lectora voraz desde la infancia, encontró en la pandemia la inspiración para cumplir un viejo sueño: empezar a escribir. De 53 años, Rita es bancaria de profesión y vive en Campinas, São Paulo, Brazil, con su marido, dos hijos, una nieta y un nieto. Como buena canceriana, le apasionan los romances con final feliz y siempre está a la caza de la pareja perfecta para sus historias.

Con una impresionante producción literaria, Rita ha escrito diecisiete libros a lo largo de su carrera. Algunos de ellos han sido publicados de forma independiente en la plataforma Uiclap, mientras que otros han encontrado su espacio en e-books. Destaca especialmente la novela "O Desembargador", que acumula miles de páginas leídas y ha conquistado el corazón de los lectores. Para saber más sobre Rita Lopes y sus cautivadoras historias, no deje de visitar su página [@escritoraritalopes](#). Prepárese para emocionarse, enamorarse e involucrarse en las tramas creadas por esta talentosa autora.

OTROS LIBROS DE RITA LOPES ESCRITOS EM PORTUGUÊS

LINDA SUSANA

ONDE VOCE ESTIVER

O DESEMBARGADOR

VEM CUIDAR DE MIM

UM PRESENTE INESPERADO - CONTO NATALINO

A ÚNICA DO SULTÃO - CONTO ÁRABE

PAIXÃO NO RETROVISOR

QUARTETO COOPER - SCARLETT COOPER - SÉRIE 1

QUARTETO COOPER - EMMA COOPER - SÉRIE 2

QUARTETO COOPER - MIA COOPER - SÉRIE 3

QUARTETO COOPER - OLÍVIA COOPER - SÉRIE 4

MEU MAFIOSO FAVORITO

MINHA MAFIOSA INDOMÁVEL

MEU MAFIOSO SALVADOR

CLUBE DOS ORDINÁRIOS – POR TRÁS DOS OLHOS AZUIS – LIVRO 1

CLUBE DOS ORDINÁRIOS – COLECIONADOR DE MULHERES – LIVRO 2

CLUBE DOS ORDINÁRIOS – NO COVIL DO LOBO – LIVRO 3

CLUBE DOS ORDINÁRIOS – ENLOUQUECIDO POR ELAS– LIVRO 4

O COWBOY DE AMARILLO

A ÚNICA DO SULTÃO – LIVRO

A FÚRIA DO AMOR – Amor e Redenção na sombra da máfia

LÁ ÚNICA DEL SULTÁN – EM ESPANHOL

NOTAS DE EL MAGISTRADO

Angra dos Reis*

Ciudad litoránea Brasileña ubicada en el estado de Río de Janeiro. (N.del T.)

Palmirinha*

Palmirinha Onofre fue presentadora, autora y cocinera Brasileña. Conocida como Abuela Palmirinha. (N.del T.)

Línea roja*

Es una autopista que conecta dos municipios, Sao Joao de Meriti a Río de Janeiro. (N.del T.)

Jabuticaba*

Árbor frutífero nativo de Paraguay, Brasil, Argentina y Bolivia. (N.del T.)

Ovomaltine*

Bebida originaria de suiza a base de malte, cacao, leche y huevo. Marca registrada de Associated British Foods. (N.del T.)

Copacabana Palace*

Lujoso y famoso hotel ubicado frente a la playa de Copacabana en la ciudad de Río de Janeiro, Brasil. (N.del T.)

Carioca*

Nombre que se da en Brasil a las personas oriundas de Río de Janeiro. (N.del T.)

Palacio do planalto*

Sede del poder ejecutivo del gobierno federal brasileño. Obra del renombrado arquitecto Oscar Niemeyer. (N.del T.)

STJ* (Supremo Tribunal de Justicia)

Tradutores: DeepL e Reverso.